

LA PRIMERA MINERÍA METÁLICA DEL N. PENINSULAR: LAS INDICACIONES DEL C-14 Y LA CRONOLOGÍA PREHISTÓRICA DE LAS EXPLORACIONES CUPRÍFERAS DEL ARAMO Y EL MILAGRO

Miguel A. de Blas Cortina*

RESUMEN.- Las dataciones C-14 (AMS system) de algunos instrumentos de asta de ciervo sitúan a las minas de cobre asturianas en fechas antiguas (Calcolítico-Bronce Antiguo). Son también tratadas en el artículo otras consideraciones sobre el contexto cultural y económico de esta actividad, y sobre la especial relación de los mineros con las explotaciones.

ABSTRACT.- 14 C datations (AMS system) of various reed-horn tools place the asturian copper mines about Chalcolithic-EBA times. Diverse considerations upon the economic and cultural context of this activity, and upon the especial relation of the workers with the mines are the base of this paper.

PALABRAS CLAVE: Minería prehistórica, C-14, Región Cantábrica.

KEY WORDS: Prehistoric mining, 14 C, Cantabrian region.

1. INTRODUCCIÓN

La multiplicación bibliográfica en cualquier disciplina produce a veces efectos indeseables, uno de ellos es la frecuente marginación en las referencias documentales de lugares y testimonios que por su naturaleza, a diferencia de las opiniones y teorías dominantes en cada momento de la investigación, deberían estar a recaudo de modas y tendencias.

A fines del XIX E. Cartailhac (1886: 201-202) introducía en la bibliografía arqueológica, como prehistóricas, las explotaciones de El Milagro; más tarde se sumarían las noticias sobre las de El Aramo (Sandars 1910). Como si el ineluctable envejecimiento de la producción bibliográfica afectara también a los documentos originales fueron desapareciendo las minas de la bibliografía reciente. Obras especializadas en estas cuestiones reflejan elocuentemente los vacíos dejados por el olvido de las fuentes documentales, vueltas de este modo en casi inexistentes (p.e. Tylecote 1987: 4 y fig. 1).

En revisiones anteriores de estas muestras de la minería más antigua en el norte de la Península Ibérica proponíamos su ubicación genérica en el II milenio a.C., ya en el Bronce Antiguo, y su perduración-reactivación en el Br. Final (Blas Cortina 1983,

1989). Basábamos esta atribución tempo-cultural en las características técnicas y formales del utillaje en asta de ciervo; también en la naturaleza de algún instrumento metálico asociado a las minas. En la elaboración del utillaje córneo habíamos visto una técnica especializada sólo admisible en una sociedad en la que esta materia cumplía un importante papel. Ese mismo flujo técnico respondería a unas pautas de trabajo del asta de ciervo bien conocidas gracias a los excepcionales yacimientos lacustres de centroeuropa, flujo que cuenta cuando menos con una sólida implantación en ambientes neolíticos. Aún más explícita, en términos comparativos y por tener un mismo destino laboral, es la variedad tipológica de los instrumentos creados en los numerosas minas de sílex continentales (Boguszewsky 1991).

Por su parte, el hacha plana de El Milagro conservada en el M.A.N., además de otra hallada en El Aramo y de paradero hoy desconocido, matizaban esa antigüedad en momentos tempranos de la Edad del Bronce. Las fechas radiocarbónicas que vamos a comentar no sólo certifican las suposiciones previas, afirman incluso una considerable anterioridad en el tiempo, llevándolas hasta los albores del trabajo metalúrgico en las regiones septentrionales de Iberia. Ambas minas tienen, además, una historia paralela.

* Área de Prehistoria. Departamento de Historia. Universidad de Oviedo. 33071 Oviedo.

Fueron las dos descubiertas accidentalmente en el siglo pasado, en los decenios de intensificación de las actividades minero-industriales en Asturias. Las labores primitivas de El Milagro aparecieron en 1850 (Vilanova 1872) y bastante después las de El Aramo en 1888 (Dory 1893). Desgraciadamente, los trabajos modernos incidieron en ambas sobre los prehistóricos, por lo que gran parte de lo descubierto fue simultáneamente destruido o gravemente alterado. La situación se mantuvo a lo largo de lustros de explotaciones discontinuas que perdurarían hasta mediados de la década de los cincuenta, cuando la liberalización de las importaciones de cobre hizo apenas rentables unas minas que aún sobrevivían en el autarquismo económico de la posguerra de 1936-1939. La aparición-destrucción de los remotos minados siguió los avatares de las labores modernas y si esqueletos humanos, viejas zonas extractivas o instrumentos delataron en el XIX la antigüedad de las explotaciones, los hallazgos continuarían produciéndose esporádicamente hasta el cierre de los trabajos hace cuarenta años. Nunca, que tengamos constancia, hubo presencia directa en los lugares afectados de arqueólogos o historiadores.

En el caso de El Aramo es de justicia reconocer el meritorio esfuerzo descriptivo y el rigor que supo dar el ingeniero A. Dory al informe sobre lo por él hallado intacto en septiembre de 1888. Pese a su relativa concisión es fundamental para comprender la naturaleza concreta de las viejas minas y la impresionante longitud de la enmarañada red de galerías, pozos y rampas. Los planos y descripciones de Dory fueron básicos para que pudieramos nosotros reconocer los fragmentos de la mina prehistórica, supervivientes en la tremenda confusión de las extensas e intensas labores de los siglos XIX y XX (Blas Cortina 1992, 1988, *en prensa*).

2. LA NATURALEZA DE LAS MUESTRAS Y SU CRONOLOGÍA

Afortunadamente, por la garantía que constituye el hecho de que se trate de los propios instrumentos utilizados en las explotaciones mineras, ofrecen las muestras una gran confianza. Proviene todas de útiles elaborados en asta de *cervus elaphus*, materia frecuente tanto en El Aramo como en El Milagro. Como es razonable, las circunstancias de conservación de cada uno de los elementos fechados fueron debidamente comunicadas al laboratorio para que en el mismo se procediera en consecuencia. La oportunidad de las fechas guarda estrecha relación con los propios avances de las técnicas de datación por el C-

14. El sistema AMS vino a permitirnos por fin la posibilidad de utilizar muestras que por su escaso volumen serían inútiles con el procedimiento C-14 convencional; son, por otra parte, esas muestras las únicas disponibles (si exceptuamos las que pudieran ser extraídas de los restos esqueléticos de los mineros) dado su origen en el propio instrumental prehistórico.

Los materiales fechados son los que siguen (aparecieron todos junto a huesos humanos), denominados del mismo modo que aquéllas:

- *Aramo 1*. Fragmento basilar de asta de ciervo. Es una pieza de sacrificio que mantiene el pedículo de inserción crancal. La rama fue cortada o rota por sus usuarios al ras de dos puntas basilares de desarrollo paralelo, en cuyos extremos también se perciben señales patentes de percusión (fig. 1).

Dimensiones: 148 mm de longitud máxima y 66 mm de grosor máximo en la raíz.

Fue localizada en la *zona b* del sector Z del área excavada en 1987 (Blas Cortina 1992: 64, fig. 7).

- *Aramo 2*. Fragmento basilar de un asta de ciervo. Como Aramo 1 es una cuerna de sacrificio, de gran tamaño y conservando un desarrollado apéndice frontal. La rama gruesa fue cortada oblicuamente por encima de las dos cuernas basales. Como testimonios más netos de su empleo se precisan intensas señales de golpeo en el extremo del pivote craneal y en el sector opuesto de la rama (fig. 1).

Dimensiones: 219 mm de longitud máxima y 85 mm de grosor de la tija por encima de la corona o roseta.

Fue descubierta en 1985 durante una de las exploraciones que hicieramos de la mina previas a la campaña arqueológica de 1987 (Blas Cortina 1989: fig. 7). El hallazgo se produjo en la proximidad del área que posteriormente denominaríamos Z.

- *Aramo 3*. Fragmento de asta de muda. Corresponde al tramo que media entre la roseta basilar o raíz de la cuerna y el sector medio de la rama. La primera punta mantiene buena parte de su totalidad mientras que los dos candiles que siguen fueron intencionalmente eliminados según se infiere de las marcas de corte particularmente patentes en el que corresponde a la posición central en la cuerna (fig. 1).

Dimensiones: 320 mm de longitud máxima y 62 mm de grosor en el arranque de la rama por encima de la roseta.

Procede de uno de los minados prehistóricos afectados por las labores modernas hacia 1953.

- *El Milagro 1*. Fragmento basilar-medio de un asta, cortada la rama antes del empalme con el candil central. Es un ejemplar de muda que conserva

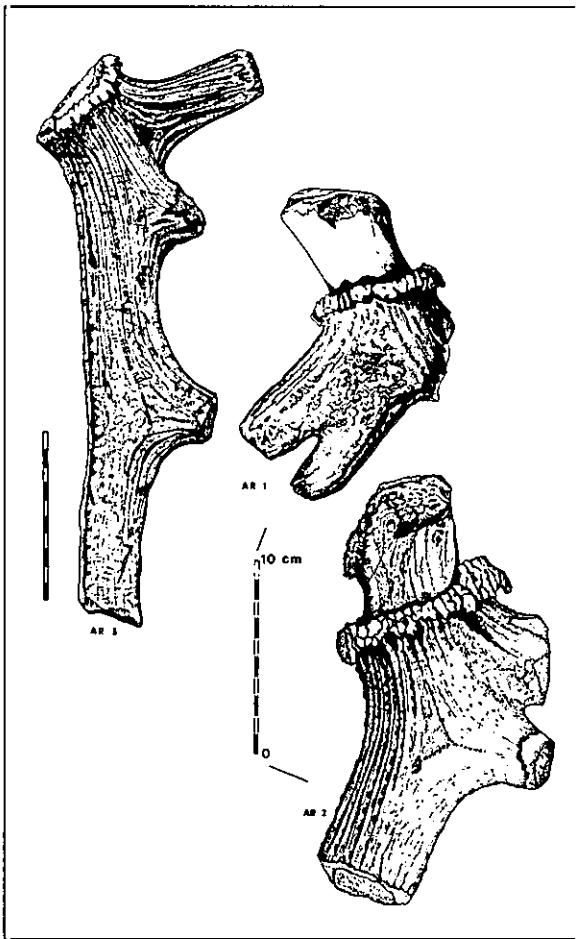


Figura 1.- Instrumentos de asta de ciervo de El Aramo.

al completo la cuerna basilar. También, al igual que las restantes piezas descritas (excepto Aramo 1), ofrece la característica coloración verde de impregnación cuprífera (fig. 2).

Dimensiones: 256 mm de longitud y 56 mm de grosor máximo por encima de la roseta.

Fue hallada en la primera mitad de los años cincuenta. Éste y otros materiales, entre ellos el asta que denominamos Milagro 2, fueron entregados por entonces a N. Llopis Lladó y puestos hace años a nuestra disposición por la también catedrática de la Facultad de Geología Inmaculada Corrales.

• *El Milagro 2.* Sector basilar de una pequeña asta que parece de desmogue, si bien el notable abombamiento del medallón, pulido por el acentuado desgaste de la pieza, pudiera sugerir la presencia de pedículo craneal. Conserva en gran parte el primer candil, siendo probable la existencia de una segunda cuerna basal, cortada y muy pulida posteriormente la superficie de ablación (fig. 2).

Dimensiones: 185 mm de longitud y 48 mm de grosor máximo por encima de la roseta.

Las muestras Aramo 1 y 2 fueron enviadas

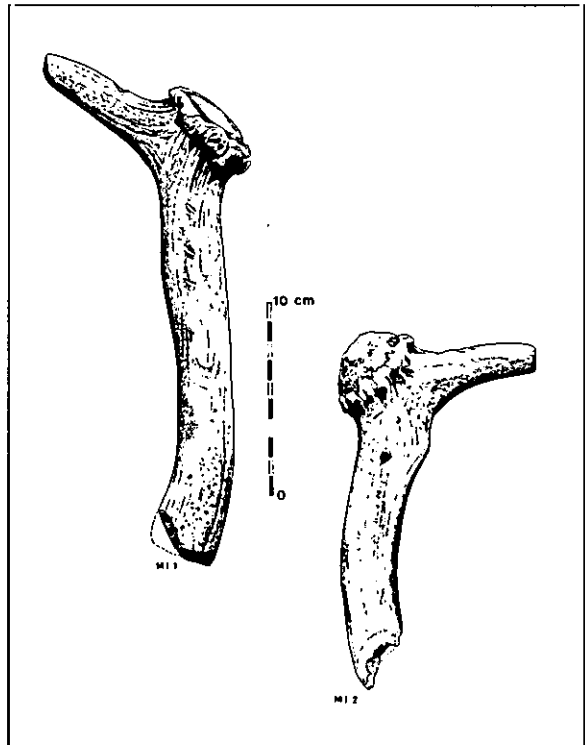


Figura 2.- Instrumentos de asta de ciervo de El Milagro.

al Oxford Radiocarbon Accelerator en 1988; posteriormente, en 1990, Milagro 1 y 2 y Aramo 3. Los resultados nos fueron comunicados en abril de 1988 y junio de 1991 respectivamente; constan también en los listados que el laboratorio inglés ofrece de sus dataciones en *Archaeometry* (Hedges *et alii* 1990, 1992), siendo sus estimaciones radiocronológicas:

El Aramo 1	(OxA-1833)	4090 ± 70 BP
El Aramo 2	(OxA 1926)	3810 ± 70 BP
El Aramo 3	(OxA-3007)	3900 ± 90 BP
El Milagro 1	(OxA-3005)	3990 ± 90 BP
El Milagro 2	(OxA-3006)	3850 ± 90 BP

Son todas ellas fechas sin corregir, expresadas en años radiocarbónicos BP (AD 1950) usando la vida media de 5568 años. Las tres últimas fueron calibradas en el mismo laboratorio de Oxford, de acuerdo con el programa de Van der Plitch y Mook (1989) obteniéndose las indicaciones:

	1 σ	2 σ
(OxA-3005)	c. 2860-2355 cal BC	c. 2875-2285 cal BC
(OxA-3006)	c. 2465-2150 cal BC	c. 2580-2035 cal BC
(OxA-3007)	c. 2570-2210 cal BC	c. 2855-2050 cal BC

La seguridad que ofrecen las muestras nace de su propia procedencia. En efecto, no son simples cuernas de ciervo las movilizadas, sino verdaderos instrumentos especializados en la extracción y trituración del mineral. Razonablemente, el tiempo que media entre la vida de los ciervos productores de las astas y la conversión de las mismas en instrumentos es irrelevante en términos cronológicos.

Se trata siempre de instrumentos acabados, fruto de manipulaciones concretas basadas en la ablación de puntas, en el recorte de candiles, y en una fragmentación determinada y no accidental de clavijas y ramas. Se precisan de esta etapa, tanto en las piezas muestreadas para el C-14 como en otras de ambas minas, los planos netos de corte, los biseles e incisiones realizados probablemente con algún instrumento de sílex. Están, por otra parte, la amplia serie en número y variedad de las huellas de uso, entre las que se cuentan las de percusión, frotación-penetración, torsión, flexión y de manipulación, marcas cuyo reconocimiento y origen considerábamos sumariamente hace ya años (Blas Cortina 1983: 209-211).

Las piezas Aramo 1 y 2, pediculadas y troceadas en el sector basal de la cuerna, componen un tipo singular de percutor con indiscutibles pruebas de un intenso golpeo. Las restantes encajan en el tipo característico que habitualmente se califica de pico minero, pero cuyo uso basaría más su eficacia en la tracción lateral a modo de palanca, que en la percusión.

En realidad es este uno de los atributos más específicos de la minería primitiva, muy común en la tan extendida y bien documentada del sílex a partir del neolítico. Fue precisamente en aquellas minas inglesas donde Curven (1937) encontró argumentos suficientes para entender el preciso papel de estos picos y el por qué de su abundancia en las galerías prehistóricas.

3. LAS FECHAS EN SU CONTEXTO

La posición cronológica de las labores de El Aramo y de El Milagro adquiere mayor sentido comparada con la que expresan los bloques de fechas de la fig. 3. Se procede en la misma a la acumulación de las consignadas en el apéndice a este artículo, fechas atribuidas a ambientes arqueológicos relacionados con la metalurgia temprana en la Región Cantábrica, Galicia y Submeseta Norte.

El listado, por diferentes razones, no es exhaustivo; no aparecen, por ejemplo, las gallegas de hábitats al aire libre salvo, por su preciso contexto metalúrgico, una de Guidoiro Areoso (Rey, comunicación personal). En cuanto a la de O Fixón figura por su origen en un yacimiento metalúrgico antiguo, aunque siempre marcada por las muchas dudas que desde su obtención vienen rodeándola. Su posición en el histograma refleja su escasa concordancia con el

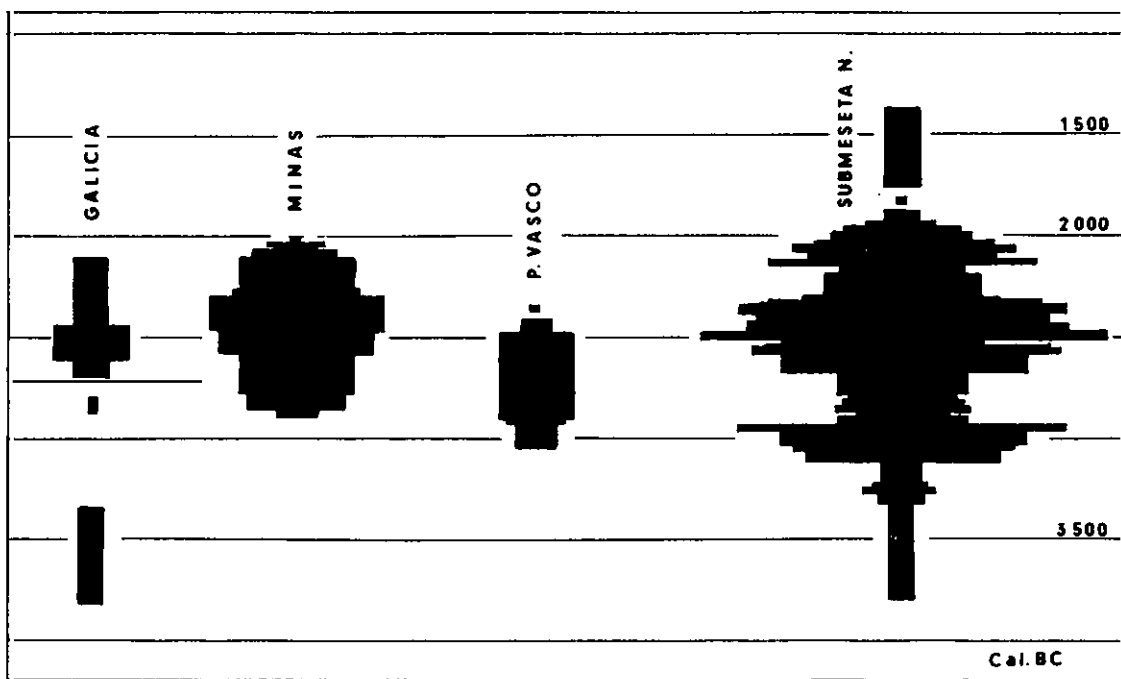


Figura 3.- Cronología comparada de la actividad metalúrgica de El Aramo y El Milagro con la de Galicia, País Vasco y Submeseta Norte.

contexto arqueológico que fecha.

Para el espacio cantábrico son mínimas las fechas disponibles para una directa relación muestra-metalurgia. Un buen ejemplo es el de la cueva sepulcral de Urtao II, cuyas fechas datan esqueletos humanos de relación imprecisable con los puñales de lengüeta allí localizados (Armendáriz 1989).

Lo más notable del grupo de fechas reunidas es, y no sólo por su número, el paquete de las relativas a la Submeseta N., entre ellas las más viejas correspondientes a los primeros poblados, o a ámbitos sepulcrales, componiendo uno de los acontecimientos más poderosamente renovadores en la investigación sobre la Prehistoria reciente del tercio septentrional peninsular.

En todas las incluidas se procedió a su homogeneización, corregidas mediante el *Radiocarbon calibration program Rev. 3.0* del Quaternary Isotope Lab. de la Universidad de Washington (*cf.* Stuiver y Reimer 1993: *Radiocarbon*, 35: 215-230). Lo fueron igualmente las correspondientes a las minas de El Aramo y El Milagro¹.

De la posición comparativa de las fechas mineras se deriva su inclusión en un ámbito temporal que genéricamente se extiende a lo largo del III milenio (*cal. BC*) o entre las centurias XXII-XIX a.C. en cronología C-14 convencional. Culturalmente se adecuarían con un tiempo calcolítico avanzado, previo a la madurez de las manifestaciones campaniformes, y el Bronce antiguo, ambientes nada discordantes con la presunción arqueológica de antigüedad apuntada por el utillaje de laborero. Esta posición queda claramente expresada si se la contrasta con el marco de la más temprana metalurgia peninsular, entre 2700 y 2500 a.C. o 3050-3500 en años cal. BC.

En todo caso, quizá lo más sólido de las fechas sea la coherencia que mantienen entre sí, insistiendo en un tiempo considerablemente cerrado. También, puede reclamar atención la insistencia en la antigüedad de todas ellas. Desde luego, en El Aramo todo lo conocido tras su descubrimiento en el siglo pasado, los hallazgos discontinuos del actual y nuestras propias excavaciones de 1987, rezuma aires de primitivismo. En ningún caso conocido se hallaron materiales de época romana como, por rutina, aún se repite en ciertos escritos.

Lo documentado en El Milagro tiene bastantes analogías con El Aramo; hay, no obstante, alguna probabilidad de que las asociaciones arqueológicas sean aquí más amplias (como que *dos palstaves* hayan aparecido asociadas a los viejos minados).

La abundancia y bondad de los minerales de cobre, fundamentalmente carbonatos, del sector calcáreo del centro-oriente de Asturias, y su facilidad

extractiva nos inclinaron siempre a valorar su papel básico en el desarrollo de la metalurgia indígena y del comercio del cobre hacia otros territorios también durante el Bronce Final (p.e. Blas Cortina 1991-92).

La metalurgia del cobre/bronce puede, sin embargo, recurrir desde épocas tempranas a mineralizaciones secundarias como los depósitos de As y Sb. Sucede así en las fundiciones iniciales británicas (Bud *et alii* 1992) o en la metalistería Calcolítica y del Bronce Antiguo del SE ibérico. Tales casos prueban la realidad del aprovechamiento de metalotectos poco atractivos o de complejo quimismo, aunque útiles. Es de esperar, en consecuencia, que en el ámbito cantábrico se produjera una minería de esa naturaleza: como lo es el que fueran aprovechados los óxidos y carbonatos generados por los sulfuros polimetálicos del occidente asturiano; sin embargo, de tal minería no hay aún comprobación arqueológica.

Con independencia de cualquier otra consideración relativa a las fechas y a la naturaleza arqueológica del ámbito temporal que apuntan, si resulta pertinente insistir en lo inhabitual, para el Calcolítico-Edad del Bronce, y no sólo en la Región Cantábrica, de una relación tan estrecha entre muestra y medio arqueológico a datar. Tanto en El Milagro como en El Aramo, las fechas radiocarbónicas son, sin embargo, directamente vinculables al hecho metalúrgico a través de la fase previa extractiva del mineral, circunstancia que les otorga, en su seguridad y rareza, un singular valor.

4. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE MINAS Y MINEROS

La minería de El Aramo y El Milagro es notable por la excepcional materialidad de los testimonios conservados o descritos. La imagen del minero, a veces inhumado en las galerías, proyecta un perceptible relieve.

Es ya larga y reiterada la discusión del peso específico que determinada tarea pueda alcanzar en el sistema productivo de una sociedad prehistórica. Tanto la minería como la subsiguiente transformación metalúrgica ven en los últimos años relativizada su importancia. En las culturas del SE de España, por ejemplo, se observan la extracción y fundición como empeños esporádicos y muy limitados, nunca como los motores del cambio social (Gilman 1976). En el mismo escenario, la abundancia de las fuentes metalíferas, su fácil acceso, la discreta producción de metal y la carencia de testimonios de la minería, favorecen la percepción de este trabajo como poco o apenas especializado (Montero 1993). Habría que

buscar las diferencias sociales, por el contrario, en aquellas actividades netamente relacionadas con la subsistencia.

La impresión que nos producen las minas asturianas merece al respecto algunos comentarios. Al menos en El Aramo adquirieron las explotaciones una considerable intensidad, necesitando de fórmulas precisas de mantenimiento de los hastiales y áreas de explotación e, igualmente, de modos de iluminación además de técnicas extractivas tan arriesgadas como la torrefacción. Un grado estimable de dificultades, en todo caso, aún cuando la explotación básica de las arcillas siderolíticas ofreciera indudables ventajas.

El trabajo fue sin duda discontinuo, probablemente realizado en las alturas de El Aramo durante la temporada estival (Blas Cortina: 1988, *en prensa*), siendo para sus autores una entre las demás actividades también acometidas a lo largo del año, cuyo ritmo se ajustaría a las necesidades de una demanda irregular. El volumen del metal beneficiado (habrían sido unos 15.000 m³ los removidos de las galerías de El Aramo) no debe, desde luego, ser calculado a partir del reducido catálogo de los objetos de cobre hoy conocidos tanto en el territorio ribereño del Cantábrico como en los inmediatos septentrionales de la Submeseta Norte, catálogo muy desigual en los sucesivos episodios de la Edad del Bronce.

El hecho de que buena parte de la metalistería de los ciclos Calcolítico-Bronce Antiguo se localice en las comarcas cercanas a las de las dos explotaciones mineras es un hecho que reclama su relación con la segura disponibilidad del metal cuprífero. Dos ocultaciones prehistóricas de objetos de metal, los depósitos de Gamoneu (Onís) y Asiego (Cabrales), se cuentan entre los testimonios más valiosos de la primera metalurgia prehistórica en el norte peninsular (Blas Cortina 1983: 116-126), hallados en el ámbito de consumo más inmediato al cobre de El Milagro. Otros hallazgos de su entorno dibujan la máxima concentración regional de la metalurgia temprana, fenómeno que no es accidental. También concurren circunstancias similares en el sector medio del Nación, en los dominios de El Aramo.

En cualquier caso, la producción elevada de cobre de El Aramo contrasta poderosamente con el inventario discreto de los productos metálicos situados en el territorio circundante. Sobre esta pronunciada discordancia, entre una metalistería que totaliza sólo algunos kilogramos de peso y una desarrollada minería, deberemos volver más adelante.

Yendo de nuevo a explotaciones y mineros caben aún algunas sugerencias. El que ciertos sectores de las minas se tornaran cavidades sepulcrales, y también el que los cadáveres depositados, la mayoría

no enterrados, contaran con la compañía del utillaje minero específico de piedra y asta, manifiestan una intención concreta y no el mero azar. Alguna singularidad le fue propia, sin duda, a la actividad minera, una minería de pozo y galería, no superficial, para que sus protagonistas se distinguieran con un tratamiento fúnebre igualmente particular.

Nos parece, en fin, verosímil la idea de que sólo ciertos individuos ejercieran el duro trabajo bajo la tierra y que los usos concretos del minero constituyeran parte especial de su dominio técnico. Aceptados estos términos, no se les debería negar un cierto modo de especialización laboral y una personalidad diferenciada. Los cadáveres con su ajuar de minero en las viejas galerías reflejan un procedimiento funerario separable del que se les aplicaba a otros contemporáneos.

La constatación de este contraste se observa en el mismo ámbito montañoso de la Sierra del Aramo, no lejos de las minas, con algunas de las tumbas bajo túmulo de La Cobertoria, ilustrativas de fórmulas sepulcrales de raigambre megalítica (Blas Cortina 1994), garantizada su contemporaneidad con las minas por la inclusión de manufacturas de cobre u oro en las ofrendas fúnebres.

La definitiva vinculación *postmortem* del minero con la profundidad de la tierra va más allá de la elección de un cómodo recinto sepulcral, y sugiere relaciones de emotividad con la naturaleza, y la trascendencia de una tarea poco común que tuvo que otorgarle en vida una posición, siquiera tangible sólo en lo psicológico, distinguible de la de quienes se limitaban a la caza-recolección y tareas agropecuarias realizadas en la normalidad de la vida al aire libre.

La personalidad del minero-metalúrgico (en El Aramo sabemos que el cobre sufrió un primer fundido en el mismo exterior de la mina) a lo largo de los siglos y de las culturas es variada, oscilando su estatus entre una posición de prominencia hasta una rigurosa marginación social (Alexander 1981). Esa variabilidad de situaciones no oculta, sin embargo, la frecuencia con que, en culturas separadas cronológica y espacialmente, se reconozca a quienes extraen el metal y lo transforman como hombres que sólo pueden ejecutar su trabajo contando con el apoyo divino (Dupaigne 1992).

La conciencia de sustraerle a la Tierra bienes preciosos existió en nuestra cultura cristiana y europea, en la que también la localización de los minerales se debería a los dioses y otros seres divinos. Todavía en el siglo XVI se explicaba el descubrimiento de los yacimientos de carbón de Bélgica y norte de Francia por la benéfica y milagrosa intervención de un ángel. La universalidad de los mitos

mineros y metalúrgicos se extiende igualmente a un variado muestrario de procedimientos rituales generados por una actividad que hace penetrar al hombre en las entrañas de la naturaleza (Eliade 1974: 42-59).

Cabría plantearse, en correspondencia con todo lo anterior, hasta que punto las minas no deben ser añadidas a aquellos espacios subterráneos que como las simas, pozos y cavernas, se ensamblan con todo un microcosmos en el que incluso se encuentran "*estadios diversos, verdaderos mundos*" (Sébillot 1904-1906: 249). La posibilidad de interferencias de esta clase se observa cuando, en las tradiciones populares recuperadas por el autor que se acaba de citar, son explicadas ciertas cavidades naturales como obra del esfuerzo humano en épocas remotas, o de seres míticos. Bajo esta perspectiva, no es inadmisibles que las sepulturas asociadas tantas veces a las explotaciones prehistóricas formaran parte del universo ritual minero. Tal vez lo visto en la mina prehistórica de silex de Rijckholt (Holanda), atestigüe con cierta elocuencia uno de tales casos. ¿Cómo entender, sino, que al final de una galería se encontrara un solitario cráneo humano en un hoyo? La regeneración del hueso en algunas heridas excluyen la muerte en la mina (Bosch 1979). Junto a los postulados estrictamente economicistas en la recreación de la cadena minería-metalurgia cabe abrirle también un hueco, por angosto que este sea, a móviles menos tangibles, sin arribar, desde luego, al extremo de ir "*contra Child and Co*" por el más evanescente camino del "*poder de lo mágico*", como recientemente se nos propone (Bud y Taylor 1995).

Retomando lo observado en las minas asturianas, el ir más lejos en la identificación de los mineros de El Aramo y El Milagro necesitaría del uso de datos inexistentes. En principio, son ellos mismos la prueba más sólida; de su tiempo lo son, casi en exclusiva, los instrumentos metálicos que apuntábamos. No hay poblados que asignarles, ni hábitat alguno reconocido. Su forma material no metalúrgica pudiera radicar en algunas cerámicas de filiación calcolítica, del tipo *Traspando* (Arias *et alii* 1986) aparecidas en algunas cavernas del área Sella-Cares (el territorio de El Milagro), aunque de vago contexto. Nada semejante se puede señalar aquí a lo que se viene estableciendo en el sector septentrional del Duero con los poblados calcolíticos zamoranos, vallisoletanos, o incluso leoneses, o los del N. portugués, hábitats de base agropecuaria que dan un sólido ambiente al primer uso del metal.

La ausencia de poblados permanentes es, sin embargo, general durante todo el II milenio en las regiones atlánticas de la Península (Ruiz-Gálvez 1990:

fig. 2); al N. de la Cordillera Cantábrica ni siquiera es un hecho arqueológico firme el hábitat ocasional y de etérea presencia arqueológica, y los asentamientos reconocibles corresponden a un tardío momento del I milenio a.C. (Blas Cortina y Fernández Manzano 1989) con la aparición de los primeros castros amurallados.

Todo apunta en el mundo de los remotos mineros al dominio de los hábitats efímeros, de un poblamiento disperso, en el *filum* genético y cultural de los antepasados megalíticos. Las bases materiales de estas sociedades reposarían en una actividad agropecuaria dominada por la ganadería itinerante frente a una sumaria agricultura, y en las viejas fórmulas de caza y recolección. El beneficio del metal no parece suponer un incremento demográfico perceptible, pese a que la circulación del cobre tuvo que ser motor esencial de los contactos e intercambios desencadenantes de las mudanzas culturales materializadas durante la Edad del Bronce. Como ejemplo de esos cambios ya señalábamos (Blas Cortina 1994) lo sucedido en la necrópolis de La Cobertoria, en el flanco SE de El Aramo, donde lo dolménico arcaizante se sustituiría por usos funerarios que produjeron los primeros monumentos sepulcrales para un sólo individuo y la presencia de artesanías atlánticas. En ese ambiente de muda adquieren sentido objetos poco comunes en los que se reconoce la intención de proclamar el *estatus* de sus propietarios. Nos referimos a las primeras joyas de oro (como el anillo de tiras de la Mata'l Casare), brazales de arquero de confección esmerada, armas de cobre (entre los que se sitúan los puñales de espigo) o incluso de piedra como las hachas perforadas, entre cuyos rarísimos ejemplares se encuentra el único cantábrico de Maraviu (Teverga) (Blas Cortina 1983: 86-87).

La naturaleza de los hallazgos metálicos en el hinterland de nuestras minas, fundamentalmente definida por ocultaciones o tesoros (el ya citado de Asiego, en Cabrales, como mejor ejemplo) o metal asociado a tumbas, se ajusta bien con una producción limitada de artículos de prestigio. Generalmente la *distribución de tales mercancías se entiende bajo el control de grupos selectos de la sociedad* (Levy y Shalev 1989); un modelo comercial que en la Prehistoria Europea sería probatorio de la acumulación de riquezas personales (simultáneamente con el arraigo de la tumba individual) y por ello de la confirmación de individualidades notables (Sherrat 1976), en un amplio mercado de bienes de prestigio en el que el cobre/oro del N-NO de la Península Ibérica sería una aportación de peso, dinamizadora del acento atlántico que percibimos en joyas y armas desde el Calcolítico final-Bronce Antiguo; precisamente cuando las

minas de El Milagro y El Aramo inauguran su producción.

La trascendencia de la actividad minera se torna, por otra parte, probablemente más nitida allí donde el metal incrementa su valor mediante los sucesivos episodios de transformación y redistribución; allí donde están los usuarios y donde la actividad productiva y comercial es más compleja y desarrollada. Paradójicamente, salvo en las propias explotaciones, las huellas del influjo minero, siempre hostiles a su identificación, deberán buscarse en ámbitos alejados de las galerías y de las montañas donde aquéllas se abren. A este respecto se nos ofrece una interpretación semejante, más poderosa por su mayor riqueza documental, cuando en el SE de España y en el universo argárico, se descarta la idea de que "el control político varíe en proporción directa a la proximidad de las menas", tal como propusiera recientemente Chapman (1991: 284).

En la ausencia de poblados y de necrópolis expresivos y debidamente investigados, las minas de El Milagro y El Aramo se erigen, en un cierto paisaje de soledad, como uno de los fenómenos arqueológicos más notorios de toda la Edad del Bronce en el extenso territorio ribereño del mar Cantábrico.

APÉNDICE

Relación de las fechas C-14 del Cantábrico, Galicia y Submeseta N. cotejadas con las de El Aramo y El Milagro en la fig. 3, corregidas de acuerdo con Stuiver y Reimer (1993). *Radiocarbon*, 35: 215-230.

PAIS VASCO

Pico Ramos (Zapata 1995):

(I-16797) 4100±110 BP, cal BC= 1σ- 2875 2472, 2σ- 2913 2472
(I-16501) 4210±110 BP, cal BC= 1σ- 2913 2614, 2σ- 3076 2471.

GALICIA

Lavapés (de la Peña 1994):

(Gak 11188) 3930±120 BP, cal BC= 1σ- 2572 2203, 2σ- 2865 2038.

Fixón (García Lastra 1984):

(Gak 11820) 4820±120 BP, cal BC= 1σ- 3705 3383, 2σ- 3930 3349.

Guidoiro (Rey 1995):

(GrN 16108) 4020±40 BP, cal BC= 1σ- 2577 2468, 2σ- 2615 2458.

SUBMESETA NORTE

Fuente Olmedo (Hedges *et alii* 1992 para OxA 2907):

(OxA-2907) 3730±65 BP, cal BC= 1σ- 2198 1987, 2σ- 2318 1934.

(I-10768) 3255±90 BP, cal BC= 1σ- 1622 1421, 2σ- 1738 1318.

(CSIC 483) 3620±50 BP, cal BC= 1σ- 2031 1890, 2σ- 2132 1784.

Las Pozas (del Val 1992):

(GrN-12125) 4425±35 BP, cal BC= 1σ- 3095 2927, 2σ- 3297 2920.

(GrN-12216) 4425±30 BP, cal BC= 1σ- 3093 2928, 2σ- 3292 2921.

(GrN-12127) 4075±30 BP, cal BC= 1σ- 2617 2505, 2σ- 2855 2493.

Alto del Quemado (López Plaza 1991):

(UBAR-95) 3810±70 BP, cal BC= 1σ- 2392 2137, 2σ- 2461 1988.

(UBAR-131) 4040±80 BP, cal BC= 1σ- 2850 2464, 2σ- 2873 2336.

La Teta (Fabián 1995):

(GrN 17346) 3975±25 BP, cal BC= 1σ- 2490 2461, 2σ- 2562 2409.

(GrN 17347) 4340±40 BP, cal BC= 1σ- 3016 2904, 2σ- 3037 2885.

La Solana (Fabián 1995):

(GrN 17350) 4060±40 BP, cal BC= 1σ- 2615 2496, 2σ- 2857 2467.

Los Itueros (Fabián, 1995):

(I- 16149) 3850±100 BP, cal BC= 1σ- 2461 2140, 2σ- 2572 1980.

(I- 16150) 4120±130 BP, cal BC= 1σ- 2883 2472, 2σ- 3015 2313.

(I- 16299) 4310±330 BP, cal BC= 1σ- 3370 2468, 2σ- 3765 1981.

El Tomillar (Fabián 1995):

(GrN 17344) 3780±100 BP, cal BC= 1σ- 2392 2035, 2σ- 2468 1908.

(GrN 18875) 3925±40 BP, cal BC= 1σ- 2465 2341, 2σ- 2551 2285.

Aldeagordillo (Fabián, 1995):

(GrN 19167) 3685±25 BP, cal BC= 1σ- 2130 1984, 2σ- 2137 1972.

(GrN 19168) 4115±20 BP, cal BC= 1σ- 2855 2611, 2σ- 2862 2582.

NOTA

¹ Debo la corrección o *calibrado* de las fechas a mi amigo y colega José María Bello Diéguez, en una prueba de generosidad discretamente disimulada por su grato buen humor, mientras que el diagrama en que se acumulan aquellas es de mi exclusiva responsabilidad. Para su elaboración se aplicó el ámbito de mayor probabilidad de las fechas: 2 σ (95,4 %).

De la mano de Carlos Miguel López Álvarez salieron las ilustraciones Ar 1 (fig. 1) y M1 1 -M1 2 (fig. 2).

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, J. A. (1981): The spread and development of iron using in Europe and Africa. Haefner H. *Frühes Eisen in Europa*. Schaufhausen: 21-24.
- ARIAS, P.; MARTÍNEZ, A.; PÉREZ, C. (1986): La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias). *Bol. Inst. Est. Asturianos*, 120: 1259-1289.
- ARMENDÁRIZ, A. (1989): Excavación de la cueva sepulcral de Urtao II (Oñati, Guipúzcoa). *Munibe*, 89: 45-86.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (1983): *La Prehistoria reciente en Asturias*. Fundación de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias. Oviedo.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (1988, en prensa): *La minería prehistórica y el caso particular de las explotaciones del Aramo*. Universidad de Santiago de Compostela.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (1989): La minería prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas. *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, Vol. I, Madrid: 143-155.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (1991-92): Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la Región Cantábrica. *Veleia*, 8-9: 109-137.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (1992): Minas prehistóricas del Aramo (Riosa). Campaña arqueológica de 1987. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-90*, Principado de Asturias: 59-68.
- BLAS CORTINA, M. A. DE (1994): El anillo áurco de tiras de la Mata'l Casare I y su localización megalítica. *Madrid Mitteilungen*, 35: 107-122.
- BLAS CORTINA, M. A. DE; FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1992): Asturias y Cantabria en el I milenio a.C. *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3: 399-416.
- BOGUSZEWSKI, A. (1991): Horn mining tools typology the proposition of the method and terminology. *VI Flint International Symposium*, Madrid, Bilbao, Granada: 131-134.
- BOSCH, P. W. (1979): Una mina de sílex neolítica. *Investigación y Ciencia*, 35: 68-74.
- BUDD, P.; GALE, D.; POLLARD, A. M.; THOMAS, R. G.; WILLIAMS, P. A. (1992): The early development of metallurgy in the British Isles. *Antiquity*, 66: 677-686.
- BUDD, P.; TAYLOR, T. (1995): The faerie smith meets the bronze industry: magic versus science in the interpretation of prehistoric metal-making. *World Archaeology*, 27 (1): 133-143.
- CARTAILHAC, E. (1886): *Les Âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*. Paris.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Ed. Critica. Barcelona.
- CURWEN, E. C. (1937): *The Archaeology of Sussex*. London.
- DUPAIGNE, B. (1992): La métallurgie dans l'Ancien Cambodge. Travail des dieux, travail des hommes. *Études Rurales*, 125-126: 13-24.
- DORY, A. (1893): Las minas antiguas de cobre y cobalto del Aramo. *Revista Minera y de Ingeniería*, 1463: 332-337 y 1466: 361-366.
- ELIADE, M. (1974): *Herreros y alquimistas*. Taurus S. A. y Alianza Ed. Madrid.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*. Acta Salmanticensia, 93. Ed. Universidad de Salamanca.
- GILMAN, A. (1976): Bronze Age dynamics in southeast Spain. *Dialectical Anthropology*, 1: 307-319.
- HEDGES, R. E. M.; HOUSLEY, R. A.; LAW, I. A.; BRONK, C. R. (1990): Radiocarbon dates from the Oxford AMS system: Archacometry datelist 10. *Archaeometry*, 32: 101-108.
- HEDGES, R. E. M.; HOUSLEY, R. A.; BRONK, C. R.; VAN KLINKEN, J. (1992): Radiocarbon dates from the Oxford AMS system: Archeometry datelist 14. *Archaeometry*, 34: 141-159.
- LEVY, E.; SHALEV, S. (1989): Prehistoric Metalworking in the southern Levant: archaeometallurgical and social perspectives. *World Archaeology*, 20/3: 352-372.
- LÓPEZ PLAZA, S. (1991): Aproximación al poblamiento de la Prehistoria reciente en la provincia de Salamanca. *Del Paleolítico a la Historia*, Salamanca: 49-59.
- MONTERO, I. (1993): Bronze Age metallurgy in southeast Spain. *Antiquity*, 67: 46-57.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1984): El yacimiento de Lavapés (Cangas de Morrazo): Balance de las excavaciones 1981-1982. *Pontevedra Arqueológica*, 1: 149-178.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L. (1990): Canciones del muchacho viajero. *Veleia*, 7: 79-103.
- SANDARS, H. W. (1910): On the Use of the Deer-horn Pick in the Mining operations of the Ancients. *Archaeologia*, LXII: 101-124.
- SÉBILLOT, P. (1904-1906): *La Terre et le monde sou-*

- terrain*. Paris. Ed. Imago (reed. 1983).
- SHERRAT, A. (1976): Resources, technology and trade: an essay in early european metallurgy. *Problems in Economic and Social Archaeology* (G. de G. Sieveking, I. H. Longgworth y K. E. Wilson, eds.), London: 557-581.
- TYLECOTE, R. F. (1987): *The early history of metallurgy in Europe*. Longman Archaeology Series. Longman London & New York.
- VILANOVA, J. (1872): Lo prehistórico en España. *Anuario de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1: 187-229.
- ZAPATA, L. (1995): La excavación del depósito sepulcral calcolítico de la cueva Pico Ramos (Muskiz, Bizkaia). La industria ósea y los elementos de adorno. *Munibe*, 47: 35-90.

EL ÁMBITO FUNERARIO DEL BRONCE PRETALAYÓTICO Y LA PLASMACIÓN DE LA DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN LA ISLA DE MALLORCA DURANTE EL SEGUNDO MILENIO A.C.¹

Margarita Díaz-Andreu*

RESUMEN. - En este artículo se lleva a cabo un análisis social del Bronce Pretalayótico en Mallorca sobre la base de los datos funerarios y la contrastación con la información de asentamientos. Como conclusión se defiende la aparición en esta época de estructuras sociales más complejas y que conllevan una mayor desigualdad entre los individuos, y que por tanto preconizan el cambio hacia el surgimiento de jefaturas proto-estatales presentes ya en el talayótico mallorquín.

ABSTRACT. - This article aims to carry out a social analysis of the Pretalayotic Bronze Age in Mallorca. Funerary data is taken as the basis of the analysis, and the result is contrasted with the available information from settlements. It is concluded that in this period more complex social structures appeared and led to an increase in the social inequality among individuals. This change is seen as the previous step leading to the proto-state chiefdoms of the Mallorcan Talayotic.

PALABRAS CLAVE: Edad del Bronce, Pretalayótico, Análisis social, Mallorca.

KEY WORDS: Bronze Age, Pretalayotic, Social analysis, Mallorca.

Hace ya unos años Manolo Fernández-Miranda y yo misma realizamos durante unos meses de intenso trabajo un análisis de las cuevas funerarias del pretalayótico mallorquín, que se publicó finalmente en 1991. Pienso ahora que el mejor homenaje a la figura de mi maestro debe consistir en elaborar una nueva reflexión sobre aquel tema, y esto es lo que me propongo con este artículo. Manuel Fernández-Miranda realizó su tesis doctoral sobre la prehistoria de Mallorca (Fernández-Miranda 1978), a la que le siguieron múltiples escritos sobre los más diversos temas de la arqueología balear (ver relación de éstos en Gornés Hachero 1994). A las islas llevó a amigos, a colegas, a alumnos, y a todos intentó transmitir esa pasión que sentía por el Mediterráneo y el buen vivir de aquellas tierras. Él, un asturiano.

Nuestro trabajo comenzó en sus primeros momentos pretendiendo acometer una simple reordenación de datos y acabó siendo algo más. Hablábamos en los últimos párrafos de demografía, de un desequilibrio en la densidad de poblamiento en distin-

tas zonas de la isla que se iba acentuando a lo largo del desarrollo de los últimos momentos calcolíticos y de la primera mitad de la Edad del Bronce, y de la necesidad de búsqueda de explicaciones para el hecho de que tumbas de planta compleja parecieran estar asociadas a otras de planta simple. Nos quedamos, sin embargo, a las puertas de la explicación, sin atrevernos entonces a enfrentarnos a un análisis social que posteriormente sí aplicamos de forma independiente a la prehistoria de otras áreas (me refiero a la Meseta Sur y al Sureste). Ahora mi intención es acabar aquello que entonces dejamos a medias.

El artículo del que hablo se presentó en 1988 al II Congreso Arqueológico de Deià (Díaz-Andreu y Fernández-Miranda 1991). En él llevamos a cabo un análisis del ámbito funerario del Bronce Pretalayótico, etapa de la prehistoria mallorquina sobre cuyas fechas todavía no hay acuerdo entre los autores y que siguiendo a Coll Conesa se dataría entre inicios del segundo milenio a.C. (1993: 94) y el siglo XII a. C. (1991: 99). Basándonos en el catálogo publicado

* Department of Archaeology, University of Durham, South Road, Durham DH1 3LE, Reino Unido.

por Veny en 1968 sobre las cuevas de este periodo, nos propusimos estudiar los cambios que observábamos a lo largo del registro funerario de la época inmediatamente anterior a la aparición de los talayots. El primer paso que nos pareció oportuno dar fue revisar las hipótesis cronológicas de aquel autor y, en caso de que las nuestras no coincidieran con las suyas, ordenar de nuevo los materiales. Como el proceso revistió gran complejidad y su lectura puede dar pie a dificultades en su seguimiento, considero necesario volver a explicar aquí de forma resumida en qué consistió aquel trabajo. He de advertir que, sin embargo, en parte me alejaré de las consideraciones que entonces hacíamos.

El análisis de las cuevas pretalayóticas se estructuró en varias fases: estudio de los ajuares cerámicos, de las cuevas según su forma, cruce de datos de los resultados anteriores entre cerámicas y cavidades, contextualización geográfica de todo lo dicho hasta el momento e interpretación. En este artículo además compararé las afirmaciones que entonces hicimos con lo conocido sobre el ámbito doméstico y avanzaré en la perspectiva social del periodo pretalayótico.

1. ANÁLISIS DE LOS AJUARES CERÁMICOS

La primera fase de nuestro análisis consistió en el estudio de los ajuares cerámicos. La razón para acometer esta reordenación fue que no nos parecían adecuadas las tipologías cerámicas hasta entonces empleadas (Veny 1968: 411-416; Fernández-Miranda 1978: 159-166), ya que ambas ignoraban algunas formas y otras quedaban mal definidas. Nosotros, conscientemente, decidimos prescindir en nuestro análisis de vasos de frecuencia extremadamente excepcional como el ejemplar 13 de Lluçmet d'en Barraquer (Veny 1968: 256). A través de sucesivos análisis discriminantes definimos nueve tipos diferentes (figs. 1 y 2): 1) formas globulares sin cuello (cuencos abiertos y cerrados), 2) formas globulares con cuello y más anchas que altas, 3) vasos troncocónicos grandes, 4) vasos troncocónicos pequeños, 5) tinajas (formas globulares con cuello más altas que anchas), 6) vasos tipo Horgen, 7) formas con carena baja, 8) con carena media y 9) con carena alta. A su vez en estos nueve tipos podíamos distinguir varias variantes que no demostraron presentar interés en nuestros análisis posteriores, por lo que no insistiré en las mismas.

Una vez ordenados los tipos decidimos ver si su asociación en cada yacimiento nos revelaba algo. El resultado fue sorprendentemente bueno (fig.

3)²: había tipos que se excluían, que nunca se encontraban conjuntamente en un mismo enterramiento. Así los vasos con carenas bajas (tipo 7) y los vasos troncocónicos grandes (tipo 3) nunca coincidían con los troncocónicos pequeños (tipo 4), ni con las tinajas (tipo 5), con los vasos Horgen (tipo 6) o los de carena alta (tipo 9). Las formas cerámicas conocidas de momentos anteriores y posteriores nos ayudaron a revestir a estas dos agrupaciones de una significación cronológica. En yacimientos previos al pretalayótico encontramos ejemplares cerámicos troncocónicos grandes (tipo 3) y, asociados a cerámicas incisas de probable tradición campaniforme, además del tipo 3 se habían documentado cerámicas de carena baja (tipo 7) y media (tipo 8). Por último en el talayótico también se conocían vasos troncocónicos pequeños (tipo 4), los llamados Horgen (tipo 6) y los de carenas altas (tipo 9).

Como conclusión del análisis de la clasificación cerámica se pueden, por tanto, establecer dos fases en el mundo funerario pretalayótico. En una primera fase (que llamaré Bronce Pretalayótico I) se emplean vasos troncocónicos grandes (tipo 3) y formas con carena baja (tipo 7). Coetáneamente o quizá en un momento más adelantado se comenzaron a utilizar los de carena media (tipo 8). En la segunda fase (Bronce Pretalayótico II) desaparecen los vasos de los tipos 3 y 7 y sin embargo se emplean los vasos troncocónicos pequeños (tipo 4), las tinajas (tipo 5), los vasos Horgen (tipo 6) y los de carena alta (tipo 9). Además se siguen encontrando vasos que ya existían en el momento anterior, los globulares (tipos 1 y 2) y los de carenas medias (tipo 8). Este periodo acabaría en época talayótica, cuyo momento inicial ha sido fechado hacia el siglo XII a.C., con dataciones radiocarbónicas de 1130 ± 75 a.C. en el yacimiento de S'Illo, 1050 ± 120 a.C. en Figueral de Son Real (Coll Conesa 1991: 99).

2. ESTUDIO DE LAS FORMAS DE LAS CUEVAS

Siguiendo un sistema de clasificación heredado del evolucionismo simplista, Veny había propuesto una secuencia cronológica basada en la forma de las cuevas que iba de lo más sencillo a lo más complejo. Este esquema a simple vista presentaba, sin embargo, varios problemas, como el que no tuviera en cuenta que la forma más o menos sencilla o compleja de las cuevas naturales pudiera depender simplemente de factores geológicos³ y por tanto estuviera desvirtuando el esquema y, en consecuencia, falseando su interpretación temporal. Para poder

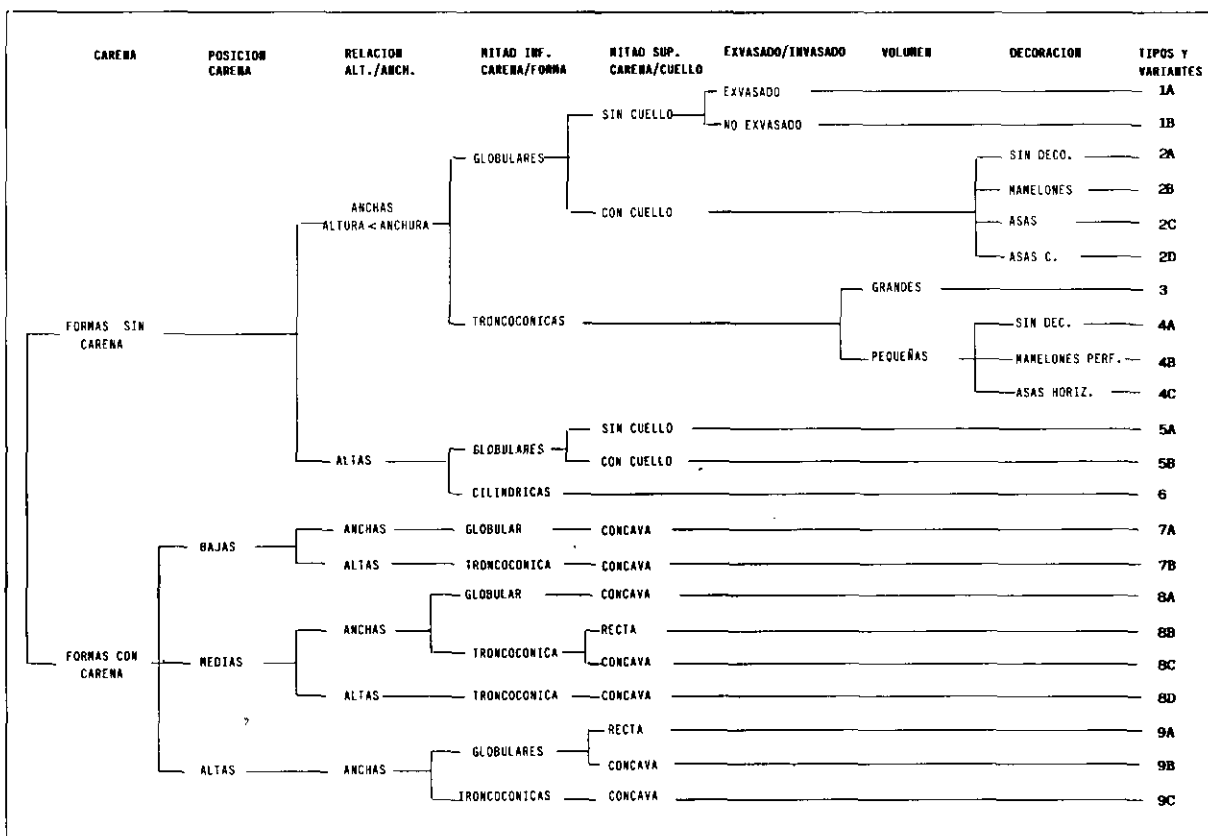


Fig. 1.- Formas y tipos de los ajuares cerámicos.

contrastar la hipótesis de Veny nos pareció imprescindible definir, en primer lugar, a qué debíamos llamar simple y complejo, y a partir de tener clara esta distinción entonces cotejar la hipótesis cronológica de Veny (primer periodo de cuevas con planta simple, segundo con planta compleja) con la que nosotros habíamos obtenido a partir de los ajuares cerámicos.

Decidimos estudiar las cuevas naturales y las artificiales por separado. En cuanto a las primeras en su estudio nos encontramos con el problema de su bajo número. Tomamos en cuenta dieciocho cuevas y con ellas realizamos una clasificación empleando métodos estadísticos que no describiré por no considerarla del todo exacta. En realidad es difícil describir una cueva natural como de planta más compleja, puesto que, como ya he comentado, ésta depende del terreno donde se localiza. Por ello todas sin excepción se podrían considerar como simples. En las cuevas artificiales tomamos en cuenta diversas variables: situación (aisladas, conjunto de dos o tres cuevas, conjunto de más cuevas), corredor (sin él, acceso en pozo, en escalera, en rampa u horizontal, tamaño corto o largo, con vestíbulo o cámara, y cámara (de forma redonda u oval, o alargada, de tamaño pequeño, intermedio o grande, con foso central, con nicho

absidal, lateral o a ambos lados, o sin ninguno). Como los resultados creo que son confusos prescindiré igualmente de ellos⁴. Para simplificar aquí considero que las cuevas artificiales del tipo 1 son las más simples, con entrada horizontal o en pozo y si acaso con una hornacina o cubículo además de la sala principal⁵; las del 2 las que no parecen tener corredor pero presentan hornacinas o cubículos, fosas, escaleras, rampas, etc.⁶; las del tipo 3 son las que tienen corredor cubierto además de las características del tipo anterior⁷. En líneas generales, sin pretender que el resultado de esta clasificación sea (seguro que un buen trabajo de campo revelaría diversas deficiencias) definitivo, estos tipos reflejan una diferencia en la inversión de trabajo y de la complejidad de la planta, que aumenta del tipo 1 a 3.

El paso que nos propusimos dar a continuación fue ver si esta distinción tenía o no una interpretación cronológica de las simples a las complejas tal y como Veny había apuntado. Algunos datos parece que así lo demuestran dado que, por ejemplo en algunos casos de cuevas simples se han documentado inhumaciones en posición de cuclillas, una prolongación de la tradición calcolítica (Coll Conesa 1993: 106). Como veremos, la fase siguiente de nuestro trabajo dió en parte la razón a Veny, aunque matizando

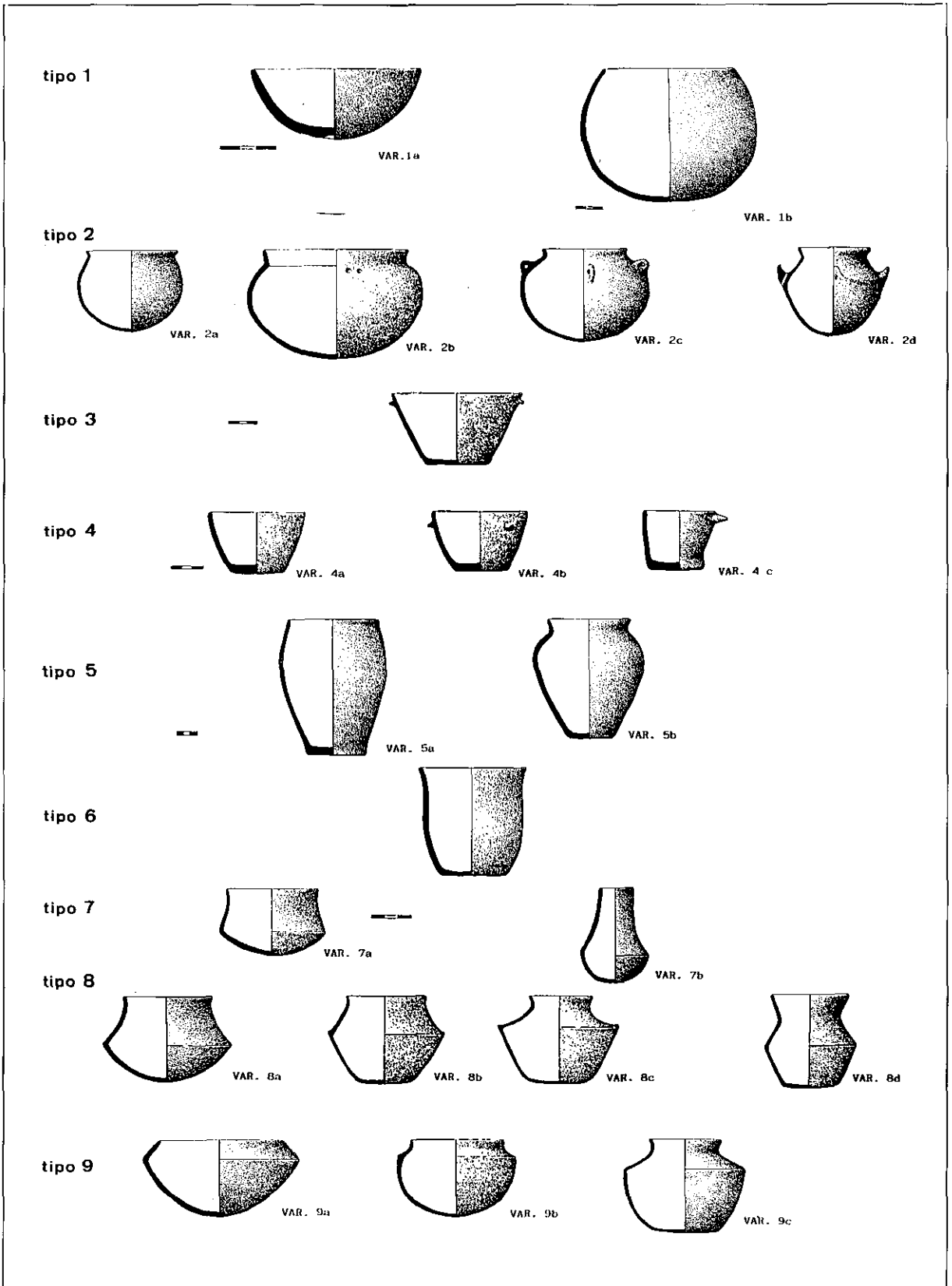


Fig. 2.- Tipos cerámicos.

sus opiniones.

3. CERÁMICAS VS CUEVAS

El problema con el que nos encontramos a la hora de acometer la siguiente fase de nuestra investigación, la correlación entre los datos obtenidos en la primera fase de estudio de los ajuares cerámicos, y en la segunda de análisis de las plantas de las cuevas de enterramiento, fue la escasez de cuevas que coincidieran en ofrecernos ambos tipos de datos. De las 56 cuevas artificiales con las que se había realizado la clasificación anterior, ni una quinta parte poseía ajuares cerámicos significativos.

Del cruce de datos resultó que en las cuevas más sencillas tanto naturales como artificiales se encontraban todos los tipos cerámicos, incluso los de época más tardía, lo que contradecía la hipótesis de Veny en su afirmación de que éstas sólo se habrían empleado en los primeros momentos. Sin embargo Veny sí que parecía tener toda la razón en cuanto a las cuevas de planta más compleja (tipos 2 y 3), pues en éstas sólo aparecían ajuares cerámicos tardíos⁸.

Según los ajuares cerámicos que contienen, la seriación de las cuevas quedaría hipotéticamente como sigue: al Bronce Pretalayótico I pertenecerían cuevas de planta sencilla como las naturales de Son Maiol, Lluçamet d'En Barraquer, Trispolet, Sa Canova, Montblanc, Vernissa, Lledoner, Ariant, Muleta, Son Marroig y Son Vic de Superna, y las artificiales de Son Mulet y quizá la de Son Sunyer IX. En el Bronce Pretalayótico II se encuadrarían cuevas de planta sencilla como las naturales de Son Puig, Ca S'Hereu, Marina, Son Mas, Vernissa, Sa Mata, Cometa dels Morts y Tossals Verds, y las artificiales de Son Mesquida y Sa Tanca, además de las de planta de Son Sunyer VIII (?), Son Toni Amer XXV, Na Fonda de Sa Vall, Son Jaumell y Es Cabàs de Santa María. Es imposible según esta hipótesis indicar a cuál de los dos periodos dentro del Bronce Pretalayótico pertenecerían las cuevas de planta simple de las que no nos ha llegado la noticia de su ajuar, es decir todas las naturales y las artificiales del tipo 1, pues ya se ha visto que las que tienen ajuares son tanto antiguas como modernas. Sí que, sin embargo, podemos atrevernos a afirmar que todas artificiales de planta compleja, de los tipos 2 y 3, pertenecerían al Bronce Pretalayótico II.

Esta periodización no excluye que en algunas cuevas se constate un uso continuado. Este es el caso de la cueva natural de Vernissa, donde elementos antiguos como la cerámica con decoración incisa y vasos grandes se asocian a carenas altas, vasos ci-

						1	9	
						1 1	4	
						1 1 1	6	
						1 1 0 1	5	
						1 1 1 1 1	8	
						1 1 0 0 0 0	7	
						1 1 1 0 0 0 0	3	
						3 7 8 5 6 4 9		

Fig. 3.- Tabla de contingencia de los tipos de formas cerámicas en forma de presencia/ausencia, exceptuando la cueva de Vernissa por las razones que se exponen en el texto.

lindricos y vasitos de fondo plano. En efecto, Veny (1968: 287) explica que en esta cueva "conservando esta misma disposición [esqueletos alargados en una misma dirección, con una vasija entre cráneo y cráneo] se formaban tres pisos, separados cada uno por un enlosado de piedras", lo que parece indicar un uso continuado de la cavidad que según nuestra hipótesis abarcaría los periodos del Bronce Pretalayótico I y II⁹.

Un simple vistazo a la localización geográfica de las cuevas de los dos periodos principales que definimos basándonos en los ajuares cerámicos demuestra que no hay una regionalización de éstos. Es decir, tanto las cuevas funerarias del periodo antiguo como las del posterior se encuentran distribuidas por toda la isla de Mallorca.

4. LA ASOCIACIÓN DE CUEVAS

Un elemento que nos pareció entonces pertinente añadir en el análisis fue el hecho de que varias de las cuevas se encontraran aisladas y otras sin embargo se asociaran en conjuntos. El primer caso, que se encontraran aisladas, es una característica observable tanto en el Bronce Pretalayótico I como en el II¹⁰. El estudio de las asociaciones de tumbas también nos permitió algunas consideraciones, a pesar de que nos encontramos con un problema insalvable hoy por hoy, la falta de los ajuares en ellas. Por ello, si bien podemos afirmar que con toda claridad estas asociaciones existieron en el Bronce Pretalayótico II, sería aventurado asegurar lo mismo para el momento anterior. Para ello necesitaríamos asociaciones de cuevas simples con ajuares antiguos, y las que tenemos carecen de ninguno¹¹. Tampoco podemos estar seguros de

la coetaneidad de los conjuntos con sólo dos tumbas sin ajuar, una simple y otra de planta compleja, como es el caso de Son Bats, puesto que podrían mostrar una cronología diferente. Si que podemos asegurar, según nuestra hipótesis cronológica, que las asociaciones formadas por al menos dos tumbas de planta compleja son del Bronce Pretalayótico II. Estas son Son Sunyer, Ca s'Espirut, So N'Hereu, Son Granada, Son Toni Amer, Mola d'En Bordoí, Son Ribot, La Alcúdia y Cala Sant Vicenç¹².

La asociación o no de tumbas funerarias lleva a varias conclusiones. La primera es que la localización de necrópolis de una sola tumba a lo largo de todo el pretalayótico prueba la existencia constante de una población dispersa, o distribuida en núcleos de escasa entidad por todo el territorio de la isla. Este hecho se hace más marcado en la zona montañosa, donde casi todos los cementerios están constituidos por tumbas aisladas tanto en el Bronce Pretalayótico I como en el II. Esta última afirmación lleva a la segunda conclusión: que parece existir una diferencia en la ratio tumbas aisladas/en conjunto entre la zona montañosa de la isla, donde la gran mayoría de las tumbas se hallan aisladas¹³, y la llana, donde no sabemos si en el Bronce Pretalayótico I, pero seguro que sí en el II ya se producen asociaciones de cuevas funerarias, a pesar de que otras continúen situándose separadas de las demás. Por tanto, aunque no podemos demostrar que la distinción entre cuevas aisladas y grupos de cuevas tenga valor cronológico, sí parece ilustrar sobre una dualidad en el poblamiento de los distintos espacios de la isla. Si los agrupamientos, ya sean de varias tumbas colectivas en una misma necrópolis o de varias de éstas en un territorio próximo, obedecen —como parece lógico— a la existencia de áreas con densidad de población más alta, podrá deducirse que en la zona llana de la isla convivieron, por lo menos en el Bronce Pretalayótico II y quizá en el I, grupos de población más numerosos con otros formados por pocos individuos, pues en ella alternan tales agrupaciones con cuevas funerarias aisladas. No ocurre lo mismo en la zona montañosa, donde tales concentraciones fueron muy raras.

Estas consideraciones sobre las necrópolis de época pretalayótica nos permitieron, por tanto, proponer algunas sugerencias generales en torno al correspondiente poblamiento y su probable evolución. El modelo sepulcral pretalayótico indica la existencia de una población inicialmente dispersa repartida por toda la isla, aunque no pueda descartarse que desde un primer momento determinadas zonas presentasen mayor poder de atracción que otras. A medida que esta fase de la prehistoria de Mallorca se desarrolla parece razonable suponer la aparición de

discretas concentraciones de población, nunca de tamaño notable, pero sí suficiente como para dar lugar a las primeras necrópolis formadas por varias tumbas artificiales. El incremento continuado del número de individuos en los poblados provocaría el correspondiente en sus cementerios, fenómeno que parece muy claro en la última fase, cuando encontramos agrupaciones de sepulturas colectivas de gran tamaño, al margen de que otras causas, por ejemplo cambios en el ritual funerario o en la representación social de la propia tumba, hayan podido influir en la transformación formal de los hipogeos. Una visión, en consecuencia, de un grupo humano que tiende progresivamente a constituir unidades de poblamiento de distinto tamaño, parece que como preludeo hacia la más compleja sociedad talayótica, y a constituir y a utilizar espacios funerarios diferenciados por sus dimensiones o por otros elementos arquitectónicos accesorios.

5. HACIA UNA INTERPRETACIÓN SOCIAL DE LOS DATOS FUNERARIOS

Intentaré ahora avanzar sobre lo que entonces afirmábamos. Más allá de un simple aumento de población, parece que la progresiva diversificación de los sistemas de enterramiento refleja cambios a nivel social¹⁴. A pesar de que todavía no podemos relacionar las asociaciones de cuevas exclusivamente con el Bronce Pretalayótico II, sí que se observa en este segundo momento un claro incremento en la inversión realizada en la elaboración de la cueva. El relativo aumento en la complejidad social durante el Bronce Pretalayótico con respecto a momentos anteriores no se puede paralelizar, sin embargo, con el producido en la Edad del Bronce en otras áreas de la Península Ibérica como el Sureste y su periferia (Díaz-Andreu 1995), donde se abandona el ritual colectivo empleado en el Calcolítico, que como vemos todavía perdura en Mallorca, y se avanza un paso más en la plasmación de las diferencias sociales entre los miembros de la comunidad al adoptarse el enterramiento individual. Así mientras que en el Sureste podríamos apuntar que se produce a nivel sociopolítico la aparición de un sistema de jefaturas, sin embargo en Mallorca, siguiendo a Catalina Enseñat Enseñat (1981) podríamos ver la organización social de la Edad del Bronce como aquella “*de los núcleos habitados como una agrupación de tribus dirigidas por simples jefes de grupo o clan*”, mientras que en el periodo talayótico “*debemos pensar forzosamente en una organización eminentemente militar donde*

los jefes serían expertos estrategas y gentes diestras en la defensa de sus poblados? (Enseñat Enseñat 1981: 11).

6. OTROS ÁMBITOS DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DEL BRONCE PRETALAYÓTICO MALLORQUÍN: LOS POBLADOS

Tomando como base otros registros del Bronce Pretalayótico mallorquín, autores como James Lewthwaite (1985) han llegado a conclusiones semejantes a las aquí expresadas en lo referente al relativo incremento en la diferenciación social que se produce en este momento. Esta se plasma en el plano doméstico en la aparición de al menos dos poblados amurallados, So'n Ferrandell-So'n Oleza, yacimiento ocupado desde el 2000 a.C. y con unos 3600 m² de extensión, y Ets Antigors de Ses Salines, en el extremo sur de la isla.

Difiero, sin embargo, en la gradación de las razones que Lewthwaite (1985) establece como explicación para la agudización producida en la pirámide social. Distingue este investigador entre dos tipos de causas que habrían provocado dicho aumento: unas de tipo interno y otras externas. Las primeras serían las fundamentales según él y se referirían a la aparición de la metalurgia. Siguiendo a Childe, considera el desarrollo de la metalurgia¹⁵ como el factor principal que llevaría a un creciente aumento de la diferenciación social. Pruebas de fundición de cobre se han recogido en el yacimiento de Son Matge ya en los niveles con cerámicas de estilo campaniforme, fechados entre 2070 y 1720 a.C. (Fernández-Miranda y Waldren 1979), un abrigo situado precisamente en la Sierra de la Tramuntana, donde se encuentra en la isla mineral de tipo cuprífero (Delibes de Castro y Fernández-Miranda 1988: 10). La aparición de la metalurgia no se puede considerar, sin embargo, como algo tan espectacular como parece sugerir en un primer momento Lewthwaite, si seguimos el razonamiento defendido por Manolo Fernández-Miranda y Germán Delibes de Castro. Estos autores sí que indican que en el Bronce pretalayótico aumenta el número de producciones metálicas encontradas, pero califican la metalurgia de este periodo como monótona y escasa, con unos pocos objetos característicos como son los puñales triangulares y las puntas de flecha. El panorama cambia en gran manera durante el talayótico (que ellos fechan de 1400 a.C. hasta VIII a.C.) en el que se generaliza el uso del bronce, se hace variada la gama de piezas y se emplea una tecnología más compleja (Delibes y Fernández-Miranda 1988:

11). En realidad Lewthwaite parece estar de alguna manera de acuerdo con esta argumentación, pues el resto de su explicación no defiende la hipótesis metalúrgica y más bien torna a un razonamiento semejante al empleado por Gilman (Gilman y Thornes 1985) para el Sureste.

Según Lewthwaite (1985) las circunstancias particulares de las Baleares, en las que el cultivo de cereales y el pastoreo son estrategias de subsistencia precarias, habrían hecho la adopción del arado (que según Sherrat 1981: 271, cit. en Lewthwaite 1985, llegaría a este área del Mediterráneo hacia 2700-2500 a.C.) una estrategia especialmente necesaria para la subsistencia. La existencia del arado, sin embargo, implica la de un animal de tiro, que a su vez necesitaría para su alimentación ampliar otras diez o doce hectáreas a las necesarias para una familia para poder alimentarlo, incluso en su periodo no productivo, que abarca la mitad de su vida de unos 18-20 años. Esto lleva a Lewthwaite (1985: 219) a la afirmación de que el mantenimiento de un animal de tiro no habría sido posible por parte de una sola familia. Basándose en paralelos medievales, supone en Mallorca la existencia de una especie de señor medieval, a manera de un *gabelotto* siciliano (palabra sinónima a mafioso), que prestaría el ganado a sus súbditos y que por tanto tendría el poder de amenazarles y extorsionarles. La figura de este señor (o señora, añadido yo) aparecería casi por azar, sería aquel/la que hubiera tenido éxito con su ganado y hubiera logrado que sobreviviese más que el de sus vecinos, que así habrían pasado a depender de él/ella (Lewthwaite 1985: 225).

Hacia el año 1000 a.C., ya en el periodo talayótico, estos sitios se abandonarían y la población se concentra en núcleos de dos tipos, unos de tamaño grande, que ocupan entre 0,8 y 1,7 ha con una población estimada de unos 200 a 400 habitantes según Rosselló Bordoy (1973: 137, cit. en Lewthwaite 1985), y otros de poblado central rodeados de talayots subordinados localizados en su periferia. Tal transformación la interpreta Lewthwaite (1985: 220) como un paso más hacia el control por parte de los grupos dominantes de la producción alimenticia básica.

A estos dos factores internos, aparición de la metalurgia y adopción del arado y de los animales de tiro, añade Lewthwaite (1985) un factor externo que igualmente impulsaría el incremento entre la diferenciación social de los individuos del Bronce Pretalayótico mallorquín. Lewthwaite (1985: 221-3) propone una esfera de interacción marítima tomando en cuenta la aparición en un mismo rango temporal de poblados fortificados en el sureste español (Los Milla-

res, Cabeza del Plomo), sureste francés (Boussargues, Lébous, Camp de Laure, Les Lauzières, La Citadelle), Cerdeña (S'Urrecci y Monte Claro), Sicilia (Petraro di Melilli), Menorca (Torralba d'En Salord) y finalmente Mallorca (So'n Ferrandell-So'n Oleza), aunque, sin embargo, el autor olvide explicar por qué no aparecen tales yacimientos en la costa valenciana y catalana o en Córcega. Finalmente termina sugiriendo que las Baleares fueron un punto crucial en la cuenca mediterránea por una parte en la ruta de Chipre a la Península Ibérica y por otra en el triángulo formado por Cerdeña, el sureste de Francia y las Baleares, lo que haría que determinados individuos con ánimo emprendedor aprovecharan esta circunstancia e intentaran acceder o incluso controlar el tráfico de

productos exóticos, incluyendo la circulación de hachas de metal, lingotes y artefactos¹⁶.

No es la intención de este último apartado plantearse una hipótesis alternativa a la de Lewthwaite (1985), pese a que, como ya he adelantado, la trascendencia de la metalurgia en este proceso me parece poco fundamentada. Lo que sí me parece importante destacar es que se produce una coincidencia en los resultados del análisis de los datos funerarios y poblacionales: ambos indican la aparición de estructuras sociales más complejas y que conllevan una mayor desigualdad entre los individuos, y que por tanto preconizan el cambio hacia el surgimiento de jefaturas proto-estatales presentes ya en el talayótico mallorquín.

NOTAS

¹ Este artículo ha sido escrito durante mi estancia como profesora asociada en el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense.

² La cueva de Vernissa se ha exceptuado de este análisis por las razones que se exponen más adelante.

³ Además se observa una mayor concentración de cuevas naturales en la parte noroeste de la isla, fácil de explicar teniendo en cuenta las características geológicas de la zona. Según la hipótesis de Veny (1968) parecería entonces que de un primer momento de abundancia poblacional en las montañas se habría producido un desplazamiento al llano, donde se hallan las tumbas artificiales de planta compleja.

⁴ En nuestro primer análisis (Díaz-Andreu y Fernández-Miranda 1991) las cuevas artificiales quedaron distribuidas en tres grupos, que *grosso modo* podrían describirse como: tipo 1 con cuevas más simples sin corredor y de entrada horizontal o en pozo, tipo 2 de cuevas normalmente sin corredor, con accesos en rampa o en escalera y finalmente tipo 3 de cuevas con corredor.

⁵ He de adelantar frente a futuras críticas que este artículo no ha estado acompañado de la necesaria labor de campo. Esta deficiencia fue en su día cubierta por el enorme conocimiento del tema de Manolo Fernández-Miranda, que permitía corregir los posibles desvaríos en mi perspectiva. Al no contar ahora con esta posibilidad ruego a los conocedores del área que rectifiquen esta lista propuesta en esta nota y en las siguientes. Las cuevas de este tipo, siempre siguiendo la información que nos ofrece el catálogo de Veny (1968), serían Son Sunyer IV, V, VI, IX y XI, Ca Na Vidriera, Cunillera de S'Aguila, Son Mulet, Son Xorc, Es Rafal Llinás XXXIV y XXXV, Son Danús Nou XXXVII y XXXVIII, Mola d'En Bordoi XLI, XLIV y XLV, Na Tous de Son Suau XLVII y XLVIII, Son Ribot LI y LII, Bellver Ric LIII y LVII, Son Mesquida, Rafalet LXII, Rafal Pai LXIX y LXX, Son Real LXXI y LXXII, Alcúdia, Sa Tanca, L'Hort dels Moros, Ses Comunes, Son Bats LXXXVII, Es Calderers, Pont de Cabrera, Santa Eugenia XVIII, XCIV, Gaieta Gran XCVI, XCVII y Can Patos de Lloseta.

⁶ Son Caurelles, Ca S'Espirut II y III, Son Sunyer VII y VIII, Mandià de Dalt, Son Cardell, Son N'Hereu XVI, XVII, XVIII, Son Granada XIX y XX, Son N'Antelm, Cugulutx d'En Jaqueta, Son Toni Amer XXV, XXVI, XXVII, XXIX, Son Fadrinet, Na Fonda de Sa Vall, Ca's Perets, Cas Concos, Mola d'en Bordoi XLII y XLIII, Cala Murada, Son Galiana, Son Ribot L, Mitja de Ses Abelles, Sant Pere, Alcúdia LXXIV y LXXV, Cala Sant Vicenç LXXIX, LXXXIII, Son Bats LXXXVI, Es Cabàs de Santa Maria, Cala Vinya.

⁷ Son Sunyer X, Son Jaumell, Cala Sant Vicenç LXXX, LXXXI, LXXXII, Ses Coves.

⁸ Pudimos observar, además, otras asociaciones con las que ya entonces nos mostramos precavidos y que hoy creo que no son ciertas. Al observar la correlación entre tipo de planta de la cueva y objetos no cerámicos depositados en ellas, creímos constatar en las cuevas de planta compleja una ausencia casi total de determinados elementos como eran las lascas de sílex y los botones cónicos, y al contrario, la presencia de botones de tipo piramidal. Esta cronología de botones cónicos para el Bronce Pretalayótico I parece que, sin embargo, no se confirma totalmente en excavaciones posteriores a la publicación del catálogo de Veny (1968), como la cueva 4 de Ca Na Vidriera, donde asociados a cerámicas con carenas tendentes a ser bajas se encuentran botones piramidales (Llabrés Ramis 1978). También vemos cómo en el Bronce Pretalayótico II se documentan botones cónicos. De hecho éstos siguen empleándose en el periodo talayótico documentándose, por ejemplo, en el Coval den Pep Rave, fechado hacia el 1200-800 a.C. (Coll Conesa 1991: 94 y 99).

⁹ En el trabajo realizado en 1988 considerábamos que era asimismo probable que la cueva de Son Jaumell fuera utilizada durante un periodo largo de tiempo incluyendo el momento final del primer periodo, pues a pesar de su planta compleja, en ella se habían documentado hay botones cónicos, elementos que entonces tendíamos a considerar mayoritariamente como antiguos, lo que hoy, por las razones ya expuestas, no defiendo. Son Jaumell ahora quedaría claramente encuadrada en el Bronce Pretalayótico II.

¹⁰ Tumbas aisladas, tanto naturales como artificiales, del Bronce Pretalayótico I son las de Son Maiol, Sa Canova, Son Mulet II, etc., y del Bronce Pretalayótico II las de Son Puig, Cometa dels Morts, Son Mesquida y Sa Tanca.

¹¹ Las asociaciones de tumbas simples son las de Es Rafal Llinás, Son Danús Nou, Na Tous de Son Suau, Rafal Pai, Son Real, Gaieta Gran y quizá Bellver Ric y Santa Eugenia.

¹² En el caso de necrópolis como Son Sunyer sería muy interesante poder confirmar la coetaneidad de tumbas de planta simple y compleja, pero esto todavía no es posible con los datos disponibles.

¹³ La excepción es la asociación de tumbas de la Cala Sant Vicenç, que se localiza en un extremo de dicha zona alta, cerca de los valles de Pollensa y en "un banco de sedimento cuaternario fácilmente excavable, por excepción al resto del territorio" (Coll Conesa 1993: 111).

¹⁴ No tomo en consideración la afirmación realizada por Coll Conesa (1993) sobre la ausencia de niños y la escasez de mujeres en los enterramientos pretalayóticos, pues su muestra, 15 individuos, es demasiado escasa para aceptarla como representativa de la población inhumada total.

¹⁵ Christopher Hoffmann también realiza una reflexión sobre la importancia de la metalurgia en la Mallorca de estos momentos, aunque no se plantea considerarla como causa de cambio social. Su intención es "demostrar cómo la variabilidad en los patrones de actividades tecnológicas y del uso y deposición de los productos tecnológicos (es decir, de los artefactos) se pueden explicar casi por completo en referencia a factores históricos y sociales" (Hoffmann 1995: 20).

¹⁶ Aunque Chapman (1991: 354) menciona esta hipótesis de Lewthwaite, no parece defenderla, pues no se detiene en ella en su discusión sobre interacción, distancia y centralidad en el Mediterráneo occidental (Chapman 1991: 350-356).

BIBLIOGRAFÍA

- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas*. Crítica. Barcelona.
- COLL CONESA, J. (1991): Seriación cultural de los materiales del Coval den Pep Rave. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 75-101.
- COLL CONESA, J. (1993): Aproximación a la arqueología funeraria de las culturas iniciales de la prehistoria de Mallorca. *Pyrenae*, 24: 93-114.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1988): *Armas y utensilios de bronce en la prehistoria de las Islas Baleares*. Studia Archaeologica, 78. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1995): Complex Societies in Copper and Bronze Age Iberia: A Reappraisal. *Oxford Journal of Archaeology*, 14(1): 23-39.
- DÍAZ-ANDREU, M.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1991): Pretalayotic Burial Caves of Mallorca. Classification and analysis. *IIInd Deya International Conference of Prehistory. Recent Developments in Western Mediterranean Prehistory: Archaeological Techniques, Technology and Theory* (W. H. Waldren, J. A. Ensenyat y R. C. Kennard, coord.) British Archaeological Reports International Series 574, Oxford II: 79-114.
- ENSEÑAT ENSEÑAT, C. (1981): *Las cuevas sepulcrales mallorquinas de la Edad del Hierro*. Excavaciones Arqueológicas en España 118. Ministerio de Cultura. Madrid.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1978): *Secuencia cultural de la prehistoria de Mallorca*. Biblioteca Praehistorica Hispana XV. CSIC. Madrid.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; WALDREN, W. (1974): El abrigo de Son Matge y la periodización de la prehistoria mallorquina mediante los análisis de C-14. *Trabajos de Prehistoria*, 31: 297-304.
- GILMAN, A.; THORNES, H. B. (1985): *Land-use and Prehistory in south-east Spain*. University of London Monograph Series. Allen and Unwin. Londres.
- GORNÉS HACHERO, S. (1994): Manuel Fernández-Miranda i Menorca. *Meloussa*, 3: 143-5.
- HOFMANN, CH. R. (1995): The Making of Material Culture- The Roles of Metal Technology in Late Prehistoric Iberia. *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia* (K. Lillios, coord.), International Monographs in Prehistory: 97-120.
- LEWTHWAITE, J. (1985): Social Factors and Economic Change in Balearic Prehistory, 3000-1000 b.c. *Beyond Domestication in Prehistoric Europe. Investigations in Subsistence Archaeology and Social Complexity* (G. Barker y C. Gamble, coords.) Londres: 205-231.
- LLABRÉS RAMIS, J. (1978): Ca Na Vidriera. Una necrópolis del Primer Bronce Mallorquín. *Trabajos de Prehistoria*, 35: 337-370.
- VENY, C. (1968): *Las cuevas sepulcrales del Bronce antiguo en Mallorca*. Biblioteca Praehistorica Hispana IX. CSIC. Madrid.

“PLACER DE DIOS”. INCENSARIOS EN SOPORTES CON RUEDAS DEL BRONCE FINAL DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Alfredo Mederos, Richard J. Harrison*

RESUMEN. - Este trabajo ofrece una interpretación funcional de la moda de los soportes metálicos y su distribución a lo largo de todo el Mediterráneo durante el Bronce Final a partir de su empleo para quemar incienso u otros productos aromáticos. El incienso se constata por primera vez desde ca. 1460-1425 AC en Egipto, y los primeros incensarios metálicos aparecen en el norte de Jordania e Israel a lo largo de una posible ruta del incienso desde ca. 1325 AC, siendo comercializados en el Mediterráneo Oriental hacia 1250-1200 AC de acuerdo con el pecio de Cabo Gelidonya. Su producción se va a generalizar desde 1200 AC en Chipre, y progresivamente irán haciendo su aparición en Grecia y Creta (ca. 1100 AC), Italia y Cerdeña (ca. 1100-1050 AC) y la Península Ibérica (ca. 1150-1050 AC).

ABSTRACT. - This work presents a functional interpretation for the spread of the fashionable bronze tripod vase supports throughout the Mediterranean during the Late Bronze Age. They are interpreted as burners for incense or other perfumed aromatic essences. Incense is documented first in Egypt between 1460-1425 BC, and the earliest bronze burners appear in northern Jordan and Israel, perhaps marking a trade route from about 1325 BC. The evidence from the Cape Gelidonya wreck suggests that bronze supports were commercialised in the Mediterranean by 1250-1200 BC. The manufacture of bronze burners is established by 1200 BC in Cyprus, and they appear successively in Greece and Crete around 1100 BC, Italia and Sardinia from 1100-1050 BC, and in the Iberian Peninsula about 1150-1050 BC.

PALABRAS CLAVE: Soportes metálicos con ruedas, Incensarios, Bronce Final, Comercio, Mediterráneo.

KEY WORDS: Wheeled tripods, Incense burners, Late Bronze Age, Trade, Mediterranean.

1. INTRODUCCIÓN

Quizás uno de los artefactos metálicos que más han atraído la atención de los investigadores son los soportes “rituales” por la espectacularidad de los mismos, e incluso algún autor como Matthäus (1986: 285) no duda en considerarlos los productos más importantes de los talleres metalúrgicos chipriotas. La aparición de cada ejemplar ha sido una buena oportunidad para aportar valoraciones sobre ellos, y al situarse en el tránsito entre el Bronce Final y el periodo Geométrico, han sido objeto de estudios tanto por especialistas en la prehistoria reciente del Mediterráneo como por aquellos que trabajan en el mundo clásico, pero que toman las etapas protogeométricas y geométricas como punto de partida en sus investiga-

ciones.

Este tipo de artefacto estaba ausente de la Península Ibérica en contextos del Bronce Final hasta que el reciente hallazgo de al menos tres ejemplares de soportes en el poblado de Nossa Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu, Beira Alta) ha abierto nuevas perspectivas sobre los mismos, tanto por ampliar su distribución al Mediterráneo Occidental y fachada atlántica de la Península Ibérica, como a nivel morfológico, ya que se trata de la variante más compleja con ruedas.

El estudio de esta pieza nos servirá de vehículo para proponer una nueva hipótesis que explique la distribución comercial y funcionalidad de los soportes como destinados a quemar incienso u otro producto aromático, a partir de un momento concreto

* Department of Archaeology, University of Bristol, 11 Woodland Road, Bristol BS8 1TB, Reino Unido.

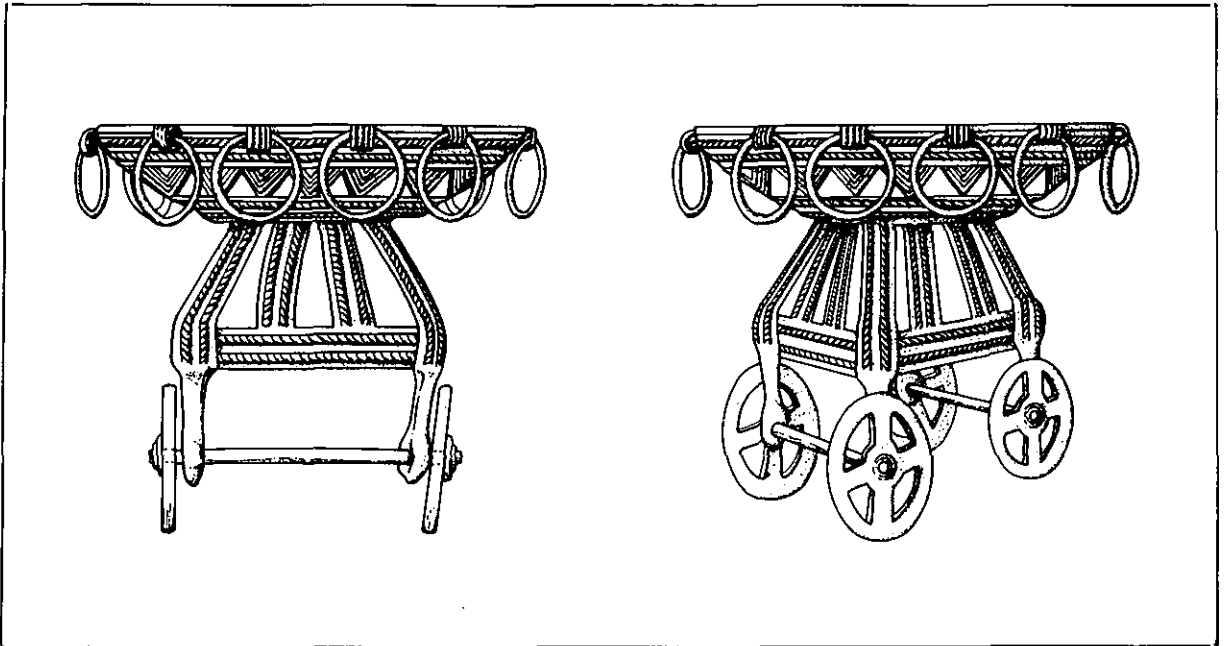


Fig. 1.- Reconstrucción del carro votivo de Nossa Senhora da Guia, Baiões. A partir de da Silva *et alii* 1984 y el modelo expuesto en el Museu Nacional de Arqueologia, Lisboa.

del Bronce Final IIC de la Península Ibérica, Heládico Final IIIB y Bronce Final IIB de Israel, a lo largo de todo el Mediterráneo.

2. LOS SOPORTES

Si nos atenemos a los datos proporcionados por da Silva *et alii* (1984: 85-86), la altura del principal soporte ronda los 15,3 cms, mientras el ancho de la copa es de 15 cms, lo que le otorga unas dimensiones homogéneas tanto de ancho como de alto, si bien las ruedas resaltan ligeramente ya que su eje mide 18 cms.

La copa tiene 3,4 cm de altura, los cuatro soportes 5,1 cm, los pernos donde se encaja el eje 4,2 cms, y las ruedas de cuatro radios, 5,3 cms. Si observamos la pieza de lado para apreciar su ancho, la copa tiene 15 cms de diámetro máximo, la base rectangular del soporte en cuyos cuatro extremos se insertan las cuatro barras que sostienen la copa, 9,5 cms de ancho, y los dos ejes centrales, 18 cms, en los cuales encajarían las ruedas.

Los elementos decorativos más importantes son la presencia de trece arandelas circulares colgadas de los extremos de la copa, tres de las cuales se conservaban *in situ*, y una decoración en forma de cuerda trenzada en S tanto al exterior de la copa como a lo largo de todo el soporte.

Los otros dos soportes con ruedas, que sólo

se conservan muy fragmentariamente, son además interesantes porque cada uno responde a una morfología diferente, si nos atenemos a la presencia de dos tipos de ruedas diferentes a las del primer soporte, también con cuatro radios, pero de dimensiones menores, 4,8 cms y 3,9 cms. Un fragmento de copa conservado tiene un diámetro máximo de 9,7 cms. Finalmente, otro fragmento de soporte que se conserva también muestra un diseño diferente al que se observa en el ejemplar mejor conservado.

3. FUNCIONALIDAD DE LOS SOPORTES

Quizás el rasgo más llamativo de los estudios sobre soportes que disponemos para el Mediterráneo Central y Oriental es que suelen quedarse en mero valor artístico de los mismos, sin llegar a plantearse cual fue la función real del soporte que mereció un trabajo artesanal tan conseguido. Dado el alto coste de piezas excepcionales como las aquí presentadas, tuvieron de desarrollar alguna función privilegiada que justificase el esfuerzo en la adquisición de soportes de esta calidad.

Por ello produce cierta perplejidad observar que las únicas referencias se limitan a señalar que estarían destinados a soportar cuencos semiesféricos de bronce en los pequeños soportes y grandes escudillas con fondo rehundido en los soportes mayores (De-

margne 1947: 239; Catling 1984: 73; Matthäus 1985: 307; Lo Schiavo *et alii* 1985: 36), lo que resulta lógico y ya lo mostró en su momento Brückne (1893: taf. 14/2) a partir del ajuar de la sepultura del Pnyx en Atenas. Incluso se conservan algunos soportes donde existe esta asociación, caso de un soporte con ruedas en el Museo de Chipre (Matthäus 1985: taf. 105). No obstante, últimamente se ha apuntado (Carter 1995: 300) el uso de los soportes con ruedas para sostener una jarra de vino en ocasiones excepcionales, como celebraciones reales de victorias militares.

La abertura central en los soportes da cierta flexibilidad a la hora de depositar un recipiente metálico como cuencos, escudillas, etc., sin embargo, resulta dudoso que elaborándose tan cuidadosamente, no tuvieran en general un recipiente concreto asignado que se ajustase adecuadamente al diámetro del mismo.

En el ejemplar de Baiões da esa misma impresión cuando se observa que el recipiente circular del mismo presenta una abertura circular central y a su alrededor dieciseis triángulos perforados, que carecerían de cualquier lógica si se pretendiera dar cualquier tipo de uso al mismo, tanto con un producto sólido como líquido. Cabe por lo tanto presumir que el espacio de 3,4 cms de altura del recipiente circular debió servir para contener otro recipiente metálico. La presencia en el poblado de siete cuencos metálicos (Kalb 1980: 30, 45, abb. 9/43/24; da Silva *et alii* 1984: 101, est. VI/1-5), seis de ellos encontrados asociados a los soportes da viabilidad a esta hipótesis. Las dimensiones de los mismos, entre 5,75 y 5,1 cms de altura y 12 cms de diámetro máximo les hace ser perfectamente viables para ir colocados dentro del espacio de 3,4 cms de altura y 15 cms de ancho máximo en el borde del recipiente circular del soporte sin peligro de que se cayese o derramase su contenido. Que uno de ellos presente una decoración sólo en el borde con veintisiete triángulos incisos (da Silva *et alii* 1984: 81, est. VI/1) da mayor viabilidad a esta hipótesis, ya que vendría a coincidir con el espacio que sobresaldría el cuenco del interior del recipiente circular del soporte. No obstante, es muy posible que algún cuenco metálico, actualmente desaparecido o no localizado, fuese el originario al que se asociaría el soporte de Baiões.

Si el cuenco que se colocaría en su interior se recalentase por quemarse algún producto en su interior, la abertura central del recipiente circular del soporte y sus dieciseis triángulos perforados tendrían junto al valor decorativo una lógica funcional ya que evitarían el calentamiento del recipiente circular del soporte y facilitaría la ventilación lateral y del fondo

del cuenco donde se estuviese quemando algún producto.

Si se aceptan todas estas premisas, queremos además proponer una nueva hipótesis de trabajo que explique la difusión de los soportes a partir de un momento concreto del Bronce Final IIC de la Península Ibérica, Heládico Final IIIB y Bronce Final IIB de Israel a lo largo del Mediterráneo Oriental, Central y Occidental, en razón de su empleo para quemar incienso o productos aromáticos equivalentes en ceremonias especiales, preferentemente funerarias y religiosas donde tendría un papel de pequeño altar, con lo que creemos se apoya y amplía la hipótesis del comercio de incienso desde el Bronce Final IIB en Israel defendida por Artzy (1994).

4. LOS ORÍGENES DEL CONSUMO DEL INCIENSO EN EL MEDITERRÁNEO

El rasgo más característico del incienso es la presencia de una pequeña porción de aceite que se volatiliza al ser quemado, lo que le otorga su característica fragancia. Procede de una goma resinosa, exudada cuando se realiza una incisión en su tronco, por especies de *Boswellia*, de la familia de las *Burseraceae*, que están adaptadas a ambientes muy áridos.

Entre las especies de mejor calidad destaca la *Boswellia sacra*, localizada en 1848 y definida botánicamente en 1867, que crece en la región central y oriental del sur de la Península Arábiga, particularmente el área de Dhofar en Omán aunque se extiende a parte del Yemen oriental (Hepper 1969: 68, lám. 14-15; Groom 1981: 99). La especie africana de la *Boswellia frereana* también produce incienso de alta calidad, mientras la *Boswellia carteri* pese a su buena calidad resulta ligeramente inferior. Estas dos últimas especies, definidas en 1870, únicamente crecen en el Norte de Somalia y Eritrea.

Otra especie de dicha familia, la *Boswellia bhau-dajiana* al no haber vuelto a ser reconocida desde su única clasificación en 1870, puede haber desaparecido, cuando fue definida por un botánico por primera vez junto a las *Boswellia frereana* y *carteri*, o bien que se haya tratado de una confusión con alguna de las otras dos citadas.

Incienso de peor calidad se obtiene en la República Centrafricana, Sudán, Etiopía y Uganda a partir de la *Boswellia papyrifera* (Hepper 1969: 68, lám. 15), que fue la primera en ser reconocida en 1843. Tiene una distribución más extensa que las otras y, en teoría, resultaría más accesible a los egipcios descendiendo el Mar Rojo o ascendiendo por las

márgenes del Nilo.

Hay que tener en cuenta que la distribución natural de la mirra, utilizada en el proceso de momificación, dadas sus propiedades antisépticas, para la limpieza de las partes del cuerpo donde se extraían las vísceras, no requería entonces desplazarse hasta la región central del Sur de la Península Arábiga, sino que estaba disponible en los actuales Etiopía, Eritrea o Yemen, en el S.O. de la Península Arábiga, con lo que quizás los egipcios no accediesen al incienso de mayor calidad procedente de la *Boswellia sacra*.

Finalmente, también de menor calidad es el incienso obtenido en la India de la *Boswellia serrata*, que actualmente es comercializado.

El uso del incienso se orientó a la preparación de productos médicos dadas sus propiedades antibacteriales y, fundamentalmente, a ser quemado en ceremonias religiosas como ofrenda a los dioses o durante la incineración de ceremonias funerarias. Su refinado aroma eliminaba el característico olor de los muertos durante los velatorios y banquetes funerarios al descomponerse los cuerpos durante su exposición pública, o posteriormente, el olor a carne quemada si eran incinerados, otorgándose quizás un cierto valor religioso a la mezcla del humo del incienso quemado con el producido por las cenizas del muerto en su ascenso hacia el cielo.

Quizás el ejemplo que mejor muestre la consideración social del incienso es que de acuerdo con la Biblia uno de los Reyes Magos entregó incienso, símbolo de divinidad, a Jesús, un regalo de reyes para un dios.

Las referencias más antiguas proceden desde Imperio Antiguo egipcio, cuando se realizaron expediciones hacia la región del Punt para obtener incienso. Con la documentación actual disponible éstas se realizaron en diversos momentos del Imperio Antiguo, Medio y Nuevo (tabla 1).

La más famosa, y la que contiene la primera referencia segura de la presencia de incienso en Egipto, es la inscripción del templo de la reina *Ma'atkare Ra-Hatshepsut* (1473-1458 a.C.), siendo coregente *Menkheperre Tutmosis III*, que registra una expedición egipcia de cinco navíos a la "Tierra de Punt" en la que el incienso venía acompañado por oro, marfil, madera de ébano y canela, pieles de animales, monos y esclavos. En ella se diferencia claramente entre el "ntyw", puesta en primer lugar entre todos los productos traídos de Punt, incluido el oro, frente a otras dos variedades de incienso, "ihmut" y "sntr", listadas en el penúltimo y último lugar.

Un punto de vista diferente es expresado por Groom (1981: 25, 27-28, 230, 237), quien partiendo de la presunción previa de que los egipcios difícilmente pasarían de la costa somalí en sus trayectos, sostiene que como sólo en la inscripción de Deir el-Bahri se diferencia entre el "ntyw" de otras variedades, es cuando único podemos documentar dicho producto. En todo caso, el "ntyw", a su juicio, no se referiría al incienso sino, probablemente, a mirra obtenida de la *Commiphora erythraea* que era más fácilmente accesible en el Este de Etiopía y Eritrea, donde Groom sitúa la Tierra del Punt. Y aunque admite que los árboles de "ntyw" transportados a Egipto y representados en el templo son demasiado grandes para ser árboles de mirra, sólo reconoce que, si acaso, se trataría de la variedad de *Boswellia* más pobre y geográficamente más cercana, la *Boswellia papyrifera*, presente desde el Norte del Sudán.

Planteamientos favorables a la ecuación "ntyw"-incienso son expresados por un botánico como Hepper (1969: 70) que considera los árboles de Deir el-Bahri dentro la especie *Boswellia*. O en la exposición de Dixon (1969: 55, 58) quien apoyándose en un texto de la Dinastía XI, 2040-1991 a.C., pone de manifiesto que el trayecto por el Mar Rojo no presentaba particulares peligros en comparación con una

Faraón	Período	Dinastía	Cronología a.C.
Sahure	Imperio Antiguo	V Dinastía	2458-2446
<i>Djedkare Izezi</i>	Imperio Antiguo	V Dinastía	2388-2356
<i>Neferkare Pepi II</i>	Imperio Antiguo	VI Dinastía	2246-2152
<i>Nehtawyre Mentuhotpe III</i>	Imperio Medio	XI Dinastía	1998-1991
<i>Nubkaure Amenemhet II</i>	Imperio Medio	XII Dinastía	1929-1892
<i>Kha'kheperre Senwosret II</i>	Imperio Medio	XII Dinastía	1897-1878
<i>Ma'atkare Ra Hatshepsut</i>	Imperio Nuevo	XVIII Dinastía	1473-1458
<i>Userma'atre'meryamun Ramsés III</i>	Imperio Nuevo	XX Dinastía	1194-1163

Tabla 1.- Principales expediciones egipcias hacia la Tierra del Punt entre el Imperio Antiguo y Nuevo.

expedición por tierra al Desierto Oriental.

En todo caso, la presencia de textos que señalan la visita de habitantes de la Tierra de Punt que entregan “ntyw” como regalo o tributo a faraones de la XVIII Dinastía, como *Menkheperre* Tutmosis III (1479-1425 a.C.) o *Akheprure* Amenofis II (1427-1401) (Dixon 1969: 58-59), nos pone sobre aviso que dicho producto llegaba tanto a través de expediciones egipcias como por otras en sentido inverso, realizadas por las gentes de Punt.

Es durante el mandato del faraón Tutmosis III cuando un texto indica que en los territorios de Palestina, al menos en un caso, se ha pagado tributo con “ntyw” o incienso (Breasted 1906: 206; Dixon 1969: 55 nota 5; Nielsen 1986: 6; Artzy 1994: 133), que obviamente no se produce de forma natural en el Levante y que debió haber sido transportado desde el sur de la Península Arábiga. Otras referencias a mirra seca y a incienso de la “Tierra de Retenu”, quizás la resina de terebinto, evitan una posible confusión.

En fechas paralelas, ca. s. XVI y XIII a.C. (van Beek 1974: 43) aparentemente se va a producir la formación del posteriormente denominado reino de Saba en la región occidental del sur de Arabia, el actual Yemen, que sería el encargado de enviar caravanas organizadas con este producto hacia la región de Gaza. Los elevados impuestos que probablemente debían pagar como derechos de paso al cruzar toda la Península Arábiga, contribuirían a acrecentar aún más su precio, y acabarían generando en fechas posteriores el apogeo de algunas ciudades en dicha ruta, como Petra en Jordania.

A partir del Bronce Final IIA, 1400-1300 a.C., se constata en el poblado de Tell Jemmeh (Wapnish 1984: 171), situado a 10 Kms al sur de Gaza, la presencia de dromedarios o camello árabe de una joroba domesticados, que continúan haciendo acto de presencia durante el Bronce Final IIB, y podrían estar vinculados a su utilización como animales de transporte en caravanas.

Paralelamente, durante el Minoico Final III A, ca. 1400 a.C., hacen su aparición por primera vez en Creta quemadores de incienso en cerámica pintados (Marinatos 1927-28: 79; Georgiou 1979: 433, 435), en un modelo que se va a continuar fabricando hasta el final del Minoico Final IIIB, ca. 1200/1190 a.C., presentes en ocasiones en los ajuares de sepulturas.

Es importante reseñar que no conocemos ningún ejemplar seguro de contextos del Minoico Final IIIA1, y sí uno en Palikastro (Georgiou 1979: 428 fig. 2, 430, 435) del Minoico Final IIIA2, que nos podría señalar un inicio ligeramente más tardío de este tipo de incensarios hacia ca. 1375-1325 a.C.,

y que resulta aún más significativo porque es el único que procede de un asentamiento en Creta.

Este modelo aparece esporádicamente en asentamientos importantes de las Cícladas en contextos del Cícládico Final IIIB-IIIC como Phylakopi en Melos (Edgar 1904: 175, lám. 35/7) o del Cícládico Final IIIC en Ayia Irini en Keos (Georgiou 1979: 432, 434 y 1986: 46, lám. 13/184). Una cronología también más tardía es indicada por un único ejemplar de Grecia continental, de Perati, sep. 75 (Iakovides 1970: 262-263, fig. 114/639) asignable al Heládico Final IIIB-IIIC.

Es interesante resaltar que este modelo surge cuando ya existía otro tipo de “incensario” con tres patas en cerámica presente en Ayia Irini (Georgiou 1986: 40-41) desde el Cícládico Final I, que se generaliza durante el Cícládico Final II, desapareciendo después de la secuencia.

Este último tipo reaparece en Grecia Continental en Pilos (Blegen y Rawson 1966: 241, 414-415, 421, fig. 396/580) con cinco ejemplares en el nivel de incendio de la habitación 60, fechables a fines del Heládico Final IIIB o inicios del IIIC, dos más en la sepultura 502 de Micenas en un contexto del Heládico Final III (Wace 1932: 8, fig. 3), y otro en la sepultura 6 de Dendra (Persson 1942: 25, fig. 28/2, 28, 30) donde, aunque se fecha el ajuar de la cámara en el Heládico Final I, coetáneo con los primeros ejemplares de Ayia Irini, Persson en base al paralelo de Micenas le otorgará al “incensario” una cronología posterior en el Heládico Final III.

Conviene, por lo tanto, reseñar que estas fechas implican una coexistencia de ambos tipos en Grecia Continental hacia ca. 1325-1100 a.C., de acuerdo con los ejemplares de Perati, Pilos y Micenas.

A partir de ca. 1325 a.C. aparecen los primeros incensarios metálicos en contextos arqueológicos de la actual región Norte de Israel del Bronce Final IIB, asociados con cerámica del Heládico Final IIIB, y coetáneos con la XIX Dinastía egipcia.

Estos incensarios, particularmente los denominados soportes de ofrendas, se disponen a lo largo de una ruta procedente por los altos de Transjordania en diferentes escalas, Tell es-Sa’idiyeh, Beth-Shan y Megiddo, hasta finalmente alcanzar los puertos de Tell Nami y Akko, o en el puerto más septentrional de Ugarit.

Algunos pequeños puertos como Tell Nami, durante el Bronce Final IIB van a experimentar un inusitado apogeo, tal como se aprecia en los ajuares funerarios de su necrópolis, que su excavador, Artzy (1994: 128-130), justifica en función de la posible exportación de incienso.

A través de pecio de Cabo Gelidonia (Bass 1967: 108, fig. 116/183-186) sabemos que tanto los soportes de ofrendas como los trípodes de varillas eran comercializados en el Mediterráneo Oriental en una ruta que probablemente partiría desde el Levante o Chipre hacia el tránsito del Heládico Final IIIB con el Heládico Final IIIC, ca. 1250-1200 a.C.

No obstante, algunos puertos como Tel Nami (Artzy 1994: 139), o el clásico ejemplo de Ugarit, van a ser abandonados justo al final del Bronce Final IIB, ca. 1200-1190 a.C., probablemente como resultado de la inestabilidad producida por la presencia de los tradicionalmente denominados Pueblos del Mar.

Es precisamente durante el Hierro IA de Israel (Wapnish 1984: 171), ca. 1200-1100 a.C., cuando únicamente desaparecen evidencias de la presencia de camellos en el poblado de Tell Jemmer.

Finalmente, durante dicho período, particularmente desde 1200 a.C., es cuando se va a generalizar la producción de trípodes de varillas en Chipre.

5. ORIGEN, CRONOLOGÍA Y DISTRIBUCIÓN DE LOS TRÍPODES Y SOPORTES EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

El origen de los trípodes se suele buscar en un trípode metálico más simple localizado en Alalakh-Tell Atchana (Siria), al que su excavador L. Woolley (1955: 277, lám. 74/37/8) le daba una cronología entre 1595-1370 a.C., pero que carece de un contexto adecuado. Por dicha razón Catling (1964: 219) inicialmente lo fechó en un período más reciente, pero últimamente (Catling 1984: 73) vuelve a considerarlo el precedente más antiguo a partir de la presencia de un trípode cerámico en Kültepe Karum Kanesh (Turquía) del s. XIX a.C. El valor del trípode de Alalakh como precedente también lo sostiene Matthäus (1986: 285). En todo caso, sigue persistiendo el problema del contexto arqueológico del trípode.

Los modelos que analizaremos se suelen dividir en cinco variantes según propuesta de Catling (1964), a partir de la forma de sus patas: soportes de ofrendas, trípodes de varillas (los más frecuentes), trípodes de molde, soportes de cuatro patas y soportes de ruedas.

Una procedencia del Próximo Oriente y origen en el s. XIII a.C. es defendida por Catling (1964: 216, 1984: 76) para los soportes de ofrendas, argumentos que también sostiene Matthäus (1985: 323-324).

La prioridad de los trípodes de molde frente a los de varillas, fue defendido por Benson (1960:

13), sin embargo es rechazado por Catling (1964: 216, 222). H. Matthäus (1986: 286) también sostiene la antigüedad de los trípodes de varillas, a partir del ejemplar del poblado de Pyla-Kokkinokremos, ya que lo asigna exclusivamente al Chipriota Final IIC, y no al Heládico Final IIIC1 tal como pretende Catling, dados los resultados contradictorios entre las antiguas y recientes excavaciones en el poblado.

El posible inicio de la fabricación simultánea de los trípodes de varilla y los de molde, que de acuerdo con la distribución que conocemos de ambos debió comenzar en Chipre, no puede descartarse aunque las cronologías parecen ligeramente más antiguas para los trípodes de molde (*vide infra*).

Menos clara es la cronología de los soportes más complejos de cuatro patas o de ruedas por la fragilidad o inexistencia de contextos, aunque tanto Catling como Matthäus suponen cronologías simultáneas con los otros trípodes.

La diferencia básica es que mientras Catling sostiene que la fabricación de estos trípodes y soportes se produjo en un lapso temporal relativamente corto, inicialmente s. XII a.C. (Catling 1964: 216, 222) y ahora entre fines del s. XIII a.C. e inicios mediados del s. XII a.C. (Catling 1984: 70-72, 88), considerando todos los ejemplares aparecidos posteriormente como reutilizaciones, "heirlooms", Matthäus (1985, 1986: 286-287, 291) defiende una producción durante un lapso temporal mayor, ca. 1300-1000 a.C., entre el Chipriota Final IIC y el Chipriota Final IIIB2, con una posible prolongación en el Geométrico Chipriota I, y sólo considera como una verdadera reutilización un trípode del Pnyx de Atenas con cerámica del Geométrico Final.

Respecto a su fabricación, con la excepción de los soportes de ofrendas, Demargne (1947: 240-241) es el primero que plantea la posible fabricación de los mismos en fechas posteriores en Creta, e insinúa su elaboración también en el Próximo Oriente a partir del ejemplar de Beth Shan (Israel). J. L. Benson (1960: 15) y Matthäus (1986: 287) también apoyan la idea de una fabricación cretense de los mismos entre el 1000-900 a.C. durante el Protogeométrico cretense. Sin embargo, para Catling (1984: 89) la producción es exclusivamente chipriota, parte de los cuales, a la vez que son reutilizados en el período protogeométrico chipriota, serían exportados a Creta cuando ya se habrían dejado de fabricar en Chipre hacia el 1100-1000 a.C., y desde Creta algunos serían a su vez redistribuidos hacia Grecia.

Últimamente Catling (1984: 82-85) ha querido definir talleres y maestros metalúrgicos y considera que existen dos talleres diferentes para los soportes de molde: el "taller del maestro de Enkomi",

en el que incluso diferencia trabajos del maestro y sus aprendices, y del "taller del estilo toscano". Sin embargo, para Matthäus (1986: 287), de momento, una separación clara de talleres es imposible, criterio que

compartimos ya que actualmente cada vez que conocemos un nuevo soporte o tripode relativamente complejo se abren nuevas perspectivas de análisis.

Para facilitar la consulta de los tripodes y

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología AC	Bibliografía
Pyla-Kokkinokremmos	Lamaca	Chipre	7,6	CF IIC, 1300-1200; LH IIIC1, 1225-1150	Catling, 1; Matthäus, 688
		Chipre	11,4		Riis, 5; Benson, 4; Catling, 3; Matthäus, 689
		Chipre	14		Matthäus, 690
		¿Grecia?	11,5		Catling, 4; Matthäus, 692
Kourion-Kaloriziki sep. 40	Limasol	Chipre	13,2	CF IIIB2, 1100-1050	Riis, 6; Benson, 3; Catling, 5; Matthäus, 687
Kourion-Kaloriziki, sep. 40	Limasol	Chipre	38,8	CF IIIB2, 1100-1050	Riis, 7; Benson, 2; Catling, 8; Matthäus, 686
Kourion-Kaloriziki, sep. 39	Limasol	Chipre	11,3	GC IA, 1050-1000	Benson, 5; Catling, 11; Matthäus, 685
¿Kourion?	Limasol	Chipre	37,4		Riis, 1; Benson, 1; Catling, 15; Matthäus, 691
Enkomi. Depósito fundidor o sep. 15	Famagusta	Chipre	40,5		Riis, 8; Benson, 6; Catling, 7; Matthäus, 678
Enkomi. ¿Depósito del fundidor?	Famagusta	Chipre	fragmento + 4,6		Catling, 9; Matthäus, 679
Enkomi, sep. 58	Famagusta	Chipre	11,6	CF III, 1200-1050	Riis, 4; Benson, 7; Catling, 17; Matthäus, 677
Enkomi, nivel IIIB, depósito de las miniaturas	Famagusta	Chipre	fragmento	CF IIIA2, 1175-1150	Catling, 45; Matthäus, 681
Enkomi. Depósito del fundidor	Famagusta	Chipre	fragmento + 4,2		Catling, p.280/H4; Matthäus, 682
Palaepaphos-Skales sep. 49	Paphos	Chipre	13,5	GC I, 1050-950	Matthäus, 683
Palaepaphos-Skales, sep. 58	Paphos	Chipre	30,3	GC IA, 1050-1000	Matthäus, 684
Cabo Gelidonia	Antalya	Turquía	2 fragms., + 3,5	HF IIIB-IIIC1, 1250-1200	Catling, 12; Matthäus, 693b
Beth Shan	Judea-Samaria	Israel	33	XX Dinastía, 1196-1070	Riis, 2; Benson, 14; Catling, 13; Matthäus, 693a
		¿Chipre?	+ 25,4		Catling, 14; Matthäus, 693
	Samos	Grecia	fragmento + 4,8		Catling, 16; Matthäus, 693h
Knossos, sep. 3	Heraklion, Creta	Grecia	16,5	Protogeométr. 1050-1000	Riis, 11; Benson, 9; Catling, 18; Matthäus, 693f
Fortetsa sep. 11	Heraklion, Creta	Grecia	17	Protogeométr. 1100-1000	Riis, 10; Benson, 10; Catling, 19; Matthäus, 693e
Vrokastro-Karakovilia, sep. 1	Lassithion, Creta	Grecia	37,7	Protogeométr. 1100-1000	Riis, 9; Benson, 8; Catling, 20; Matthäus, 693l
Palaikastro	Lassithion, Creta	Grecia	fragmentos		Matthäus, 693g
Amisos	Heraklion, Creta	Grecia	fragmentos		Matthäus, 693m
Pnyx, Atenas	Ática	Grecia	45	Geométrico Final 760-700	Riis, 12; Benson, 12; Catling, 6; Matthäus, 693d
Tirinto. Tesoro	Argólida	Grecia	34		Riis, 3; Benson, 11; Catling, 10; Matthäus, 693k
Depósito Anthedon	Beocia	Grecia	fragmento		Catling, 43; Matthäus, 693c
Sellada	Thera, Cícladas	Grecia			Matthäus, 693i
Sellada, sep.	Thera, Cícladas	Grecia			Matthäus, 693j

Tabla 2.- Tripodes de varillas (rod tripods). A partir de Riis (1939), Benson (1960), Catling (1964) y Matthäus (1985). CF equivale a Chipriota Final, GC a Geométrico Chipriota y HF a Heládico Final.

soportes conocidos hemos preferido hacerlo en tablas de forma estructurada. En dichas tablas se ha tratado de mantener un cierto orden para facilitar su consulta. Se pone exclusivamente la bibliografía de las cuatro series donde se ha tratado de estructurar los soportes, Riis (1939), Benson (1960), Catling (1964) y Matthäus (1985), los cuales sucesivamente han ido añadiendo nuevas actualizaciones de la bibliografía y publicando algunos inéditos.

Habida cuenta que todos los subgrupos son definidos por primera vez por Catling, en función de la forma y número de patas de los trípodes y soportes, se ha mantenido su orden para facilitar su consulta, especificándose sólo el número, no la página, que tienen en cada serie. No obstante, dado que Benson y Matthäus intentan mantener en sus estructuraciones la agrupación por yacimientos y países que facilita su revisión, se han introducido en ocasiones algunas modificaciones en el orden de Catling, tratán-

do de hacerse las menos posibles, particularmente si su procedencia es dudosa. Se acepta además algún cambio de subgrupos introducido por Matthäus.

Las alturas de Catling y Matthäus a menudo no coinciden, priorizándose a este segundo autor, ya que Catling sólo suele presentar fotografías. Sin embargo, cuando Matthäus no ha realizado los dibujos los calcula a partir del publicado, que no siempre coinciden con el dato ofrecido por el autor de la primera publicación, caso de Karageorghis (1983) en Palaepaphos, por ejemplo, cuyos datos primarios no obstante aceptamos dado que ha manejado directamente los trípodes originales.

Una bibliografía actualizada sobre todas las referencias bibliográficas de cada soporte se encuentra en Matthäus (1985). Las cronologías absolutas han sido revisadas en todos los soportes posibles y contextos relativamente adecuados y se darán en fechas calibradas.

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología AC	Bibliografía
¿Enkomi?	Famagusta	Chipre	6.5		Catling, 22; Matthäus, 699
Enkomi, sep. 97	Famagusta	Chipre	9.9	HF III C 1225-1125	Benson, 15; Catling, 23; Matthäus, 695
		Oxford	9.5		Catling, 24; Matthäus, 702
Amathus-Diplostrati sep. 109	Limasol	Chipre	11.3	C.G.I 1050-950	Catling, 25; Matthäus, 694
¿Enkomi?	Famagusta	Chipre	8.2		Catling, 26; Matthäus, 700
Myrtou-Pigadhes	Kyrenia	Chipre	6.5	CF IIC 1300-1200; CF IIIA1 1200-1175	Benson, 17; Catling, 21; Matthäus, 696
Myrtou-Pigadhes	Kyrenia	Chipre	8.2	CF IIC 1300-1200; CF IIIA1 1200-1175	Benson, 18; Catling, 27; Matthäus, 697
Myrtou-Pigadhes	Kyrenia	Chipre	6.6	CF IIC 1300-1200; CF IIIA1 1200-1175	Benson, 19; Catling, 28; Matthäus, 698
¿Idalion?	Nicosia	Chipre	9.6		Catling, 29; Matthäus, 701
Ras Shamra-Ugarit. Depósito de la Casa del Alto Sacerdote	Lathakia	Siria	12	no después del final HF IIIB, inicios HF IIIC1 y abandono de Ugarit, 1225-1190/1175	Riis, 9; Benson, 21; Catling, 30; Matthäus, 702b
Ras Shamra-Ugarit	Lathakia	Siria		HF IIIB 1325-1225	Matthäus, 702c
Tell es-Sa'idiyeh, sep. 101	Zarethan	Jordania	ca. 20	BF II, 1300-1200	Matthäus, 702a
Olimpia	Elia	Grecia	ca. 5.9		Catling, pág. 223; Matthäus, 702d

Tabla 3.- Trípodes de molde (cast tripods). A partir de Riis (1939), Benson (1960), Catling (1964) y Matthäus (1985).

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología AC	Bibliografía
		Chipre	10.8		Catling, 31; Matthäus, 705
Enkomi, sep. 97	Famagusta	Chipre	17.2	HF III C 1225-1125	Catling, 32; Matthäus, 703
¿Episkopi?	Limasol	Chipre	12.2		Catling, 34; Matthäus, 704
Megiddo, nivel V	Norte	Israel	9.6	1050-925/900	Catling, 33; Matthäus, 705a

Tabla 4.- Soportes con cuatro pies. A partir de Catling (1964) y Matthäus (1985).

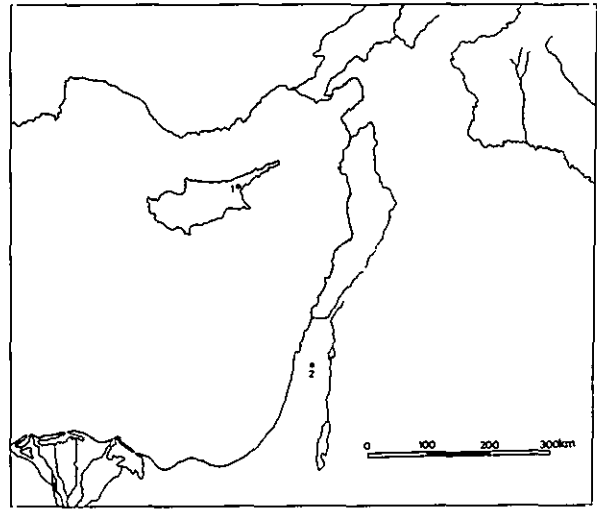
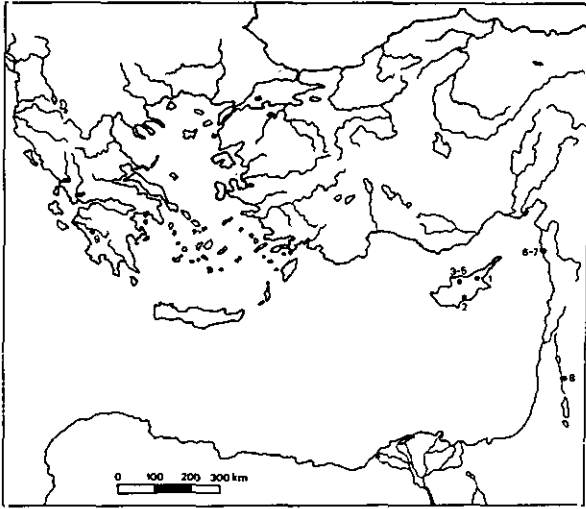


Fig. 2.- Distribución de los trípodes de molde en el Mediterráneo Oriental. 1: Enkomi. 2: Amathus-Diplostrati. 3-5: Myrtou-Pigaghes. 6-7: Ras Shamra-Ugarit. 8: Tell es-Sa'idiyeh. 9: Olimpia.

Fig. 3.- Distribución de los soportes con cuatro pies en el Mediterráneo Oriental. 1: Enkomi. 2: Megiddo.

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología AC	Bibliografía
	¿Larnaca?	Chipre	35,9		Catling, 35; Matthäus, 708
		Londres	31		Catling, 36; Matthäus, 706
Enkomi, depósito del fundidor	Famagusta	Chipre	rueda		Catling, 38; Matthäus, 710
Enkomi, depósito del fundidor	Famagusta	Chipre	fragmentos, +19,8		Catling, 39; Matthäus, 711
	¿Famagusta?	Chipre	19		Matthäus, 707
		Toronto	27,9		Matthäus, 709

Tabla 5.- Soportes con ruedas. A partir de Catling (1964) y Matthäus (1985).

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología AC	Bibliografía
Enkomi	Famagusta	Chipre	fragmento		Catling, 40
Enkomi	Famagusta	Chipre	fragmento		Matthäus, 717
Myrtou-Pigadhes sep. 419	Kyrenia	Chipre	fragmento	CF IIC 1300-1200; CF IIIA1 1200-1175	Catling, 41; Matthäus, 715
Myrtou-Pigadhes, sep. 420	Kyrenia	Chipre	fragmento	CF IIC 1300-1200; CF IIIA1 1200-1175	Catling, 42; Matthäus, 716
Cabo Gelidonia	Antalya	Turquía	fragmento	HF IIIB-IIIC1 1250-1200	Catling, 44
Minet el Beida, sep. 6	Aleppo	Siria	fragmento	1300-1200	Catling, 46
Karphi, sep. 539	Creta	Grecia	fragmento	Protogeom. 1100-1000	Catling, 47; Matthäus, 717b
Megiddo, nivel VIa	Samaria	Siria	2 colgantes	1100-1050	Matthäus, 717a
Heraion	Samos	Grecia	fragmento, + 8,4		Matthäus, 717c

Tabla 6.- Fragmentos de Trípodes y Soportes de difícil asignación. A partir de Catling (1964) y Matthäus (1985).

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología AC	Bibliografía
Cabo Gelidonia	Antalya	Turquia	fragmento, + 3,8	HF IIIB-IIIC1 1250-1200	Catling, 2; Matthäus, 714a
Kouklia-Xylinos, sep.	Paphos	Chipre	+ 15,6		Catling, 48; Matthäus, 713
Enkomi, depósito del fundidor	Famagusta	Chipre	fragmento + 7,8		Matthäus, 714
Ras Shamra-Ugarit	Lathakia	Siria		HF IIIB 1325-1225	Catling, 49; Matthäus, 714j
Beth Shan, nivel VI	Galilea	Israel	ca. 39,5	XX dinastía 1196-1070	Catling, 50; Matthäus, 714b
Megiddo, sep. 911	Norte	Israel	28	BF II 1375-1250	Catling, 51; Matthäus, 714c
Megiddo, nivel IV	Norte	Israel		900-800	Catling, 52; Matthäus, 714d
Megiddo, nivel IV	Norte	Israel		900-800	Catling, 53; Matthäus, 714e
Megiddo, nivel IV	Norte	Israel	ca. 20	900-800	Catling, 54; Matthäus, 714f
Megiddo, nivel IV	Norte	Israel	34	900-800	Catling, 55; Matthäus, 714g
Megiddo, nivel IV	Norte	Israel	+ 36	900-800	Catling, 56; Matthäus, 714h
Megiddo, nivel IV	Norte	Israel	+ 2,3	900-800	Matthäus, 714i
Akko	Norte	Israel	fragmento		Ben Arieh y Edelstein 1977: fig. 16/5
Tel Nami	Norte	Israel		1300-1200	Artzy 1994: 128, fig. 10
Tel Nami	Norte	Israel		1300-1200	Artzy 1994: 129, fig. 10
Tel Nami	Norte	Israel		1300-1200	Artzy 1994: 129, fig. 10

Tabla 7.- Soportes de ofrendas. A partir de Catling (1964), Ben Arieh y Edelstein (1977), Matthäus (1985) y Artzy (1994). BF equivale a Bronce Final.

Tal como puede apreciarse en las tablas precedentes el primer dato que resalta a primera vista es la contemporaneidad de casi todos los modelos de trípodes y soportes entre un período que podríamos encuadrar entre *ca.* 1325 y 950/900 AC. Tres asociaciones son particularmente importantes.

En Kourion-Kaloriziki sep. 40 contamos con trípodes de varillas donde coexisten modelos de gran

y pequeño tamaño, 13,2 y 38,8 cms, los cuales se han intentado diferenciar cronológicamente (Benson 1960: 14-15) al crear dicho autor sus grupos B y C.

En segundo lugar, Enkomi sep. 79, evidencia la coexistencia de los trípodes de molde y los soportes de cuatro pies. Habida cuenta que entre los soportes con cuatro ruedas carecemos de contextos adecuados, pero que responden al mismo modelo que los soportes de cuatro pies, según todos los autores, por sus similitudes formales y decorativas, cabe extrapolarles, no sin cierta prudencia, la cronología de los soportes de cuatro pies.

Finalmente, el pecio de Cabo Gelidonia, nos muestra en el tránsito del Heládico Final IIIB al IIIC, *ca.* 1250-1200 AC, y en un contexto cerrado, la presencia en una misma embarcación, como parte de su cargamento comercial, de soportes de varillas y de soportes de ofrendas.

Si nos atenemos a las tablas, que muestran los mejores contextos a nivel cronológico, los soportes de ofrendas y los trípodes de molde son los ejemplares más antiguos, y suelen estar presentes en contextos con cerámica del Heládico Final IIIB.

Los soportes de ofrendas parecen tener una presencia mayoritaria en el Levante, en los territorios septentrionales del actual Israel. Cronológicamente, se agrupan mayoritariamente entre 1325-1150 AC, saliéndose de este bloque homogéneo los seis ejemplares de Megiddo nivel IV, *ca.* 900-800 AC. No obstante, debe tenerse en cuenta los problemas inhe-

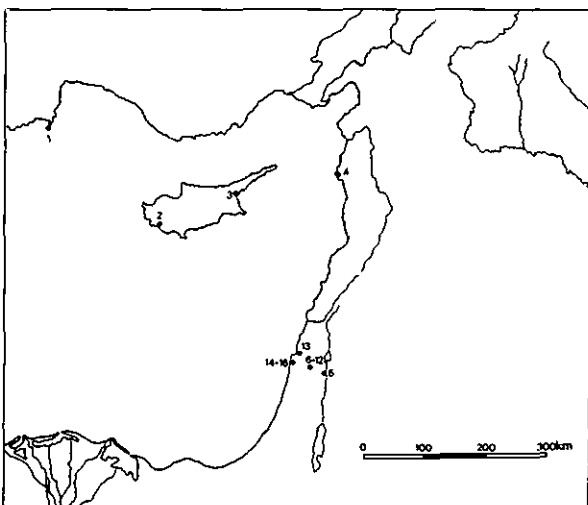


Fig. 4.- Distribución de los soportes de ofrendas en el Mediterráneo Oriental. 1: Cabo Gelidonia. 2: Kouklia-Xylinos. 3: Enkomi. 4: Ras Shamra-Ugarit. 5: Beth Shan. 6-12: Megiddo. 13: Akko. 14-16: Tel Nami.

CRONOLOGÍA	1.350	1.300	1.250	1.200	1.150	1.100	1.050	1.000	950	900	850	800
Yacimientos												
Megiddo sep. 911	X	X	X									
Ugarit	X	X	X	X								
Tel Nami (3 ej.)		X	X	X								
Pylia		X	X	X	X							
Cabo Gelidonia			X	X								
Beth Shan				X	X	X	X					
Megiddo IV (6 ej.)										X	X	X

Tabla 8.- Cronologías absolutas de los soportes de ofrendas.

CRONOLOGÍA	1.350	1.300	1.250	1.200	1.150	1.100	1.050	1.000	950	900	850
Yacimientos											
Ugarit	X	X	X	X							
Tell es-Sa'idiyeh		X	X	X							
Myrtou		X	X	X	X						
Ugarit, deposito			X	X	X						
Enkomi sep. 97			X	X	X	X					
Diplostrati sep. 109							X	X	X		

Tabla 9.- Cronologías absolutas de los tripodes de molde (cast tripods).

CRONOLOGÍA	1.350	1.300	1.250	1.200	1.150	1.100	1.050	1.000	950	900	850	800
Yacimientos												
Pyla		X	X	X	X							
Cabo Gelidonia			X	X								
Enkomi nivel IIIB				X	X							
Beth Shan				X	X	X	X					
Enkomi sep. 58				X	X	X	X					
Kaloriziki sep. 40						X	X					
Fortetsa sep. 11						X	X	X				
Vrokastro sep. 1						X	X	X				
Kaloriziki sep. 39							X	X				
Skales sep. 58							X	X				
Skales sep. 49							X	X	X			
Pnyx, Atenas												X

Tabla 10.- Cronologías absolutas de los tripodes de varillas (rod tripods).

CRONOLOGÍA	1.350	1.300	1.250	1.200	1.150	1.100	1.050	1.000	950	900	850
Yacimientos											
Enkomi sep. 97			X	X	X	X					
Megiddo V							X	X	X	X	

Tabla 11.- Cronologías absolutas de los soportes de 4 pies.

rentes al encuadre cronológico de Megiddo ya que dicho estrato es fechado por sus excavadores, Lamon y Shipton (1939) entre el 1000-800 a.C.; Albright (1940: 549) entre el 950-733 a.C.; Wightman (1985: 126-128) ca. 900/890-750 AC, y Kempinski (1989: 10) entre el 900/880-815 AC.

Los trípodes de molde también nos remiten a contextos con cerámica micénica del Heládico Final IIIB en Ugarit y Tell es-Sa'idiyeh en el Levante, mientras para los ejemplares más antiguos chipriotas de Myrtos no hay acuerdo en la interpretación del contexto, si deberían ser de su coetáneo, el Chipriota Final IIC, o ligeramente posteriores durante el Chipriota Final IIIA1. La banda cronológica en que se agrupan mayoritariamente es entre 1300-1150 AC, que coincide con los soportes de ofrendas. En este caso, es el trípode de Amathus-Diplostrati sep. 109 el que se sale de la homogeneidad cronológica. Esta tumba, aún inédita, es conocida por los datos publicados por Catling (1964: 201), y la presencia de cerámica Pintada Blanca I (White Painted I) y Buccero Ware indica un contexto Protogeométrico o Geométrico Chipriota I.

Con los datos disponibles hasta el momento, tanto los trípodes de varillas como los soportes de cuatro pies, y quizás también los soportes con ruedas, son ligeramente más modernos aunque, de acuerdo con ejemplos como Pyla o Cabo Gelidonia, pudiera presumirse una mayor antigüedad, hacia 1250 AC, para los trípodes de varillas.

La banda cronológica de los trípodes de varillas los inserta mayoritariamente entre el 1200-1000 AC, con una mayoritaria presencia en Chipre, aunque su distribución es cada vez más amplia, Israel, pecio de Cabo Gelidonia (Turquía), Samos, Creta, Grecia, Península Italiana y Cerdeña. Un dato evidente es que mientras contamos con contextos antiguos para ejemplares chipriotas o del Levante, no sucede así en Creta o Grecia, donde los referentes conocidos son como mínimo del Protogeométrico, entre el 1100-1000 AC, pero similares pervivencias se aprecian en las sepulturas del Protogeométrico Chipriota o Geométrico Chipriota I de Palacpahas-Skales. La excepción es la sepultura del Geométrico Final de Pnyx en Atenas, cuyo contexto reciente es indiscutible por la asociación con varios vasos del Geométrico Final del Ática. Uno de los datos más interesantes es que para Catling (1964: 194) se trata del trípode de más calidad conocido.

Para los soportes de cuatro pies es difícil aportar valoraciones dada la penuria de contextos adecuados. En principio, Enkomi sep. 79 parece que presenta tres "salseros" del Heládico Final IIIC que nos da una banda de ca. 1225-1125 AC. Dicha cro-

nología no se solapa con la aportada por Megiddo V, con el problema de que al no conocerse si cabe asignarlo a los estratos VA o VB la banda temporal se extiende entre ca. 1050-900 AC. En todo caso, nuevamente conviene recordar que sus excavadores le atribuyen entre el 1050-1000 a.C. (Lamon y Shipton 1939), Albright (1940: 548-549) opta por 1050-950 a.C., Wightman (1985: 126-128) ca. 1000/990-900/890 AC, y Kempinski (1989: 10) 1050-920 AC.

6. LOS SOPORTES DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

Si la cronología de los trípodes y soportes del Mediterráneo Oriental a menudo no resulta adecuada, la situación puede calificarse incluso de más negativa en el Mediterráneo Central. La falta de contextos, la mayoritaria procedencia de depósitos metálicos con ausencia de cerámica y la menor precisión cronológica generan bases frágiles de discusión. La publicación de sólo algunas de las piezas más relevantes de estos depósitos, salvo excepciones como parte del de Contigliano (Ponzi 1967) o el de Santa María de Paulis (MacNamara *et alii* 1984), dificulta poder ofrecer una valoración de los márgenes temporales máximos y mínimos en los que se encuadran los depósitos metálicos (tabla 12, fig. 5).

Absolutamente todos los trípodes y soportes de ruedas carecen de contextos cronológicos mínimamente fiables, aunque la situación puede cambiar próximamente con la aparición de dos fragmentos de trípodes en el nuraghe de S'Arcu 'e is Forras (Nuoro, Cerdeña) (Vagnetti y Lo Schiavo 1989: 228). En todo caso, si se trata de contextos tempranos del Bronce Final italiano en fechas calibradas las cronologías pueden llegar hasta un 1300 AC, lo que nos sitúa en momentos del Chipriota Final IIC, y resultarían acordes con la aparición de los mismos en el Mediterráneo Oriental.

Las cronologías sugeridas por Lo Schiavo *et alii* (1985) (tabla 12) se apoyan particularmente en la presencia de artefactos metálicos del Mediterráneo Oriental para fechar los conjuntos, y en la ausencia de trípodes de varillas en Creta y Grecia en contextos seguros antes del 1100 AC. Sin embargo, se podría también sugerir que se trata en ocasiones de chatarra destinada para ser reciclada que pudo arribar a Cerdeña o la Península Italiana en fechas posteriores a las propuestas y no habrían argumentos contrarios que anulasen un punto de vista en esta línea. Ello otorga cierta provisionalidad a todo intento de encuadre cronológico hasta disponer, al menos, de un contexto adecuado.

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología	Bibliografía
Contigliano, Rieti	Umbria	Italia	fragmento + 7,9; miniatura	¿1100-1050?	Ponzi Bonomi 1967: 136-137, fig. 14/7 y 15; Matthäus 693n-o
Piediluco, Terni	Umbria	Italia	fragmento, miniatura	¿1100-1050?	Leopold 1939: fig. 2/2; Lo Schiavo <i>et alii</i> 1985: 40-42, fig. 14/5; Matthäus 693p
Samugheo	Nuoro, Cerdeña	Italia	anillo, miniatura	¿1200-900?	Taramelli 1903: 490, fig. 19; Lo Schiavo <i>et alii</i> 1985: 42
¿Santadi?	Cagliari, Cerdeña	Italia	desaparecido		Lo Schiavo 1982: 278
¿Oristano?	Cerdeña	Italia	12,7	¿1100-1050?	Lo Schiavo 1983: 17, fig. 15; Lo Schiavo <i>et alii</i> 1985: 36-40, fig. 14/1-2
S. Vittoria di Serri	Nuoro, Cerdeña	Italia	fragmento, miniatura	¿1200-900?	Lo Schiavo 1983: 18; Lo Schiavo <i>et alii</i> 1985: 47-48, 43 fig. 15/3
S. Maria de Paulis, Iltiri	Sassari, Cerdeña	Italia	7,1	¿1100-900?	MacNamara <i>et alii</i> 1984: 2-7, fig. 2
Grotta Pirusu su Benatzu, Santadi	Cagliari, Cerdeña	Italia	13,5	¿1100-1000?	Lilliu 1973: 283-313; Lo Schiavo <i>et alii</i> 1985: 42-45, fig. 15/1
S' Arcu'e is Forras	Nuoro, Cerdeña	Italia	fragmento + 3,7, miniatura	¿1200-700?	Vagnetti y Lo Schiavo 1989: 228-230, fig. 28.5a
S' Arcu'e is Forras	Nuoro, Cerdeña	Italia	fragmento + 4,3, miniatura	¿1200-700?	Vagnetti y Lo Schiavo 1989: 228-230, fig. 28.5c

Tabla 12.- Trípodas de varillas en el Mediterráneo Central. Cronologías no calibradas según Lo Schiavo *et alii* (1985: 42, 45, 47-48, 63) y Vagnetti y Lo Schiavo (1989: 229).

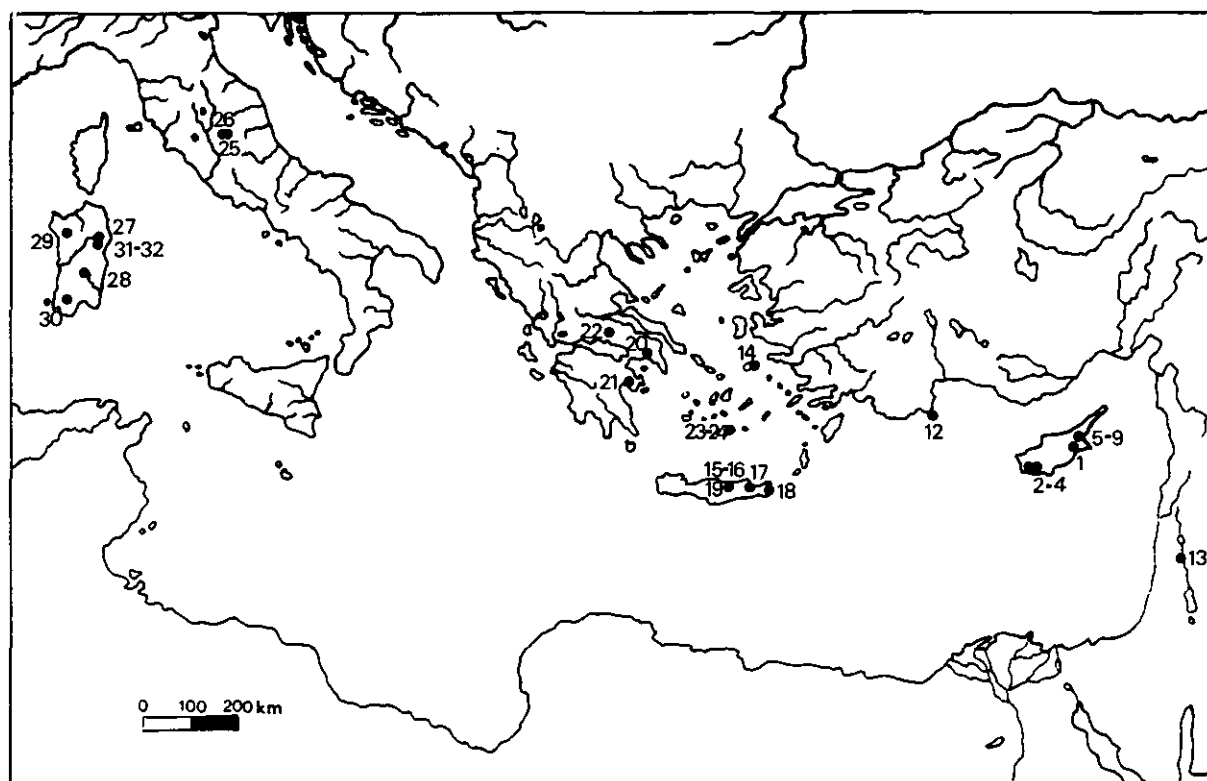


Fig. 5.- Distribución de los trípodas de varillas en el Mediterráneo Oriental y Central. 1: Pyla-Kokkinokremmos. 2-4: Kourion-Kaloriziki. 5-9: Enkomi. 10-11: Palaepaphos-Skales. 12: Cabo Gelidonia. 13: Beth Shan. 14: Samos. 15: Knossos. 16: Fortetsa. 17: Vrokastro-Karakovilia. 18: Palaikastro. 19: Amisos. 20: Pnyx. 21: Tirinto. 22: Anthedon. 23-24: Sellada, Thera. 25: Contigliano. 26: Piediluco. 27: Samugheo. 28: S. Vittoria di Serri. 29: S. María de Paulis. 30: Grotta Pirusu. 31-32: S' Arcu'e Forras.

Algunas de estas piezas son consideradas como importaciones procedentes de Chipre, caso de los trípodas de Piediluco y Contigliano (Catling 1984: 90; Lo Schiavo *et alii* 1985: 40-42; Matthäus 1986: 288), Oristano (Lo Schiavo *et alii* 1985: 36-40; Matthäus 1986: 288) y Samugheo (Lo Schiavo *et alii* 1985: 42). Mientras Lo Schiavo, MacNamara, Vagnetti y Matthäus defienden la llegada de los mismos en momentos contemporáneos a su producción, incluyendo los ejemplares de Italia continental por mediación final de Chipre, Catling (1984: 91) utiliza el mismo argumento ya expuesto para las piezas cretenses, y defiende la llegada tardía a la Península Italiana de los ejemplares chipriotas.

Los restantes trípodas son valorados unánimemente como propios de talleres sardos imitando motivos chipriotas (Catling 1984: 91; Lo Schiavo *et alii* 1985: 42-48; Matthäus 1986: 289), y ciertos elementos como el mayor barroquismo decorativo, la forma anómala de las patas, curvas en Grotta Piroso, o muy pequeñas en S. María de Paulis, o la superpo-

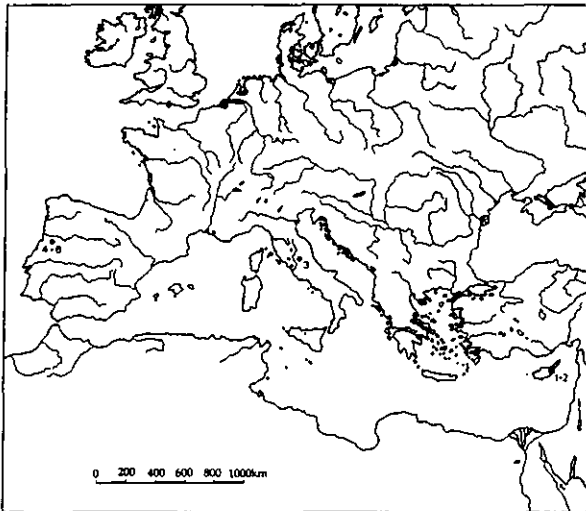


Fig. 6.- Distribución de los soportes con ruedas en el Mediterráneo Oriental, Central y Occidental. 1-2: Enkomi, 3: Contigliano, 4-6: N.S. da Guia, Baiões.

sición de dos anillos decorativos, resultan elementos distintivos de los mismos.

En todo caso, a falta de análisis metalúrgicos de procedencia, un poco de prudencia nunca viene mal ya que un hallazgo de una pieza con alguna de estas características en Chipre podría cambiar puntos de vista, dado lo reducido de la muestra. Por otra parte, determinados elementos recurrentes, decoración cordada en S, zig-zags, cabezas de animales o espirales, están igualmente presentes en Chipre, aunque en ocasiones, como en el emplazamiento de las cabezas de los animales, muestran matices diferenciales.

Lamentablemente, para los soportes de ruedas en la Península Ibérica nos encontramos con un problema cronológico similar (tabla 13, fig. 6).

Así, aunque los soportes de Baiões han sido considerados unánimemente como imitaciones locales de piezas chipriotas, la cronología que se les ha atribuido oscila entre fines del s. XI o X a.C. (Burgess 1991: 38), s. X-IX o IX a.C. (Almagro Gorbea 1993: 86, 89 cuadro I), fines del s. VIII a.C., ca. 725 a.C. (Delibes, Fernández Manzano y Celis 1992-93: 421-422), s. VIII a.C. (Coffyn y Sion 1993: 290), o eludiendo una cronología muy concreta, ca. X-VIII a.C. (Ruiz-Gálvez 1993: 50, 52, 62-64), quien justifica su presencia en el transporte de chatarra traída por marinos sardos, ya que no sería apreciado en el soporte sobre ruedas su significado simbólico o valor social que poseía en el Mediterráneo Oriental entre las poblaciones indígenas de la fachada atlántica de la Península Ibérica.

La duda que nos asalta, ante su argumento, es hasta que punto resultaría rentable y lógico transportar fragmentos de chatarra de un soporte con ruedas que no mide más de 15,3 cms, si lo que interesaba era simplemente su contenido en metal, desde el otro extremo del Mediterráneo o incluso desde el Mediterráneo Central.

De la rueda que conocemos del depósito de Contigliano ni siquiera sabemos si con seguridad pertenecería a un soporte con ruedas, pero en todo

Yacimiento	Región	País	Altura cms	Cronología	Bibliografía
Contigliano, Rieti	Umbria	Italia	rueda de 4 radios 13,2	¿1100-1050?	Ponzi Bonomi 1967: 134-135, fig. 14/8
Nossa Senhora da Guia, Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu	Beira Alta, Norte	Portugal	15,3 incluido ruedas de 4 radios 5,3	1150-1050	da Silva <i>et alii</i> 1984: 85, est. 8/1-1a
Nossa Senhora da Guia, Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu	Beira Alta, Norte	Portugal	fragmentos + 5,5; rueda de 4 radios 4,8	1150-1050	da Silva <i>et alii</i> 1984: 86-87, est. 8/2-2a, 4, 6
Nossa Senhora da Guia, Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu	Beira Alta, Norte	Portugal	fragmentos + 1,7; rueda de 4 radios 3,9	1150-1050	da Silva <i>et alii</i> 1984: 86-87, est. 8/7, 5

Tabla 13.- Soportes de ruedas en el Mediterráneo Central y Occidental.

caso por las dimensiones de la misma correspondería a un ejemplar notablemente mayor que el de Baiões dada la diferencia en el tamaño de las ruedas 13,2 cms frente a 5,3 cms. La datación del depósito hacia el 1100-1050 a.C. propuesta por Lo Schiavo *et alii* (1985: 63) tiene el mismo grado de provisionalidad que otras de las anteriormente mencionadas.

Finalmente, un dato particularmente interesante es que todos los ejemplares hasta el momento conocidos en el Mediterráneo Central y Occidental se tratan de miniaturas de trípodes y soportes, siendo los más grandes el soporte de ruedas de Baiões de 15,3 cms y el trípode de Grotta Piroso con 13,5 cms.

Este hecho no sucede en los ejemplares tardíos del Protogeométrico o Geométrico Chipriota I, que por los datos de Palaepaphos-Skales coexisten juntos, pues en la sep. 49 presenta una miniatura y en la sep. 58 un trípode de 30,3 cms. Contrasta con Creta, donde junto a trípodes de miniatura, el trípode de Vrokastro tiene 37,7 cms. Y aún más claramente con Grecia continental, donde los dos ejemplares conocidos de morfología más antigua, Tirinto y Pnyx de Atenas, tienen 34 y 45 cms respectivamente.

7. CONCLUSIONES

Si nos atenemos a la argumentación precedente, y aunque se carece de evidencia botánica del incienso en contextos arqueológicos de excavación tanto en la Península Ibérica como en Grecia, Chipre o Levante, creemos que la generalización de los trípodes y soportes con sus correspondientes recipientes metálicos va a estar interrelacionada con la paralela comercialización de pequeñas cantidades de incienso, aunque también pudo recurrirse a otros productos aromáticos disponibles localmente. Los apoyos que soporta esta hipótesis los podríamos resumir en:

1.- La primera referencia segura a la presencia del incienso en Egipto procede de una expedición al Punt realizada durante el reinado de la reina *Ma'atkare* Ra-Hatshepsut (1473-1458 a.C.), durante la XVIII Dinastía, diferenciándose claramente el "ntyw" de otras variedades de incienso.

2.- Durante el siguiente mandato del faraón Tutmosis III (1479-1425 a.C.) se produce un pago de

tributo con "ntyw" por parte de los territorios de Palestina, que debió haber sido transportado desde el sur de la Península Arábiga.

3.- Desde el Bronce Final IIA de Palestina, 1400-1300 AC, se constata por primera vez la presencia del dromedario o camello árabe de una joroba domesticados, que podrían estar vinculados a su utilización como animales de transporte en caravanas.

4.- Durante el Minoico Final IIIA2, ca. 1375-1325 AC, aparecen en Creta quemadores de incienso en cerámica.

5.- A partir de ca. 1325 AC aparecen los primeros incensarios metálicos en el Norte de Jordania e Israel en contextos del Bronce Final IIB, a lo largo de una ruta desde Transjordania, Tell es-Sa'idiyeh, Beth-Shan y Megiddo, hasta finalmente alcanzar los puertos de Tell Nami, Akko y Ugarit.

6.- Por el pecio de Cabo Gelidonia sabemos que tanto los soportes de ofrendas como los trípodes de varillas eran comercializados en el Mediterráneo Oriental en una ruta que probablemente partiría desde el Levante o Chipre hacia ca. 1250-1200 AC.

7.- Durante la crisis del Bronce Final IIB, ca. 1200-1190 AC, a raíz de la presencia de los denominados Pueblos del Mar, algunos puertos como Tel Nami o Ugarit van a ser abandonados, mientras paralelamente se va a generalizar la producción de trípodes de varillas en Chipre.

8.- Sólo a partir del 1100 AC contamos con contextos relativamente adecuados, al oeste de Chipre, en Creta y Grecia, de la presencia de trípodes.

9.- Los ejemplares de Península Italiana y Cerdeña de origen chipriota son fechados hacia el 1100-1050 AC.

10.- Finalmente, los soportes de Baiões en la Península Ibérica, se encuadran en el Bronce Final II C, ca. 1150-1050 AC, y demuestran la generalización de esta moda en pleno litoral atlántico.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer al Dr. F.J.S. Alves, Director del Museu Nacional de Arqueologia de Lisboa, que nos permitiera tomar fotos de la reproducción del soporte ritual de Baiões. La fotos fueron de E. Morán. Mrs. S. Grice realizó la fig. 1.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBRIGHT, W. F. (1940): Review of Megiddo I. Season of 1925-34, Strata I-V by R.S. Lamon and G.M. Shipton. *American Journal of Archaeology*, 44: 546-550.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1993): La introducción del Hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el periodo Protoorientalizante. *Complutum*, 4: 81-94.
- ARTZY, M. (1994): Incense, Camels and Collared Rim Jars: Desert Trade Routes and Maritime Outlets in the Second Millennium. *Oxford Journal of Archaeology*, 13/2: 121-147.
- BASS, G. F. (1967): *Cape Gelidonya. A Bronze Age Shipwreck*. Transactions of the American Philological Society, New Series, 57/8. Philadelphia.
- BEN-ARIEH, S.; EDELSTEIN, G. (1977): *Akko Tombs Near the Persian Garden*. Atiqot, 12. Jerusalem.
- BENSON, J. L. (1960): Bronze Tripods from Kourion. *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 3: 7-16.
- BLEGEN, C. W.; RAWSON, M. (1966): *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia. I. The Buildings and their Contents*. Princeton University Press. Princeton.
- BREASTED, J. H. (1906): *Ancient Records of Egypt II*. Chicago University Press. Chicago.
- BRÜCKNE, A. (1893): Ein Athenischer Grabfund der Geometrischen Periode. *Athenische Mitteilungen*, 18: 414-415.
- BURGESS, C. (1991): The East and the West: Mediterranean influence in the Atlantic World in the Later Bronze Age, c. 1500-700 B.C. *L'Age du Bronze Atlantique* (C. Chevillot y A. Coffyn, eds.), Beynac-et-Cazenac: 25-45.
- CARTER, J. B. (1995): Ancestor Cult and the Occasion of Homeric Performance. *The Ages of Homer. A Tribute to Emily Townsend Vermeule* (J. B. Carter y S. P. Morris, eds.), Austin: 285-312.
- CATLING, H. W. (1964): *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World*. Clarendon Press. Oxford.
- CATLING, H. W. (1984): Workshop and Heirloom: Prehistoric Bronze Stands in the East Mediterranean. *Report of the Department of Antiquities*, 1984: 69-91.
- COFFYN, A.; SION, H. (1993): Les relations atlanto-méditerranéennes. Eléments pour une révision chronologique du Bronze final atlantique. *Mediterraneo*, 2: 285-310.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; CELIS, J. (1992-93): Nuevos 'Ganchos de Carne' Protohistóricos de la Península Ibérica. Homenaje a Manuel Pellicer Catalán. *Tabona*, 8/2: 417-434.
- DEMARGNE, P. (1947): *La Crète Dédalique. Études sur les Origines d'une Renaissance*. Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 164. E. de Boccard. Paris.
- DIXON, D. M. (1969): The Transplantation of Punt Incense Trees in Egypt. *Journal of Egyptian Archaeology*, 55: 55-65.
- EDGAR, C. C. (1904): The Pottery. *Excavations at Phylakopi in Melos* (T. D. Atkinson, R. C. Bosanquet, C. C. Edgar, A. J. Evans, D. G. Hogarth, D. Mackenzie, D. Smith y F. B. Welch, eds.), Supplementary Paper 4. London: 80-165.
- GEORGIU, H. S. (1979): Late Minoan Incense Burners. *American Journal of Archaeology*, 83: 427-435.
- GEORGIU, H. S. (1986): *Keos. VI. Ayia Irini: Specialized Domestic and Industrial Pottery*. Verlag Philipp von Zabern. Mainz on Rhine.
- GROOM, N. (1981): *Frankincense and Myrrh. A Study of the Arabian Incense Trade*. Longman & Librairie du Liban. London-New York.
- HEPPER, N. (1969): Arabian and African Frankincense Trees. *Journal of Egyptian Archaeology*, 55: 66-72.
- IAKOVIDIS, SP. (1970): *Perati, to nekrotapeion*. Athens.
- KALB, PH. (1980): Zur atlantischen Bronzezeit in Portugal. *Germania*, 58: 25-59.
- KARAGEORGHIS, V. (1983): *Ausgrabungen in Alt-Pafos auf Cypern. 3. Palaepaphos-Skales. An Iron Age Cemetery in Cyprus*. Universitätsverlag Konstanz GMBH.
- KEMPINSKI, A. (1989): *Megiddo. A City-State and Royal Centre in North Israel*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 40. Verlag C. H. Beck. München.
- LAMON, R. S.; SHIPTON, G. M. (1939): *Megiddo I: Seasons of 1925-34, Strata I-V*. Oriental Institute Publications XLII. University of Chicago Press. Chicago.
- LEOPOLD, H. M. R. (1939): Il ripostiglio di Piediluco. *Bullettino di Paleontologia Italiana*, N.S., 3: 143-164.
- LILLIU, G. (1973): Tripode Bronzео di tradizione Cipriota della Grotta Piroso su Benatzu di Santadi (Cagliari). *Estudios dedicados al Prof. Luis Pericot*, Barcelona: 283-313.
- LO SCHIAVO, F. (1982): Copper metallurgy in Sardinia during the Late Bronze Age: new prospects on its Aegean connections. *Early Metallurgy in Cyprus 4000-800 BC*, Nicosia: 271-282.
- LO SCHIAVO, F. (1983): Le componenti egea e cipriota nella metallurgia della tarda età del bronzo in Ita-

- lia. *Atti di Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, XVIII/1-2, Taranto: 14-20.
- LO SCHIAVO, F.; MACNAMARA, E.; VAGNETTI, L. (1985): Late Cypriot imports to Italy and their influence on local bronzework. *Papers of the British School at Rome*, 53: 1-71.
- MACNAMARA, E.; RIDGWAY, D.; RIDGWAY, F.R. (1984): *The Bronze Hoard from S. Maria in Paulis, Sardinia*. British Museum Occasional Papers, 45. London.
- MARINATOS, S. (1927-28): Isterominoïkos laxcutos taphos en Kartero, Kritis. *Arkhaiologikos Deltion*, 11: 68-90.
- MATTHÄUS, H. (1985): *Metallgefäße und Gefäßuntersätze der Bronzezeit, der geometrischen und archaischen Periode auf Cypern mit einem Anhang der bronzzeitlichen Schwertfunde auf Cypern*. Prähistorische Bronzefunde, II/8. C. H. Beck'sche Verlag. München.
- MATTHÄUS, H. (1986): Heirloom or Tradition? Bronze Stands of the Second and First Millennium B.C. in Cyprus, Greece and Italy. *Problems in Greek Prehistory* (E. B. French y K. A. Wardle, eds.), Bristol: 285-300.
- NIELSEN, K. (1986): *Incense in Ancient Israel*. Leiden.
- PERSSON, A. W. (1942): *New Tombs at Dendra near Midea*. Oxford University Press. Lund-London.
- PONZI BONOMI, L. (1967): Il Ripostiglio di Contigliano. *Bullettino di Paleontologia Italiana*, 76: 95-153.
- RIIS, P. J. (1939): Rod Tripods. *Acta Archaeologica*, 10: 1-30.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1993): El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce. *Complutum*, 4: 41-68.
- SHIPTON, G. M. (1939): *Notes on the Megiddo Pottery of Strata VI-XXV*. The Oriental Institute. Studies in Ancient Oriental Civilization, 17. University of Chicago Press. Chicago.
- SILVA, A. C. F.; SILVA, C. T.; LOPES, A. B. (1984): Depósito de fundidor do final da Idade do Bronze do castro da Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu). *Lucerna. Homenagem a D. Domingos de Pinho Brandão*, Porto: 73-95.
- TARAMELLI, A. (1903): Fordongianus. Antiche terme di Forum Traiani. *Notizie degli Scavi di Antichità comunicate alla R. Accademia dei Lincei*, 24: 469-492.
- WACE, A. J. B. (1932): Chamber Tombs at Mycenae. *Archaeologia*, 82: 1-232.
- VAGNETTI, L.; LO SCHIAVO, F. (1989): Late Bronze Age long distance trade in the Mediterranean: the role of the Cypriots. *Early Society in Cyprus* (E. Peltenburg, ed.), Edinburgh: 217-243.
- VAN BEEK, G. W. (1974): The Land of Sheba. *Solomon and Sheba* (J. B. Pritchard, ed.), London: 40-63.
- WAPNISH, P. (1984): The Dromedary and Bactrian Camel in Levantine Historical Setting: The Evidence from Tell Jemmeh. *Animals and Archaeology. 3. Early Herders and their Flocks* (J. Clutton-Brock y C. Grigson, eds.). B.A.R. International Series 202. Oxford: 171-187.
- WIGHTMAN, G. J. (1985): Megiddo VIA-III: Associated Structures and Chronology. *Levant*, 17: 117-129.
- WOOLLEY, L. (1955): An Account of the Excavations at Tell Atchana in the Hatay, 1937-1949. The Society of Antiquaries. *Atalakh*. London-Oxford.

ASPECTOS DE LA GÉNESIS Y EVOLUCIÓN DE LA CULTURA CASTREXA DE GALICIA

Antonio de la Peña Santos*, José Manuel Vázquez Varela**

RESUMEN.- Se presenta una hipótesis interpretativa sobre los orígenes y evolución de la Cultura Castrexa de Galicia y el análisis de los principales factores que intervienen en ella. El cambio es interpretado como resultado de factores endógenos, crecimiento demográfico y desarrollo económico, así como de influencias exteriores.

ABSTRACT.- A interpretative hypothesis about the origin and evolution of Galicia Castrexa Culture and principal factors analysis is presented. The change is interpreted as a result of endogenous factors, as demographic growth and economic development, and foreign influences.

PALABRAS CLAVE: Cultura Castrexa, Galicia, Génesis, Evolución.

KEY WORDS: Castrexa Culture, Galicia, Origin, Evolution.

Queremos dedicar a la memoria de nuestro querido amigo Manolo Fernández-Miranda esta hipótesis interpretativa de la génesis y evolución de la cultura castrexa de Galicia y el análisis de los principales factores que intervienen en ella.

Como punto de partida hemos empleado la síntesis publicada en su día por uno de nosotros (Peña Santos 1992a: 373-394), actualizada en fechas recientes (Peña Santos 1995), y en la que se distinguen de manera tentativa cuatro etapas desde el origen hasta la desaparición por aculturación de la Cultura Castrexa.

1. FASE DE FORMACIÓN (ss. X—V a.C.)

A partir más o menos de los primeros tiempos del I milenio a.C., y en un lento proceso que en el estado actual de la investigación parece ir de sur a norte y de la costa al interior, aumentan en el NO. peninsular los testimonios de un grado creciente de sedentarización de las comunidades humanas.

En este proceso intervienen varios factores, entre otros el climático representado por la transición

del Subborreal al Subatlántico, no suficientemente conocido en parte debido a que la intensa actividad antrópica enmascara los posibles cambios en la vegetación; una clara intensificación agraria (Ramil Rego 1993: 25-60) relacionada entre otras cosas con la adopción del cultivo del mijo (Vázquez Varela 1993-94: 65-73), que así permite un cultivo de cereales de invierno y de primavera; la presencia de nuevo utillaje agrícola, como las hoces de hierro; y muy probablemente una mayor explotación de los recursos marinos, que harán posible la explotación intensiva de terrenos concretos.

Para la ubicación de sus primeros poblados, aldeas estables situadas en lugares estratégicos y protegidas con una mayor o menor obra militar, las comunidades galaicas van a elegir un emplazamiento característico, generalmente sobre espolones a media ladera con buenas facilidades defensivas, inmediatez a los terrenos de explotación preferente, e inmejorable control visual sobre estos últimos. La elección de un terreno de tales características parece estar condicionada, entre otros factores, por la presencia de suelos aptos para cultivos tecnológicamente no muy sofisticados.

En la costa aparecen yacimientos de reduci-

* Museo Provincial de Pontevedra. Ap.104. 36080 Pontevedra.

** Departamento de Historia I. Facultade de Xeografía e Historia. Universidade. 15703 Santiago de Compostela.

das dimensiones en penínsulas marinas, como las puntas de O Neixón y O Cabo da Cruz, ambos en el ayuntamiento de Boiro en la orilla norte de la ría de Arousa, en los que se detecta la práctica de la pesca y del marisqueo así como una cabaña ganadera compuesta por ovejas, cabras, cerdos y vacuno que se va a mantener a lo largo de todas las fases de la cultura castrexa.

Como es lógico, durante estos primeros tiempos, y seguramente hasta bastantes siglos después, estos primitivos castros van a coexistir con otros poblados abiertos de modelo más arcaico, tanto acantilados —Castelo de Matos, Alto da Caldeira— como de llanura —Bouça do Frade, Lavra, O Casal, Cíes— (Jorge 1990: 247-248; Bettencourt 1995: 105), lo que muestra sin lugar a dudas la lentitud con que se va a ir adoptando el modelo castrejo.

En cuanto a la arquitectura doméstica, sigue siendo un lugar común en la bibliografía arqueológica la idea de una implantación progresiva de la técnica de mampostería. Este modelo evolucionista cada vez cuenta con más evidencias en su contra, habida cuenta que castros tan arcaicos como Torroso (Peña Santos 1992b) o As Croas (Peña Santos 1994), entre otros, disponen ya de estructuras arquitectónicas domésticas edificadas con cuidados y, para su época, técnicamente adecuados muros de mampostería.

La adopción de la arquitectura doméstica de mampostería no tiene que responder necesariamente a limitaciones de índole técnica sino que en la mayoría de los casos primarían cuestiones económicas. Por otro lado, y como ha sido señalado recientemente, muchos “*niveles antiguos*” que se detectan en determinados castros, con estructuras arquitectónicas de materiales perecederos, puede que en no pocos casos en realidad se trate de niveles de ocupación relacionados con las obras y por tanto generados durante los trabajos de habilitación del espacio habitacional y la edificación del complejo defensivo (Fernández-Possé *et alii* 1994: 205), algo particularmente evidente en el caso del castro de Torroso.

Independientemente de la solución técnica adoptada, ya en estos primeros castros se evidencia un detalle que va a ser peculiar del fenómeno castrejo galaico: la adopción de los muros curvos en su arquitectura doméstica. Tanto las cabañas de materiales perecederos como las edificadas con mampostería, presentan plantas más o menos próximas a lo circular en las que parece continuarse una tradición anterior. Este modo de articular el espacio habitacional de los poblados, sin muros medianeros, es una más de las señas de identidad de este proceso.

Entroncando con lo anterior, durante la fase formativa que proponemos, las relaciones exteriores

del mundo castrejo parecen experimentar fuertes alteraciones. Considerando que el fenómeno nace durante el período álgido de la Edad del Bronce merced, precisamente, a la adopción de novedades de todo tipo llegadas desde el exterior, no cabe duda que en sus primeros tiempos estamos ante una sociedad en expansión económica abierta al exterior. Sin embargo, a partir de la entrada en decadencia de los circuitos atlánticos de intercambio de productos metálicos, se percibe una notable disminución de las relaciones comerciales exteriores aunque ello no impida la llegada de nuevos bienes culturales como el hierro, posiblemente procedente de las zonas meridionales de la Península Ibérica.

Desde el s. VIII a.C., las actividades metalúrgicas del bronce destinadas a la confección de piezas funcionales de buen tamaño parecen entrar en una fase de clara recesión, aumentando considerablemente el empleo de chatarra reciclada para la fundición de objetos tipológicamente todavía propios de la decadente metalurgia atlántica. Como ya hemos mencionado, parece probable que la cada vez más numerosa presencia de objetos de hierro en el registro arqueológico de los castros de esta fase se deba al comercio con las zonas meridionales de la Península.

A partir de estas fechas se va a ir generalizando el nuevo modelo de ocupación del territorio galaico. El carácter cerrado que los elementos de tipo defensivo confieren a estos poblados, sus dimensiones minúsculas y la forma tan aislada en que se distribuyen por el territorio, parecen poner en evidencia una estructura económica de tipo autárquico. Sus relaciones espaciales, salvo en lo relativo al acopio de minerales, metales o productos metálicos y algún tipo muy específico de piedra necesaria para prácticas muy concretas como la metalurgia, apenas van a ir más allá de su entorno inmediato, y el comercio exterior con el mundo meridional de la Península parece muy limitado. No existen indicios claros de una ocupación global del territorio ni de jerarquización entre los asentamientos. Este último aspecto parece esencial, pues confiere a los pobladores de cada castro una cierta independencia y sentido de la territorialidad con respecto a sus vecinos.

La panorámica de conjunto que se puede apreciar es la de una sociedad segmentada en reducidos poblados, entre los que parece advertirse la existencia de ciertas tensiones, ocupados por campesinos que combinan los cultivos de los cereales de invierno y primavera con una cabaña ganadera compleja (Vázquez Varela 1993: 194) y la recolección de bellotas de roble.

Si bien no tenemos datos sobre el modo de articulación social superior al castro, sí parece apre-

ciarse, por la presencia de un número muy reducido de joyas y armas de cierto valor, un determinado grado de jerarquización social.

2. FASE DE DESARROLLO (ss. V—mediados del II a.C.)

La fecha de inicio de esta fase es hipotética y se basa en la impresión, no suficientemente confirmada, de que por entonces el nuevo modelo de asentamiento —el castro— estaría ya suficientemente generalizado en el área galaica. Se trata, por tanto, de establecer una fecha convencional que no tiene por el momento mucho más valor que el de servir de marco de referencia.

En este momento, la cultura castrexa parece ocupar ya la totalidad del espacio galaico y actúa sobre sus recursos vegetales con mayor intensidad que en la etapa anterior, como se aprecia en los diagramas polínicos y en el aumento de la erosión de los suelos, prefigurando así el nivel de expansión de la época siguiente: abierto por el S. y por la recortada costa; cerrado en dirección a la Meseta por unas poco franqueables cadenas montañosas. Salvo presumibles contactos e influencias mutuas a través de determinados pasos naturales, en general estamos ante un paisaje que conduce al aislamiento y a la autarquía en tanto las relaciones marítimas y meridionales no adquieren carta de naturaleza. Gran parte de los rasgos culturales castrexos, y de manera muy primordial aquéllos que confieren a este proceso unas señas de identidad más marcadas, pueden ser bastante bien interpretados desde la óptica de esta peculiar geografía. Pero no conviene olvidar que ningún proceso cultural tiene unos límites territoriales precisos, y tan sólo podemos llegar a entrever el espacio en que su desarrollo es más marcado, diluyéndose obligatoriamente en las áreas marginales, en nuestro caso hacia el E. y hacia el S.

No obstante los avances que se vienen produciendo en fechas recientes de cara a dotar de contenido una fase que, al menos en teoría, debería constituir en buena lógica el núcleo esencial de lo castrejo (Carballo Arceo y Fábregas Valcarce 1991: 262; Fernández Rodríguez y Ramil Rego 1992: 433-445; Rey Castiñeira 1995: 165-171), lo cierto es que todavía no disponemos de todos los elementos necesarios para caracterizarla con el rigor deseado. Sabemos que durante estas centurias se va a generalizar técnica y formalmente la más típica arquitectura habitacional, que se experimentan indudables avances en los aspectos tecnológicos de la fabricación de cerámica con el posible uso del torno lento, mejoras en la

cocción, la ampliación y modificación del repertorio formal y de la temática decorativa de los recipientes con la introducción de la estampilla y estilos decorativos más barrocos, etc. En la metalurgia se documenta la aparición de nuevos tipos, entre ellos algunos de fibulas. También sobre bases estrictamente tipológicas y técnicas suele atribuirse a esta época gran parte de la joyería castrexa a pesar de que la inmensa mayoría de las piezas haya aparecido descontextualizada o en niveles arqueológicos pertenecientes a momentos más avanzados, generalmente en contextos en contacto con lo romano o plenamente romanizados.

Ciertos autores relacionan la presencia de estas novedades, que rastrean también en el N. de Portugal y de la Meseta, con la posible llegada de elementos "célticos" al territorio galaico, cosa en absoluto demostrada.

Del mismo modo, algunos rasgos en la distribución espacial de los poblados de este período parecen dar a entender el inicio de una tendencia hacia la explotación de los fondos de los valles con la progresiva implantación de poblados de marcado carácter agrícola (Carballo Arceo 1993: 74).

Los datos palentológicos y paleobotánicos documentan la continuidad de la cabaña ganadera, descrita en la fase anterior, que va a perdurar más allá del mundo castrejo, y de la agricultura que combina, también al igual que en la fase anterior, los cereales de invierno y primavera con la recolección de bellotas de roble.

Por su parte, los datos palinológicos y paleocarpológicos parecen apoyar la existencia de una mayor complejidad e intensificación de la agricultura por todo el territorio, como se aprecia en el aumento de la deforestación y de la erosión de los suelos como reflejo del incremento de la actividad antrópica sobre el medio.

En la costa se multiplican los datos sobre la pesca y el marisqueo y se sigue manteniendo un cierto dinamismo y recibiendo el efecto de los escasos contactos marítimos con el exterior. La presencia progresiva en el registro arqueológico de materiales de filiación mediterránea —cerámicas púnicas, áticas y greco-ítálicas, vidrios, objetos de hierro, etc.— indica un cierto mantenimiento de las relaciones de intercambio con las áreas más meridionales de la Península.

Los datos conocidos permiten considerar como posible que a lo largo de la etapa que comentamos se habría producido un cierto crecimiento de la población, un mayor desarrollo de las fuerzas productivas y, tal vez, el paralelo incremento de las tensiones intercomunitarias y de la jerarquización social.

3. FASE CASTREXO-ROMANA (mediados s. II a.C.—mediados s. I d.C.)

Desde fechas imprecisas de mediados del siglo II a.C., se desarrolla en el seno de las comunidades castrexas una serie de cambios, consecuencia de los cuales será gran parte de la imagen “típica” que de lo castrexo ha llegado hasta nosotros. Muchos de los rasgos tenidos por más peculiares y característicos de este mundo proceden, en su mayoría, de los primeros tiempos de contacto entre los mundos indígena y romano.

En la actualidad, parece más que demostrada la enorme trascendencia de esta fase en el desarrollo socioeconómico de las comunidades castrexas. Los cambios son tan evidentes que ya muy pocos investigadores rechazan su vinculación con estos tiempos transicionales y niegan el papel determinante que sobre estas transformaciones ha podido ejercer el mundo romano; primero, a través de contactos esporádicos —comercio y expediciones militares—, y más tarde, tras la definitiva integración. Conociendo ambos factores: cambios estructurales y presencia romana, la cuestión que todavía falta por dilucidar es averiguar cuántas y qué transformaciones fueron efecto de la propia evolución natural de las comunidades galaicas, y cuántas y cuáles fueron provocadas, directa o indirectamente, por el mundo romano.

Un aspecto, por ejemplo, poco o nada tratado es el papel que haya podido jugar la presión romana sobre los pueblos limítrofes —preferentemente célticos y lusitanos— y los más que probables movimientos poblacionales derivados de la misma. Un detalle en el que buen número de investigadores parece estar de acuerdo es en considerar que las comunidades castrexas se encontraban en pleno proceso de paso a una organización socio-política más compleja, que habría sido interrumpido por la conquista romana (Martins 1990: 194; Llorio Alvarado 1991: 26-35; Almagro Gorbea y Llorio Alvarado 1991: 34; Almagro Gorbea 1992: 23). Habrá que investigar hasta qué punto la presión romana sobre los pueblos limítrofes y la probable llegada de componentes étnicos foráneos procedentes de esas mismas comunidades ya sometidas o en proceso de conquista por Roma han tenido que ver en estas transformaciones y la posibilidad de que ésta hubiese potenciado el desarrollo de determinados rasgos políticos en el seno de las comunidades castrexas.

A partir de mediados del s. II a.C., el registro arqueológico comienza a poner de relieve la presencia progresiva de elementos que muestran la entrada del mundo castrexo en una fase de profundos cambios. El proceso se manifiesta tanto más tempra-

no y fuerte cuanto más al sur y más cercano a la costa, precisamente las zonas más abiertas al contacto con el mundo romano y las que antes van a quedar bajo su dominio. En este sentido, parece bastante evidente que las transformaciones que vamos a comentar no pueden ser desligadas de la lenta y progresiva integración de las tierras litorales galaicas en el Imperio romano desde el fin de las Guerras Lusitanas hasta la expedición de César, y su culminación interior en tiempos de Augusto. Las cronologías arqueológicas parecen dejar ésto bastante claro y confirmarían la inexistencia de una verdadera “conquista” —en el sentido militar, violento, del término— que la fragmentación del poder y la ausencia de una verdadera unidad y conciencia étnicas harían innecesaria.

La progresiva aparición de grandes poblados con unas nuevas concepciones urbanísticas y considerables obras defensivas parece poner de relieve, entre otras cosas, la presencia de una estructura socioeconómica más desarrollada capaz de promover y soportar grandes obras públicas, creadora de “lugares centrales” jerarquizadores del territorio, inmersa en un fenómeno de integración política del que serían fiel reflejo los “*populi*” que revelan las Fuentes (Martins 1990: 192; Alarcão 1992: 59).

Roma parece haber tolerado la organización social castrexa en los puntos en que no era contraria a sus intereses (Pereira Menaut 1994: 858-859). De hecho, vemos cómo, tras la absorción y hasta las reformas flavias, sobreviven y se refuerzan los elementos “políticos” castrexos, excepción hecha de la independencia (Pereira Menaut 1993: 112). A fin de cuentas, la Gallaecia, como región histórica, no deja de ser una “*invención*” de los romanos (Pereira Menaut 1994: 856).

El crecimiento demográfico y/o la redistribución poblacional que pone de relieve la aparición de los grandes poblados de esta fase, se ven ratificados por la sistemática puesta en explotación de los recursos agrarios que parece revelar la aparentemente planificada distribución de multitud de nuevos pequeños castros junto a las mejores tierras de cultivo, preferentemente de valle.

Los datos paleoecológicos muestran la importancia de la actividad agrícola, que se refleja en el polen de los cultivos, la deforestación y el proceso de erosión de los suelos como reflejo de la actividad antropogena.

Estos hechos, al tiempo que arrojan una cierta luz sobre el proceso de desarrollo castrexo, abren a su vez no pocos interrogantes, el mayor de los cuales, a nuestro juicio, sería poder conocer la procedencia inmediata de toda esa masa de población

que va a ocupar tanto los grandes “*lugares centrales*” como esa multitud de pequeños castros que, junto con los ampliados sobrevivientes de anteriores etapas, irá festoneando el territorio según un sistema muy próximo al que se considera tradicional en Galicia.

Los análisis espaciales revelan una ordenación territorial castrexa en los primeros tiempos de dominio romano que da la impresión de ser algo racional, planificado y enfocado a la explotación de los recursos, preferentemente agrarios. Esta planificación se hace difícil de entender como simple efecto de la dinámica interna de las comunidades castreñas; antes bien, parece probable que Roma habrá jugado un papel primordial en todo ello, y no sólo por la introducción de nuevos cultivos, aperos y técnicas (Martins 1991: 106).

Las élites locales parecen haberse integrado en una sociedad más compleja. Potenciados por los romanos como elemento de control de las comunidades, estos personajes —varones en todos los casos conocidos— colaborarán con los conquistadores, recibiendo a cambio mayores o menores prebendas y acrecentando su poder sobre los miembros de su comunidad. Las comunidades van a actuar como “*clientes*” del estado romano, creando unos vínculos de dependencia de los que serán fiel reflejo los pactos de hospitalidad (Sánchez-Palencia, Orejas y Fernández-Posse 1994: 250). Es precisamente en este contexto socioeconómico donde se pueden integrar sin mayores problemas, entre otros elementos de prestigio, la típica orfebrería castrexa y la plástica en piedra, en especial las estatuas de guerreros y la decoración que singulariza algunas casas.

Pacificación general, desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones comerciales a corta, media y larga distancia —primero sobre todo marítimas, pronto terrestres—, crecimiento económico, alza demográfica, complejidad social, etc., contribuyen a hacer de esta etapa la más dinámica del desarrollo del mundo castrexo. No es de extrañar, por ello, la paradoja de que todavía a estas alturas se siga identificando en no pocas publicaciones lo “*castrexo típico*” con las evidencias materiales de esta fase. Todas estas manifestaciones parecen responder a una realidad bien distinta: el control de los aspectos de la cultura castrexa que interesa a la política romana es uno de los temas fundamentales que explican su apogeo.

Elementos tan conocidos como la plástica en piedra, la orfebrería, los típicos puñales de antenas, los elementos de adorno más frecuentes, etc., hoy por hoy no pueden ser desligados de esta fase sin caer en la especulación. Sin negar que algunos o todos estos

elementos tengan raíces en etapas más antiguas, simplemente afirmamos que, por su propia condición, encajan perfectamente en este ambiente de desarrollo socioeconómico, a lo que hay que añadir algo que cualquier historiador debería tener bien presente: en la mayoría de los casos aún no han sido localizados en contextos anteriores a la presencia romana.

El desarrollo espectacular de algunos aspectos urbanísticos de los poblados es altamente revelador de los nuevos tiempos. La existencia de un instrumental de cantería más adecuado se traduce en el empleo de soluciones arquitectónicas más variadas y de cierta calidad. La organización interna de muchos poblados en “*unidades familiares*” cerradas formadas por dos o tres viviendas con sus correspondientes almacenes y un espacio común entre ellas (Peña Santos 1990: 249-254), revela rasgos de la organización social y referentes meridionales. En fin, la comprobación de que en esta etapa de más que segura calma —por evitar Roma las probables luchas internas propias del mundo indígena (Vázquez Varela y Bermejo Barrera 1991: 81-100)— se levantan los sistemas defensivos más complejos y aparatosos del mundo castrexo refuerza lo ya dicho y ratifica la frase de Elías Carrocera, que los define como “*las murallas de la dignidad*”. Naturalmente, la adopción de todas estas novedades se hace tanto más patente y más temprana cuanto más hacia el S. y hacia la costa nos dirigimos, continuando una tendencia de las épocas anteriores que ahora se plasma de forma más palpable, mostrando unas claras diferencias entre los conventos jurídicos Bracarense y Lucense.

4. FASE GALAICO-ROMANA (finales s. I—s. III)

Las reformas administrativas de época flavia parecen colaborar en la lenta pero sistemática desestructuración del mundo castrexo y su sustitución por la organización sociopolítica galaico-romana. Un rasgo evidente del cambio es el abandono de la inmensa mayoría de los poblados castrexos en beneficio de un sistema de explotación del territorio de nuevo modelo: las “*villae*”.

Buen número de castros mineros y ciertos pequeños castros agrícolas en pleno valle constituyen los últimos referentes de un modelo de asentamiento y de estructura social que va a ir desapareciendo al compás de los nuevos tiempos. Aunque exista una clara continuidad en la explotación del espacio económico, aunque las cimas de determinados poblados de claras condiciones geoestratégicas continúen mínimamente ocupadas, aunque en momentos de peli-

gro se reocupen ciertos viejos castros o se edifiquen (?) otros como Viladonga, ya nada será igual, porque la romanización, por mucho que sus efectos se quieran minimizar, creemos que transformó —o acabó— con bastantes cosas.

5. TENDENCIA EVOLUTIVA Y FACTORES IMPLICADOS

La comparación entre las características particulares de la primera y última fases del mundo castrejo muestra la existencia de notables cambios que permiten apreciar una tendencia de menor a mayor complejidad económica, social y política. Es la transformación de una sociedad eminentemente rural muy segmentada en otra mucho más vertebrada económica y socialmente en la que aparecen algunos yacimientos de un tamaño y una complejidad arquitectónica, social y económica desconocidos hasta entonces en el territorio.

Los principales factores que aparecen asociados en este proceso de aumento de la complejidad social son: el crecimiento de la población, el desarrollo de la agricultura, ganadería, pesca, marisqueo, de la explotación de los recursos forestales y geológicos, de la metalurgia y de los intercambios económicos internos y externos, las mejoras tecnológicas, etc.; en suma, el desarrollo de las fuerzas productivas. Ésto va unido a la mayor integración política de las diferentes comunidades castrejas, la mayor jerarquización social y el desarrollo, al menos en apariencia, de algunos aspectos relacionados con la guerra como la arquitectura defensiva (Vázquez Varela y Bermejo Barrera 1991: 82, 92), y de las relaciones exteriores.

Este conjunto de factores aparecen ampliamente relacionados entre sí en las más diversas culturas distantes en el espacio y el tiempo como ele-

mentos que se asocian con la complejidad social, bien como causa y/o como efecto. Según se recorre la teórica escala evolutiva, estos elementos se hacen más palpables en sus manifestaciones como factores o como consecuencias en los niveles de mayor complejidad (Renfrew y Bahn 1993). Por ello, puede pensarse que la evolución de la cultura castrexa es un proceso complejo, en gran parte de tipo endógeno paralelo al de otras sociedades de la época (Champion *et alii* 1988), sin que por ello haya que desechar necesariamente las influencias externas que se aprecian en todas las fases.

Si bien aún no conocemos con detalle el posible efecto de los elementos foráneos en la segunda fase, sí se puede indicar la más que probable importancia de las relaciones con el mundo romano en la tercera.

Sobre esta última, cabe pensar que si bien es innegable la acción de Roma en el esplendor del mundo castrejo, no por ello es menos probable que esa misma intervención militar, económica y administrativa, haya podido cortar la evolución de la Cultura Castrexa por sí misma hacia formas de mayor complejidad social como las alcanzadas por otras comunidades del final de la Edad del Hierro de Europa Occidental (Champion *et alii* 1988).

El mejor conocimiento del mundo castrejo en sus fases segunda y tercera y del proceso romanizador, quizás permitan algún día contrastar esta última hipótesis. En todo caso, la investigación en tal sentido ayudará a comprender este complejo proceso histórico: la transformación de las sociedades del Noroeste de la Península Ibérica a lo largo del último milenio a.C.

Pontevedra y Compostela, octubre de 1995

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÃO, J. DE (coord.) (1990): *Portugal. Das origens à romanização*. Vol. I de "Nova História de Portugal" (J. Serrão y A. H. de Oliveira Marques, dir.). Lisboa, Ed. Presença.
- ALARCÃO, J. DE (1992): A evolução da Cultura Castreja. *Conimbriga*, XXXI, Coimbra: 39-71.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1992): El origen de los Celtas en la Península Ibérica. *Protoceitas y Celtas. Polis. Revista de Ideas y Formas Políticas de la Antigüedad Clásica*, 4: 5-31.
- ALMAGRO GORBEA, M.; LORRIO ALVARADO, A. (1991): Les Celtes de la Péninsule Ibérique au IIIe siècle av. J.-C. *Etudes Celtiques*, XXVIII: 33-46.
- BETTENCOURT, A. M. S. (1995): Dos inícios aos finais da Idade do Bronze no Norte de Portugal. *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Lisboa: 101-115.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1993): Espaço e povoamento castrejo de Galiza. *Concepcións Espaciais e Estratexias Territoriais na Historia de Galicia*, Santiago de Compostela: 55-82.
- CARBALLO ARCEO, L. X.; FÁBREGAS VALCARCE, R. (1991): Dataciones de carbono-14 para castros del Noroeste Peninsular. *Archivo Español de Arqueología*, 64: 244-264.
- CHAMPION, T.; GAMBLE, C.; SHENNAN, S.; WHITTLE, A. (1988): *Prehistoria de Europa*. Barcelona, Ed. Crítica.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.; RAMIL REGO, P. (1992): Fechas de C-14 en yacimientos arqueológicos, depósitos orgánicos y suelos de Galicia. *Gallaecia*, 13: 433-445.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; OREJAS, A. (1994): Estructura social y territorio en la Cultura Castreña prerromana. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXIV, 3-4: 191-212.
- GONZÁLEZ, C.; SANTOS, J. (eds.) (1993): *Las estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica*. Vitoria.
- GUITIÁN, L.; RAMIL, P. (eds.) (1993): *La evolución del paisaje en las montañas del entorno de los caminos jacobeos*. Coruña, Xunta de Galicia.
- JORGE, S. O. (1990): Complexificação das sociedades e sua inserção numa vasta rede de intercâmbios. *Portugal. Das origens à romanização* (J. de Alarcão, coord.): 213-255.
- LORRIO ALVARADO, A. (1991): Los celtas en el Noroeste. *Los Celtas en la Península Ibérica*, suplemento 5 de *Revista de Arqueología*, Madrid: 26-35.
- MARTINS, M. (1990): *O povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do curso médio do Cávado*. *Cadernos de Arqueologia/Monografias*, 5. Braga.
- MARTINS, M. (1991). *O povoado de Santo Ovídio (Fafe). Resultados dos trabalhos realizados entre 1980-1994*. *Cadernos de Arqueologia/Monografias*, 6. Braga.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1990): El urbanismo en el poblado galaico-romano de Santa Tegra (A Guarda, Pontevedra). *Actas do I Colóquio Arqueológico de Viseu-1988*: 249-254.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1992a): El primer milenio a.C. en el área gallega. Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la Arqueología. *Complutum*, 2-3: 373-394.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1992b): *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las Memorias de las Campañas de Excavaciones 1984-1990*. *Arqueoloxía/Memorias*, 11. Santiago de Compostela.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1994): Primeras investigaciones en el asentamiento humano más antiguo localizado en el municipio de Pontevedra. *Diario del Domingo* (9-enero-1994), suplemento dominical de "Diario de Pontevedra": VI-VII.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (e.p., 1995): La secuencia cultural del mundo castreño galaico. *Actas del Curso de Verano La Cultura Castrexa a Debate* (Tui 1995). Universidad de Vigo.
- PEREIRA MENAUT, G. (1993): Cognatio Magilancum. A propósito de la investigación sobre las sociedades indígenas del Norte de Hispania. *Las estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica* (C. González y J. Santos, eds.): 105-116.
- PEREIRA MENAUT, G. (1994): Sobre la función del pasado histórico en los movimientos nacionalistas. *Homenaje al Prof. Presedo* (P. Saez y S. Ordóñez, eds.): 851-862.
- RAMIL REGO, P. (1993): Evolución climática e historia de la vegetación durante el Pleistoceno superior y el Holoceno en las regiones montañosas del Noroeste Ibérico. *La evolución del paisaje en las montañas del entorno de los caminos jacobeos* (L. Guitián y P. Ramil, eds.): 25-60.
- RENFREW, C.; BAHN, P. (1993): *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica*. Madrid.
- SAEZ, P.; ORDÓÑEZ, S. (eds.) (1994): *Homenaje al Prof. Presedo*. Sevilla.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; OREJAS, A.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D. (1994): La mano de obra en la minería romana del Noroeste Peninsular. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXIV, 3-4: 243-258.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1993): Arte prehistórico. *Galicia-Arte*, IX. Coruña: 17-238.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1993-94): El cultivo del mijo (*Panicum miliaceum* L.) en la Cultura Castreña del Noroeste de la Península Ibérica. *Cuadernos*

de Estudios Gallegos, XLI: 65-73.

VÁZQUEZ VARELA, J. M.; BERMEJO BARRERA, J. C. (1991): La Cultura Castreña. *Historia de Galicia*, 5, Vigo: 81-100.

LA ESTACIÓN RUPESTRE DE LA CANDIA, EL HIERRO (ISLAS CANARIAS)

*Renata Springer Bunk, M.^a de la Cruz Jiménez Gómez**

RESUMEN.- La Candia es una de las estaciones rupestres más importantes de la Isla de El Hierro. En ésta, existen motivos geométricos de variada tipología, que coexisten con otros de carácter alfabético. Estos últimos, presentan caracteres peculiares de esta isla que pueden ser relacionados con otros existentes en los alfabetos bereberes del pre-Sahara y alto Atlas, en la franja norte del continente africano.

ABSTRACT.- "La Candia" is one of the most important rock art sites of El Hierro Island. Geometric motifs of varied typology are represented, as well as alphabetic signs. These ones show peculiar characteristics of this island, and they can be related with the Bereber alphabets of Pre-Sahara and High Atlas areas, on the northern part of Africa.

PALABRAS CLAVE: Manifestaciones rupestres, Escritura libico-bereber, Cultura, Bimbache.

KEY WORDS: Rock signs, Libyco-Bereber writing, Culture, Bimbache.

La estación rupestre de La Candia es uno de los yacimientos más significativos en el conjunto de las inscripciones libico-bereberes halladas en el Archipiélago. Su relevancia viene dada por las características del panel principal que sirve de soporte a uno de los textos de mayores dimensiones conocidos actualmente.

Este yacimiento fue hallado y dado a conocer en el último tercio del siglo XIX; poco antes había sido descubierta la estación rupestre de El Julan, y en fechas próximas también lo fueron las de La Caleta, el Barranco de Tejeleita (El Hierro), y el Barranco de Balos (Gran Canaria). En un tiempo sumamente breve, estas inscripciones fueron identificadas como pertenecientes a la escritura libico-bereber (Faidherbe 1876), que se utilizaba en el Norte de África y Sáhara, con una cronología de más de dos mil años para sus manifestaciones más tempranas, aunque entre los tuareg ha pervivido hasta la actualidad.

El interés que despertaron estas inscripciones hizo que una de las primeras interrogantes que se suscitara fuera acerca de quienes habían sido sus autores, junto a la inquietud de los investigadores del s. XIX por hallar los orígenes de los primeros habitantes del Archipiélago. Los resultados de estas pri-

meras investigaciones, como hemos dicho, adscribían estas escrituras en el área de la cultura bereber, pero quedaba aún pendiente valorar si los aborígenes canarios fueron sus autores, o si los textos insulares obedecían a escritos realizados por visitantes eventuales. En la discusión, que se prolongó hasta bien entrado el s. XX, se oponían los partidarios de relacionar las inscripciones con los aborígenes canarios (S. Berthelot, A. Padrón, etc.), frente a los que pensaban que éstas se debían a visitantes de origen foráneo (R. Verneau, J. Álvarez Delgado, J. Millares Torres, etc.).

Este debate ha sido zanjado en fechas relativamente próximas como consecuencia de los nuevos descubrimientos efectuados en todas las islas, en los que las inscripciones libico-bereberes coexisten con otros vestigios arqueológicos propios de las culturas aborígenes. Así, en El Hierro a los yacimientos ya conocidos desde fines del s. XIX, hay que sumar el hallazgo de seis nuevas estaciones con inscripciones alfabéticas: la Cueva del Letime (o del Agua), el Barranco de La Aguililla, nuevos paneles en el Barranco de Tejeleita, el Barranco de El Cuervo, La Restinga, y un texto ejecutado sobre un soporte mueble (un tablón funerario), hallado en El Hoyo de los Muertos. Excluyendo este último caso, hasta ahora excepcio-

* Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna. Campus de Guajara. 38205 Tenerife. Islas Canarias.

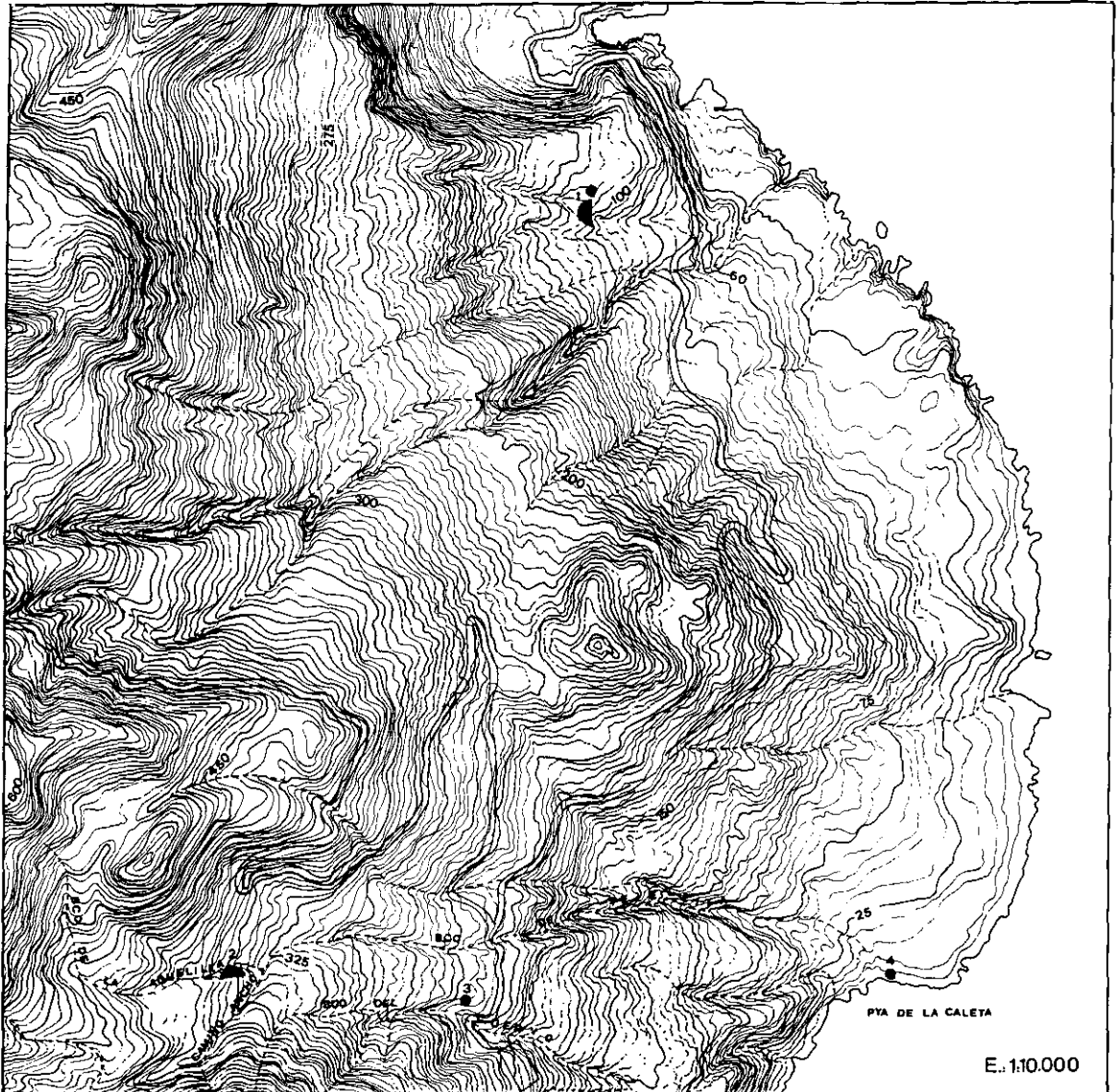


Fig. 1.- Mapa de situación de La Candia. 1. Cueva y Roque de La Candia; 2. Cueva de Las Chivas; 3. Roque del Cuervo; 4. Roque de La Caleta.

nal, se trata de estaciones rupestres en las que aparecen, conjuntamente inscripciones líbico-bereberes con grabados no alfabéticos de diversos tipos.

1. SOPORTES, TÉCNICAS Y TIPOLOGÍA

La riqueza del patrimonio rupestre de la isla de El Hierro es una realidad que destaca, por su variedad temática y abundancia, dentro del conjunto del Archipiélago. Los grabados herreños se encuentran emplazados sobre las paredes de formaciones geológicas al aire libre, a diferentes cotas de altitud. Sólo desde fechas aún muy próximas se ha iniciado

el hallazgo de manifestaciones rupestres sobre objetos de ajuar mueble o en el interior de cuevas naturales.

En el primero y más generalizado de los casos, las estaciones herreñas poseen un denominador común: las características de los soportes. Es decir, bloques de naturaleza basáltica de superficies lisas y compactas, previamente seleccionados. Una característica que contrasta con la disparidad geomorfológica de las formaciones naturales donde se ejecutaron:

- 1) Afloramientos columnares que constituyen roques de cierta relevancia en el paisaje.
- 2) Cornisas de cuevas naturales que se ubican en la parte superior de la entrada principal.
- 3) Escarpes columnares de los estratos más altos

de las paredes de los barrancos.

4) Bloques de relativo tamaño, próximos a paneles, ubicados cerca de algunas de las formaciones anteriores.

5) Paredes interiores de cuevas naturales.

6) Coladas de lava en superficie.

El otro tipo de soporte, de carácter mueble, es excepcional; sólo se conocen dos objetos, aunque ambos son representativos de los grabados herreños. Uno de ellos, el más significativo, trata de un tablón hallado en una cueva de enterramiento, en el Barranco del Hoyo de los Muertos (Valverde).

Las técnicas utilizadas en la realización de los grabados sobre soportes basálticos son, básicamente, dos: picado y rayado que, a su vez, se relacionan con motivos específicos.

El picado se practicó de forma continua y discontinua, variante esta última que algunos autores denominan puntillado. Ambas modalidades se pueden encontrar aisladas, constituyendo sólo un motivo, o bien combinadas en la conformación de un mismo signo.

A partir de esta técnica los bimbaches, nombre por el que se conoce a la población aborigen herreña, consiguieron obtener surcos de perfil en "U", poco homogéneos en su trazado y profundidad. Es frecuente observar en ellos un trabajo poco intenso que, frecuentemente, se limita a picar la capa meteorizada de la roca, de escasos mm de grosor, que saca

a la luz la superficie rocosa subyacente cuya escala cromática oscila entre el ocre-amarillento o gris-azulado, resaltando la silueta del motivo que se deseaba representar. Así ocurre en el yacimiento que nos ocupa en el presente trabajo.

El rayado es la otra técnica utilizada para grabar, se trata de trazos muy superficiales conseguidos por presión sobre la pátina superficial de la roca, haciendo deslizar sobre ésta un útil punzante que no alcanza a conformar un surco propiamente dicho. Este procedimiento se asocia en El Hierro, sistemáticamente, a motivos naviformes, cruciformes y trazos lineales que han sido relacionados con una cronología tardía, ya en época histórica.

Hasta la fecha los grabados rupestres canarios no han sido objeto de una investigación específica que analice y reproduzca de forma experimental la cadena operativa seguida en la fabricación de los grabados, por lo que tampoco es posible tratar las características de las herramientas empleadas.

La tipología de los grabados de esta isla no es muy variada, pero posee una gran riqueza de motivos. Para su descripción los agrupamos en bloques temáticos:

- 1) Motivos geométricos
- 2) Motivos figurativos
- 3) Inscripciones alfabéticas



Foto 1.- Barranco de La Candia: ubicación de la estación.



Foto 2.- Cueva y Roque de La Candia.

2. LA CANDIA

La estación rupestre de La Candia está situada en la zona N.E. de la isla de El Hierro; tradicionalmente ha sido un punto de interés debido a las manifestaciones rupestres que posee.

El yacimiento lo integran una cueva y un roque que, a modo de afloramiento de basalto columnar, sobresale en la margen derecha del barranco del mismo nombre que discurre, en dirección O.-E., próximo al Tamaduste (Figura 1). La cueva se ubica al pie de un salto de agua que existe en el cauce medio de dicho barranco, a unos 175 m.s.n.m. y a 400 m, aproximadamente, de la carretera general que comunica Tamaduste con Valverde (Fotos 1 y 2). Sus coordenadas U.T.M. son: 3.080.520; 214.800/ 3.080.520; 214.900/3.080.450; 214.800/3.080.450; 214.900.

Desde su descubrimiento se le conoce en la literatura científica como estación rupestre exclusivamente. No obstante, existe una referencia de 1920 que señala la presencia de abundantes restos humanos que se esparcían por la superficie de este lugar: "(...) una gruta sepulcral de los antiguos bimbaches, nuestros predecesores, cuyas osamentas, blanqueadas al sol de oriente, que les da de lleno, se ve hacinadas en el macabro montón, que el capricho del ignaro pastor, o la curiosidad del naturista investigador, habrá formado en la entrada de la espelunga

(...)" (Darias Padrón 1980: 28). Una circunstancia que hoy no es visible debido a la remoción del suelo que allí se ha efectuado. Tampoco se poseen otros datos más precisos sobre el paradero actual de los mencionados restos humanos, por lo que dejamos abierta esta posible finalidad sepulcral.

2.1. Los grabados rupestres de La Candia

Los grabados rupestres que se encuentran en La Candia obedecen a inscripciones líbico-bereberes y algunas manifestaciones geométricas y figurativas. El conjunto está compuesto por cinco paneles seguros, junto a los que aparecen algunos motivos de dudosa filiación, que se distribuyen entre la cornisa de la cueva y el roque,

Como ya indicamos, el panel de mayor tamaño ocupa un lugar destacado en la zona central de la cornisa de la cueva, en cuyas proximidades se localizan otros dos. A unos 10 mts, en el roque que quiebra la margen N. del barranco, se encuentra el resto de los paneles.

Estos grabados corresponden a inscripciones alfabéticas y grabados geométricos, ejecutados mediante la técnica del picado. Esta conjunción de motivos es casi constante en otras estaciones de la isla, así como en alguna de Gran Canaria, donde se observa también la utilización de una misma técnica de ejecución y una cuidada distribución espacial para am-